HUGO
ALCONADA MON
La cacería de Hierro
Planeta

La cacería de Hierro

La cacería de Hierro

Hugo Alconada Mon

Índice de contenido

Portadilla

Legales

La cacería de Hierro

Alconada Mon, Hugo
La cacería de Hierro / Hugo Alconada Mon. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8791-8
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD A863

© 2024, Hugo Alconada Mon

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: julio de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8791-8

¡Oh, memoria,
enemiga mortal de mi descanso!

MIGUEL DE CERVANTES

La muerte puede arrebatarnos a quienes amamos,
pero el amor perdura más allá de la vida.

MAGGIE O'FARRELL

A fines de la década de 1880, una pareja que vivía en los campos aledaños al pueblo de Necochea tuvo dos hijos.

En 1892, Ponciano, de 5 años, y Felisa, de 3, murieron degollados.

La resolución del doble crimen marcó el nacimiento de la policía científica y de la criminología moderna, y le reportó reconocimiento mundial a un inmigrante dálmata de 33 años que vivía en La Plata.

Lo llamaron «sabio».

Se convirtió en leyenda.

1

—¿Cómo está?

—¿Quién, señor?

Levantó una mano, con la ficha dactilar 5492 entre los dedos índice y mayor, como un cigarro.

—Ella.

Sentado frente a su escritorio, Juan Vucetich repasó los datos volcados en la ficha, ajeno a la mirada del guardicárcel que se había presentado en su oficina y permanecía de pie, atento. Orillaba el mediodía del sábado en La Plata, pero quedaba mucho por hacer en el Departamento de Antropometría de la Jefatura Central de Policía.

—Le hice una pregunta.

—En Dolores, señor. Rojas anduvo entre la cárcel y el hospital varias veces; veremos si acá mejora un poco de salud.

Vucetich le hizo un ademán al guardiacárcel para que se retirase y volvió a enfocarse en las diez huellas dactilares y los datos volcados en la ficha. Aportaban poco, pero tampoco los necesitaba. La trama de Necochea perduraba fresca en su memoria.

«Francisca Rojas de Caraballo», «causa de detención: doble infant.», exponía. La habían completado horas antes con precisiones que lo envolvieron en recuerdos de hacía siete años, de cuando aquella tragedia signó su vida para siempre. «El hecho ha sido cometido en 1892. Sumario levantado por el inspector D. E. M. Álvarez».

Vucetich sonrió, como cada vez que lo visitaba la sombra de aquel sabueso singular. Cuando pocos confiaban en él y en su trabajo, Álvarez se había jugado el resto.

—¿Qué hace todavía acá? —le espetó al guardiacárcel, al ver que seguía junto al escritorio, en posición de firme.

—Quiero saber. Se dice tanto sobre ella y sobre usted que…

Vucetich no quiso oír el resto. Estaba harto del morbo que solía rodearlo, de la prensa amarillista que se regodeaba en el chapoteo de sangre, de los vampiros que lo lisonjeaban en los mejores salones de

La Plata para quedarse en la anécdota, sin enterarse de que lo suyo era ciencia y método. Ya tenía suficiente con recibir a los invitados que le mandaban sus superiores, como el príncipe Luis Felipe De Orleans y Bragance, para lidiar también con mediocres que consumían su tiempo, por ignorancia o interés, y lo desgastaban más que los envidiosos.

—Retírese.

Pero el guardiacárcel no se movió. El cadáver que arrastraba desde hacía dos años pesaba demasiado. Dos años de dolor, de búsquedas torpes y estériles, de frustraciones; dos años detrás de una oportunidad que ni siquiera tenía claro cuál era. Hasta esa mañana del sábado 15 de abril de 1899 cuando el destino le permitió conocer a la leyenda.

—Me expresé mal, señor —se disculpó y jugó otra baza—. Lo que quiero es aprender. De usted.

Vucetich se quitó los anteojos de lectura, con cierta coquetería, y se fijó en el guardiacárcel por primera vez. Flaco y fibroso, no era más que un muchacho. Debía rondar, con mucho, los 20 años. El uniforme le quedaba apretado, un talle demasiado corto, aunque lo llevaba con aplomo, y tenía la mirada despierta, alerta a lo que ocurría a su alrededor. La leyenda no pudo consigo mismo y se preguntó en que categoría de delincuente lo encuadraría su amigo Cesare Lombroso. ¿Criminaloide o habitual? ¿Y Alphonse Bertillon? ¿Qué diría sobre él?

—¿Por qué quiere aprender?

—Porque hay demasiados crímenes sin resolver y lo que usted hace es el futuro —dijo, y señaló los ficheros y los empleados—. Ustedes resuelven acá más casos que muchos policías en las calles.

Una mueca asomó debajo de la barba rojiza del hombre llegado de orillas lejanas. El muchacho sabía expresarse, debía reconocerle, aunque no bastaba. Con los años había aprendido que, a menudo, detrás de las motivaciones declamadas se ocultaba la causa verdadera.

—Y dígame…

—Valentín, Valentín Hierro.

—Dígame, Valentín, ¿cómo es que usted terminó trayéndome la ficha de Rojas?

El muchacho le devolvió la mueca.

—Me moví para que así fuera. Rojas llegó ayer de Dolores. La trajo el oficial Antonio Maliandi y quedó alojada en la Cárcel de calle 14 —precisó—. Hoy le tomaron las huellas y como los cocheros están de huelga, me ofrecí a traer las fichas de las nuevas reclusas… para

entregarle en mano la de Rojas.

Vucetich se reclinó en su silla. Algo en el muchacho no terminaba de cuadrarle, pero no tenía claro qué. ¿Su forma de hablar? ¿Su locuacidad? Mantenía como premisa que todos tenemos algo que callar, pero ¿estaba cayendo en el prejuicio, algo que detestaba cuando lo padecía? Decidió probarlo.

—¿Por qué debería dedicarle tiempo, que no me sobra?

—Porque quiero aprender.

—Ya me lo dijo; no es suficiente.

Vucetich notó la demora, mínima, en la respuesta.

—Llevo más de un año yendo a sus conferencias, comprando cada nuevo número de la *Revista de Policía* de los porteños, preguntándole sobre su trabajo a los policías y guardiacárceles que conozco, y leyendo todo lo que aparece en los diarios sobre usted y esta oficina —dijo el muchacho, que con una mano apuntó a los ficheros repletos de huellas dactilares, y a los empleados que mecanografiaban pedidos de informes o respondían a otras reparticiones—. Llevo meses aprendiendo por las mías sobre la dactiloscopia, pero sé que apenas araño la superficie, y esta es la primera oportunidad de pedírselo: enséñeme.

El planteo del muchacho era válido, pero similar al de otros aspirantes, calibró Vucetich, aunque el tono en que lo había expresado tenía algo de impertinente. Eso le agradó. No cualquiera flirteaba con una sanción disciplinaria en pos de aprender. Le daría una oportunidad, resolvió. Una sola. Como a él se la había dado el jefe de Policía, Guillermo Nunes, cuando no era más que un inmigrante sin título, sin renombre y sin logros, y con apenas tres años como «meritorio» en la fuerza.

—Si de verdad quiere aprender, lo espero mañana a las nueve en mi casa —lo emplazó, y le pareció ver que un chispazo de satisfacción cruzaba por los ojos del muchacho—. Sea puntual.

—¿Dirección, señor?

—Infórmese. Ahí tiene su primera lección.

2

Llevaba dos años de vigilia. Las imágenes lo acosaban en cuanto cedía la vorágine cotidiana, secando sus noches. Esta luna no era la excepción.

Tras su encuentro con Vucetich, Valentín se había reportado en la Cárcel de La Plata, sobre la calle 14. El jefe lo había llenado de encargos hasta el filo de la medianoche, cuando lo dejó marchar por unas horas. Sabía que sus amigos estaban reunidos en La Modelo, pero faltó a la cita de cervezas y maníes. Quería quitarse el olor a perro mojado que se le impregnaba durante las guardias, dormir un poco y presentarse fresco ante la leyenda, pero sus planes se habían diluido en la madrugada.

Insomne, se sentó a un costado de la cama que, junto a una pequeña mesa, era lo único que, además de mosquitos, tenía en el sótano de diagonal 77 y 46 donde vivía desde hacía dos años. Era un edificio de tres plantas, sólido y fresco, que habían levantado los constructores Guarinoni y Marchesini, bajo la batuta de otro compatriota, Ghirarduzzi, como tantos edificios más de la ciudad. Se pasó una mano sobre los párpados, antes de mirar por el tragaluz que daba al frente a la Escuela Normal de Mary O'Graham. Faltaba poco para que amaneciera.

Evaluó ir a la casa de la calle 9 que había sido su hogar, pero se contuvo. Una mañana había llegado hasta la vereda y allí se había quedado, tieso frente a la puerta, con la llave en la mano y la angustia en el pecho. ¿Qué haría después de traspasar el zaguán, además de ahondar su dolor?

Estaba cansado de padecer el mismo carrusel de recuerdos.

Recuerdos de la noche de 1897 en que se detuvieron los relojes.

Bajaba por la calle 9 y desde lejos había detectado algo inusual. La casa aparecía demasiado iluminada, con sus ventanas y el zaguán abiertos como si una fiesta se extendiera hasta la vereda, aunque el silencio dominaba la cuadra. Eso terminó de inquietarlo.

Había apurado el paso, hasta que observó a un puñado de policías uniformados junto a dos carruajes. Conversaban justo frente a la entrada de su casa, entre las calles 41 y 42. Sintió un escalofrío, pero se obligó a avanzar, atento al vigilante que pretendió impedirle la entrada.

—Vivo acá. ¿Qué ocurre? —preguntó, temiendo la respuesta que le anticipó el rostro del policía.

La casa era digna, de una sola planta, con frente y paredes de material y techo de chapa. Se alargaba hacia el fondo con una galería que conectaba una sala, dos habitaciones, un baño y la cocina, también vinculados por puertas interiores, y terminaba en un pequeño depósito, contiguo al resto, pero al que solo se accedía por el jardín. Algunos llamaban «casas chorizo» a esas construcciones.

Avanzó hacia la segunda puerta del zaguán, pero no fue su madre quien apareció bajo el dintel. Fue un sargento de bigotazo contundente y mirada de pésame que acompañaba a doña Anunciación. Lloraba la vecina, confidente de su madre. También la obvió. Cruzó el vestíbulo e ingresó a la sala, el corazón estrujado.

Entonces la vio.

3

—Llega temprano.

Vucetich le tendió la mano, con algo semejante a una sonrisa en el rostro. Su casa, sobre la avenida 60, le sentaba bien. Lo distendía.

—Venga, caminemos un poco —le dijo, mientras dejaba la edición dominical del diario *El Día* sobre una mesita del zaguán. La portada aludía a Julio Roca y a la huelga de los cocheros. El Zorro había retornado a la Presidencia meses antes y protagonizaba un juego diplomático complejo que lo llevaba a Chile, Uruguay y Brasil para evitar la guerra y resolver los pleitos por las fronteras cordilleranas, mientras los cocheros protestaban contra la orden policial que les imponía adjuntar un retrato fotográfico a la libreta del oficio. Lo consideraban estigmatizante, «equipararlos a los residuos sociales».

—El poncho de los pobres —celebró Vucetich al abrigarse con el sol otoñal, pero no encontró complicidad en el muchacho. Su rostro delineaba una noche larga y un sueño corto.

Caminaron por la avenida, en silencio, hasta la esquina.

—Bueno… cuénteme.

—¿Qué cosa?

—Lo que ayer no me dijo, obviamente. ¿Por qué me está buscando?

Las manos juntas detrás de la espada, Valentín entreabrió la boca, pero no emitió palabra. Se limitó a exhalar por la nariz mientras sus labios esbozaban un rictus de disgusto. Hay muertos que no se comparten, para evitar que se diluyan.

—Está bien, déjelo así —terció Vucetich, y el muchacho notó por primera vez un dejo foráneo en el acento—. Ya llegará el momento. Sigamos caminando mientras le cuento una anécdota. Hace unas semanas visité el presidio de Sierra Chica, cerca de Olavarría. ¿La conoce? Fuimos con Pietro Gori, poco después de que llegó a Buenos Aires. Quería contrastar sus ideas positivistas con nuestra realidad carcelaria, así que allá fuimos desde Constitución, toda la noche en el Ferrocarril del Sur, hasta la estación Hinojo. Él como investigador y yo

como colaborador y fotógrafo.

En la esquina de 9, Vucetich interrumpió su relato para saludar al escribano Tomás Platero y su esposa, María Isabel —de vestido con miriñaque y grandes bordados negros—, que departían con el gran maestro de la Logia Bonaerense, el español Enrique Santa Olalla.

—Así como lo ve, Santa Olalla tiene la biblioteca privada más importante de la ciudad; una maravilla —dijo Vucetich al retomar la caminata—. Como le decía, fuimos a Sierra Chica, Gori entrevistó a los directivos y yo tomé algunas fotografías de las instalaciones y de los presos. En fin…

Valentín sabía quién era Gori. El abogado y criminólogo italiano era una celebridad que no necesitaba presentación, ni en Buenos Aires, ni en La Plata. Pero no tenía claro adónde quería llegar Vucetich, con su relato o el paseo.

—La cosa es que la segunda mañana recorríamos un pabellón con Gori y el director de la penitenciaría, don Miguel Costa, cuando al pasar junto a una mirilla oímos reír a dos reclusos, dentro de una celda. Eran carcajadas sucias, carentes de alegría. ¿Sabe por qué reían?

El muchacho negó con la cabeza.

—Uno de ellos le contaba al otro los detalles más escabrosos, digamos, de cómo había violado a una mujer ya mayor.

Vucetich tomó del brazo a Valentín y apuró el paso para cruzar hacia la plaza de 7 y 60 antes que los alcanzaran unos tílburis que venían al trote. Conformaban un dúo singular: un pelirrojo bajo y elegante, con una carpeta de cuero marrón en una mano, pasaba por debajo de una farola de gas junto a un muchacho veinte años más joven, más alto y con un uniforme de guardiacárcel demasiado estrecho.

—Gori pidió autorización para interrogar a los dos presos como parte de un «experimento de psicología carcelaria», le explicó al director, que podrá imaginarse cómo resultó. Los dos reos se pusieron de pie en cuanto entramos en la celda y el que había hablado, el número 10, negó haber dicho lo que acababa de decirle al 132. Lo previsible, por supuesto. Ya se lo había negado al juez, que igual lo condenó a ocho años de presidio —Vucetich se quitó el sombrero para saludar a otros dos conocidos, Manuel Eliçabe y Félix Sagastume, y continuó con su relato—. Para Gori, el 10, un indio pequeño de unos veintinco años era un «semisalvaje» o, como ya lo comprobará usted,

un «monstruelo».

El comentario alertó a Valentín. ¿«Comprobar»? ¿Comprobar qué? ¿Qué planeaba Vucetich? ¿Tendría que interrogar al reo?

Caminaron sin decir palabra por la diagonal 78. Se extendía entre pozos y zanjas de una ciudad que por momentos parecía hundirse en la melancolía tras la gran crisis nacional de 1890, hasta que al llegar a la confluencia con la diagonal 79 y la calle 4, el muchacho intuyó el destino.

—Pero ese no fue el ejemplo más duro —retomó Vucetich—. Para mí fue el reo 91, aunque si le pregunta a Gori problablemente le dirá que fue el 218, al que definió como el «gaucho malo».

—¿Y por qué el 91 para usted?

—Castellanos se llamaba. O se llama, porque sigue vivo y preso. Hurto, salteamiento, asesinato… Lindo espécimen. A los 15 mató a un vasco, al que había espiado de día para robarle de noche, por la zona de Balcarce. Lo mató delante de sus hijos, que gritaban mientras lo cosía a cuchillazos. Al decir de Gori, «una monstruosidad antropológica», o algo así, que requiere un profundo estudio físico y psíquico.

Bajaron por calle 3 hacia la avenida 53, a metros de donde el botánico Carlos Spegazzini cimentaba su fama de sabio. Hacían crujir las hojas que se amontonaban a sus pies. La mañana de abril prometía convertirse en una tarde agradable para quienes acudieran a la Plaza de la Policía o, a través del gran Arco, al Paseo del Bosque, pensó Valentín, que no estaría entre los afortunados. Al mediodía debía reportarse en la cárcel para otra guardia de doce horas.

—Tome. Esto es para usted —dijo Vucetich mientras extraía de la carpeta un ejemplar de *Criminología moderna*. El logo de la revista era una mano sosteniendo una antorcha que iluminaba un libro abierto, con el lema «Contra Violentiam Ratio». Más abajo aparecían los nombres de colaboradores como Garófalo, Ferri y Lombroso, y un «cuerpo de redacción», con Antonio Dellepiane, Agustín y Luis María Drago, Rodolfo Rivarola y el propio Vucetich, entre otros.

El muchacho asintió a la espera de una explicación.

—Quiero que lea la sección «Estudios Carcelarios», donde Gori aborda mejor esto de Sierra Chica que le acabo de resumir —le ordenó la leyenda, que palmeó al muchacho en el antebrazo a modo de despedida, antes de ingresar a la Jefatura Central de Policía.

—¡Al final no hablamos sobre dactiloscopia! —gritó Valentín.

Sobre la explanada, Vucetich se dio vuelta. —No, pero hicimos algo tan o más importante: empezamos a conocernos —dijo, mientras le guiñaba un ojo o eso creyó ver el muchacho—. Esa es mi segunda lección. Le ayudará a entender motivaciones y acciones. Lo espero mañana, a las ocho, en casa.

4

Valentín permaneció atento a una oportunidad. No le quedaba mucho tiempo. Las campanas de San Ponciano habían tocado medianoche a lo lejos y restaba poco para que terminara su guardia, con la luna oculta detrás de una capa espesa de nubarrones.

La revista de Pietro Gori que Vucetich le había ordenado leer reposaba junto al tazón de mate cocido. Los textos de *Criminología moderna* no eran muy extensos, ni difíciles de entender, pero terminarlos le había llevado lo suyo, mientras acataba las órdenes de sus jefes, vigilaba el doble pabellón de celdas y resolvía las mil y una tareas propias de la Cárcel de Detenidos, levantada en los fondos del Palacio de Justicia.

A tres metros de donde estaba, el jefe de guardia, Teófilo Valverde, daba cabezadas sin sucumbir. Cada vez que parecía ceder al sueño, todo su cuerpo daba un sacudón, reabría los párpados, buscaba a Valentín con la mirada y el ciclo de Orfeo volvía a empezar.

Con el paso de los minutos, un pálpito cruzó por la mente del muchacho: ¿Y si el sargento no lo miraba para controlarlo? ¿Y si en realidad no quería que lo viera cabecear? Una idea lo llevó a otra: ¿Podía dejarlo solo, repatingado en su silla, para que durmiera sin testigos?

«Plata o mierda», decidió.

—Sargento, ¿le parece bien si doy una vuelta para verificar que las celdas estén en orden y los guardias en sus puestos? —lo sondeó, en busca de la orden que Valverde acaso quería dar y él a toda costa quería recibir.

El otro no contestó. Pero descruzó los brazos y con una mano displicente gesticuló que se marchara.

Valentín apuró el tranco hacia el pabellón que corría paralelo a la calle 14. Se erigía en el centro del patio trasero de los tribunales, entre las calles 47 y 48, rodeado por un muro perimetral que incluía cuatro puestos de vigilancia, uno en cada esquina, con centinelas armados.

Al llegar, recorrió con la mirada el extenso pasillo techado que

separaba dos filas enfrentadas de celdas grupales, seguidas de otras individuales, que una docena de lámparas de queroseno iluminaba con esfuerzo. Avanzó despacio, atento a cada puerta y, en particular, a una de las últimas, hasta llegar al extremo próximo a 48, donde lo recibió el hedor a orina rancia y heces. A un costado estaban las letrinas que utilizaban los presos de ambos sexos en horarios separados, aunque debían mantener a unos y a otras bajo vigilancia estricta para evitar disgustos.

Ingresó a los baños, corroboró que estuvieran vacíos y al volver levantó la vista. Saludó con una mano al guardia apostado en la esquina, justo por encima de la enfermería, antes de retornar al pasillo. Cotejó otra vez los cerrojos de cada celda y abrió un par de mirillas. Todos dormían. «O eso simulan», se corrigió, fresco el recuerdo del motín que los había tenido a maltraer durante el verano.

Retornó al puesto compartido con el sargento Valverde esforzándose por silenciar sus pisadas sobre las baldosas. Sin mover la puerta que había dejado entreabierta a propósito, comprobó que el pálpito había sido certero: el jefe roncaba.

Valentín retrocedió unos pasos y encaró hacia la oficina del director, junto al portón principal de la Cárcel que daba a la calle 14. Sabía que permanecía siempre abierta, sin llave, sabía qué debía buscar y sabía qué debía evitar a como diera lugar.

Grandes y gruesos, memorizó la posición de cada libro. Descartó el *Registro General de Presos* y el *Libro de Castigos*. También soslayó los destinados a asentar las guardias, las compras de insumos, el inventario del depósito y demás cuestiones administrativas. Una repisa más abajo, encontró el que necesitaba, que apoyó sobre la mesa contigua.

Libro de Entradas y Salidas consignaba en la tapa y con la luz de una vela empezó a leer los encabezados, atento a la sorpresa que pudiera surgir de la calle o del pasillo.

«Acá está», celebró. Bajo el título «Francisca Rojas» constaba el legajo personal de la rea, aunque los datos eran exiguos. Detallaba que había nacido en Ayacucho, que tenía 33 años, que vivía en Necochea cuando fue detenida, abocada a los «quehaceres domésticos», que estaba casada y que no sabía leer, ni escribir.

El estallido de un estornudo tensó a Valentín. El guardia que custodia el portón principal desde la vereda, se esperanzó. Si ese u otro centinela lo sorprendía allí estaría en serios problemas. Apuró la

lectura. El escribiente había anotado que Rojas medía 1,56 y que tenía el pelo negro, nariz y boca regulares, la tez blanca y los ojos pardos.

Las anotaciones manuscritas aportaban poco más. Apenas la fecha y causa de su detención —«homicidio»—, y sus idas y vueltas entre la Penitenciaría y el Hospital de Dolores, hasta su traslado a La Plata, que le había permitido a él conocer a la leyenda.

Cerró el libro y devolvió cada registro a su sitio, apagó la vela, pasó sigiloso junto al portón principal y enfiló hacia el puesto donde, si Dios no le hacía una trastada, el sargento seguiría durmiendo.

A los pocos metros, sin embargo, sus piernas decidieron otro destino. Sabía que jugaba con fuego, pero no pudo contenerse.

Al entrar en el pabellón, recorrió el pasillo techado, otra vez hacia 48 y las letrinas, hasta quedar frente a la primera celda individual de la derecha.

La luz magra de una lámpara de queroseno a sus espaldas apenas iluminaba la puerta. De madera maciza reforzada con barras de metal pintadas de negro y goznes gruesos, tenía una mirilla deslizante, también de metal que solo podía destrabarse del lado externo.

Respiró hondo y se impregnó del aire que apestaba a encierro y sudor. Miró a ambos lados, en la semipenumbra. Estaba solo en el pabellón. Dio un paso, se acercó a la puerta de la celda y aguzó el oído. Nada. Casi la una, estimó. Debía dormir.

Extendió una mano hacia la mirilla, pero se contuvo. Para qué, se cuestionó, y retrocedió una baldosa. Empezó a sudar y los oídos le zumbaron.

«Cobarde», se reprochó y acometió.

Al abrir la mirilla, dos ojos intensos y pardos se clavaron en él. Rojas lo observaba de pie, junto a la puerta, y Valentín solo atinó a cerrar la cubierta, avergonzado. Se sintió un cazador cazado. Un otario.

5

—¿Qué le parecieron los «Estudios Carcelarios»?

Valentín se revolvió en el asiento, junto al ventanal que daba a la avenida 60. Concebida como sala para recibir visitas, Vucetich y su esposa Felisa la habían convertido en escritorio, con una mesa de madera, una silla para él y otras dos para los visitantes, entre las pilas de libros, partituras, orejas humanas e informes que estaban por doquier. De piso a techo.

—Más o menos lo que usted me había adelantado durante nuestra caminata: Gori relata su recorrida por Sierra Chica y poco más —replicó a media voz. Prefería que Vucetich le enseñara los trucos de la dactiloscopia de una bendita vez para acometer el cadáver que lo atormentaba, en lugar de tomarle examen—. Qué sé yo.

El hombre llegado de otras aguas, lo trepanó con la mirada. Apoyó el calabazín matero sobre el cartapacio del escritorio, se acercó a la puerta y la señaló con el índice.

—Esto se llama «puerta». Si vuelve a pronunciar esa frase, usted la cruzará para nunca más volver —y el acento foráneo reflejó el fastidio —. Es lunes, debo ir a la oficina y ese «qué se yo» denota pereza mental, inseguridad personal o desprecio por el interlocutor, ¿entendió?

El muchacho tragó saliva.

—Volveré a preguntarle y esta vez espero una respuesta mejor. ¿Leyó los «Estudios Carcelarios»?

—Sí.

—¿Está de acuerdo con lo que escribió Gori?

—No.

Vucetich levantó las cejas, alentándolo a continuar.

—Desde lo anecdótico, porque Gori critica por infamante el rojo del uniforme carcelario. Dice que busca causar el oprobio del recluso, lo que es cierto, pero también dice que es el color menos indicado para acallar los estímulos o delirios sangrientos que esos criminales puedan tener, ¿no?

—Continúe.

—Pero Gori omite un dato sustancial que sí tuvieron en cuenta las autoridades cuando eligieron ese color.

—Y ese dato sería…

—Que cualquier recluso que intente fugarse de un presidio es más fácil de rastrear si va de rojo que de gris, negro o azul, y lo digo como guardiacárcel —se ufanó, pero chocó con la reticencia de Vucetich.

—¿Y qué más?

—No lo tome a mal —se jugó el resto—, pero la respuesta más sincera es que su visión criminalística, por así decirlo, no me convenció. No tengo claro por qué, y no soy experto, obviamente, pero no me cierra. Fíjese lo que escribió sobre el reo número… —buscó rápido en la revista que tenía entre las manos—, 218. Lo encuadra como un ejemplo de la clase criminal que llama «gauchos malos».

—¿Qué hay con ellos?

—Que Gori dice, y lo cito… que «el delito no es en ellos más que un producto mixto de su organismo y del ambiente».

—¿Y?

—Que me parece una generalización injusta, como cuando escribe que «cuando han bebido, todos los gauchos son malos», o algo por el estilo.

—¿Y por qué sería injusta esa generalización? —lo atizó Vucetich, que había vuelto a su sillón y se llevaba la bombilla del mate a los labios. El muchacho tenía más educación de la que aparentaba, como había presentido, del mismo modo que no podía quitarse de encima el pálpito de que ocultaba algo—. ¡Vamos, prosiga!

—Porque todas las generalizaciones lo son.

—¿Incluida la generalización sobre las generalizaciones que usted acaba de proferir?

Valentín esbozó una sonrisa antes de repetir el latiguillo de su padrastro, ojalá el diablo se lo llevara consigo.

—*Touché*. Pero mi generalización es retórica, mientras que la de Gori pretende darle un viso de ciencia a creencias o prejuicios que terminan con inocentes en calabozos.

—Sin embargo, coincidiremos en que algo debemos hacer. Mire lo que está pasando en La Plata —lo provocó Vucetich—. Debemos rondar las 50.000 almas y, a pesar de la crisis y el estancamiento, del

pasto en las calles y los mendigos, seguimos creciendo. Pero ¡ni siquiera sabemos si los que bajan de los barcos son quienes dicen ser! Yo podría haberme identificado con otro nombre y ocultar de ese modo que era un asesino, por ejemplo. ¿No siente usted, acaso, una sensación de desborde?

—¿La solución es meter preso a todos los gauchos por ser gauchos? —lo cruzó el muchacho—. ¿Después seguirán los inmigrantes o los mulatos? ¿Los pobres? ¿O los anarquistas? En ese caso, sería Gori el que estaría en problemas.

Vucetich mantuvo el índice de la mano izquierda sobre sus labios por un instante demasiado largo. Luego lanzó un gesto al aire que Valentín interpretó como un «allá usted» o «vaya con el crío», en el momento en que alguien tocaba a la puerta con delicadeza. Sin esperar la respuesta, una mujer asomó la cabeza y le sonrió al invitado.

—Buen día, joven. ¿Le están tomando examen?

Valentín sintió una simpatía inmediata por Felisa, que se volvió hacia su esposo.

—¿Vas a invitarle un café, al menos, o la idea es solo rigorearlo? —lo picó, para otra vez dirigirse al muchacho, triunfal—, ¿con azúcar y algo de leche estará bien?

Valentín tuvo la lucidez suficiente para no contestar. También él había vuelto la mirada a Vucetich, que distaba de sonreír. Al contrario, la ironía de su mujer había terminado de malquistarlo.

—Gracias, Felisa, pero el joven —dijo, cargado de ironía—, ya se estaba retirando y yo marcho a trabajar.

Valentín se levantó en cuanto vio a la leyenda dejar sus anteojos sobre el escritorio y enfilar hacia la puerta. Le agradeció el gesto a Felisa y le tendió a Vucetich el ejemplar de *Criminología moderna* que le había ordenado leer.

—Quédesela —fue la respuesta, mientras le indicaba la salida—. De recuerdo.

Valentín sintió que la oportunidad de afrontar su cadáver se escabullía.

—Discúlpeme si dije o hice algo incorrecto.

Sin responderle, Vucetich se le adelantó en el zaguán, abrió la puerta y avanzó, dándole la espalda.

—Ha sido un gusto conocerlo —lo despidió al llegar a la vereda, abstraído del impacto en ciernes.

Ocurrió en un parpadeo.

Vucetich llegó a percibir que Valentín se abalanzaba sobre él, lo empujaba a un costado con una mano, giraba el cuerpo para chocar con el hombro contra algo y rodaba sobre las baldosas. Pero a la leyenda le tomó su tiempo comprender que dos hombres habían intentado abordarlo, quizá robarle, y ahora enfrentaban al muchacho.

—*Sei stupido?* —gruñó el más corpulento y Valentín lamentó vestir ropas de civil. El uniforme de guardiacárcel podía reportarle una ventaja en ruedos complicados. A menudo, la apariencia de autoridad emite autoridad.

—*Non sono stupido; sono un poliziotto* —mintió, atento a las reacciones que pudiera despertar la frase, pero lo primero que notó fue un ligerísimo bamboleo en los camorristas, apenas perceptible. Borrachos, lamentó. Eso elevaba los riesgos, pero ya era tarde para retroceder—. *Se ne vanno adesso o li prendo prigionieri*.

Acaso fue el tono en que los intimó a marcharse bajo la amenaza de arrestarlos o que colocó su mano detrás de la cintura, como si fuera a esgrimir una cachiporra o una Smith & Wesson, pero funcionó. El más alto mostró las palmas en señal de tregua, tomó del brazo a su compañero, y se marcharon. Tarareaban «Qué polvo con tanto viento».

Valentín giró en busca de Vucetich. Temía haberlo lastimado con el empujón. Pero lo vio de pie, los brazos en jarra y los ojos fijos en él.

—*Come mai parli italiano? Il tuo cognome non è…*

El muchacho esbozó una sonrisa cauta.

—Mis padres lo eran.

—¿«Eran»?

—Mi padre murió de neumonía y no tengo recuerdos de él.

—¿Y su madre?

La voz de Valentín sonó de ultratumba.

—¿Quiere la respuesta corta o larga?

—Empecemos por la corta.

—La mataron. Por eso quiero aprender de usted.

En el silencio que siguió, escucharon rodar las hojas secas por la avenida 60, empujadas por la brisa. Esa, captó la leyenda, debía ser la motivación oculta del muchacho.

—Espéreme aquí —ordenó Vucetich, pasando junto a Felisa, que había presenciado el incidente desde el zaguán, un hombro apoyado contra el muro.

La mujer esbozó una sonrisa, como si buscara disculpar a su marido por los arrebatos, y Valentín reafirmó su simpatía por ella, que se hizo a un lado. La leyenda reapareció con un libro de tapas azules en la mano.

—Tome, es para usted —dijo—. Búsqueme cuando lo termine.

6

—¿Era necesario el rigoreo?

—¿Hmm?

—Al muchacho.

Vucetich supo que no le convenía entrar en esas aguas. Los últimos rayos del sol entraban por el ventanal y, tras casi una década y una hija juntos, la experiencia le indicaba que tenía más para perder que para ganar cuando Felisa apelaba a ese tono. Igual lo intentó.

—No fue mi intención —sondeó, dejando el libro a un costado. Pero el rostro de ella no le ofreció un flanco a la filigrana.

—Juan, por favor…

—Pero…

—Iván, por favor…

Escuchar aquel nombre, que Felisa solo invocaba en ocasiones excepcionales, propaló un ramalazo de recuerdos. Lesina, un mar azul intenso, sus padres Viktora y Vicenze, el monje y maestro Marojevic, el servicio militar en la Armada del imperio Austrohúngaro, y el tedioso viaje desde la Dalmacia con Martín, uno de sus hermanos más jóvenes, hacia el Río de la Plata… Demasiados recuerdos; demasiada nostalgia.

—Solo te quiero recordar, Ivan Vuc̆etic´ —ahondó ella, mientras alzaba a María Teresa—, que alguna vez fuiste como ese muchacho.

7

Le tomó dos semanas leerlo y releerlo, pero el libro terminó por arrastrarlo hacia la calle 9. Valentín había exprimido cada día para zambullirse entre las tapas azules. A escondidas, durante las guardias, o en el sótano de la diagonal 77, donde había encontrado un refugio con luz eléctrica, agua corriente y humedad para no volver a aquella casa que había sido su hogar.

Repasó el frente de la casa. Estaba venido a menos, como era lógico. Llevaba dos años cerrada. La puerta doble de madera del zaguán aparecía despintada y, hacia la derecha, las persianas metálicas de los dos ventanales con balconetes mostraban los primeros síntomas de herrumbre. «Habría que pintarlas», evaluó, «pero no seré yo».

Extrajo la llave del bolsillo con las enseñanzas del libro nítidas en la memoria. Había subrayado los tramos más importantes y doblado las esquinas de varias páginas, sin quedar satisfecho. Así que había redactado un resumen de una carilla, en letra pequeña, que había insertado al inicio del capítulo más relevante, a modo de guía y señalador.

El libro, *Instrucciones generales para el sistema de filiación*, le resultó cautivante. Vucetich lo había publicado cuatro años antes, en 1895, en la imprenta de la Policía bonaerense, con instrucciones precisas para los agentes puestos a identificar personas. Ordenaba verificar el color de los ojos, el tamaño y forma de la nariz, cejas y boca, y registrar tatuajes y cicatrices, verrugas y lunares, aunque lo mejor llegaba al final, cuando explicaba el método para tomar impresiones digitales y cómo había que proceder al arribar a la escena de un crimen.

Valentín se topó con ese apartado mientras regresaba al sótano por la avenida 7. Ojeaba el contenido que le había ordenado leer Vucetich cuando se topó con el título de la Tercera Parte, «Del levantamiento de los cadáveres». Se detuvo por un instante para verificar si había leído bien.

Miró a su alrededor y a unos cincuenta metros, en la esquina de

56, encontró lo que buscaba, *Número Tres*, la fonda de Francesco Gianetto. Al entrar vio que, junto al ventanal, conversaban dos amigos improbables, el banquero Félix Tettamanti y el poeta Pedro Bonifacio Palacios, al que todos conocían por su seudónimo más popular: Almafuerte.

—Un café, gracias —dijo al mozo, a modo de saludo y despacho. Le urgía leer.

«El levantamiento del cadáver comprende tres órdenes de investigaciones, que son: 1º, la inspección del lugar donde se encuentre el cuerpo; 2º, la de las ropas que la cubran; 3º, la del aspecto exterior de la víctima», leyó, con el acento de Vucetich repiqueteando en su cabeza.

Era clave la inspección del lugar, abundaba el texto. «Puede suministrar datos útiles y aun de gran valor, por ejemplo: la disposición del cuarto, la situación de los muebles, el estado de estos, las alteraciones, manchas, etc., que presente el suelo, así como todas las señales de lucha, el sitio donde se hallen armas u otros instrumentos que pudieron servir para perpetrar el crimen, etcétera».

Comenzó a pasar las páginas para captar la esencia. Una tras otra, Vucetich trazaba pautas que los policías debían seguir para detectar los indicios que podían ayudarlos a desentrañar crímenes e identificar homicidas, con precisiones específicas si las muertes habían sido por asfixia, estrangulación, ahorcamiento o sumersión.

«Si la estrangulación se opera con las manos, hay en cada lado de la laringe, en la mandíbula o en la base del cuello, esquimosis y escoriaciones que dan a conocer cuál fue la posición de las manos del asesino», leyó, y lamentó no tener acceso al informe médico de su cadáver. «Las huellas de los dedos, primero de un rojo vivo, se vuelven violáceas y grises, quedando las yemas de los mismos de tal modo impresas que algunas veces se las puede contar y reconocer con qué mano se ejecutó la estrangulación; las uñas, hundidas en la carne, pueden indicar también la posición del agresor y de la víctima, respectivamente».

De tanto en tanto, Valentín levantaba la vista hacia Almafuerte y el ventanal que daba a la vereda, aunque su mente estaba en la calle. Procuraba aplicar cada lección de Vucetich al crimen que lo consumía.

«En resumen», cerraba el apartado, «en el acto del levantamiento del cadáver debe examinarse todo, metódica y minuciosamente a fin de no dejar escapar ningún detalle que, aunque inútil a simple vista,

puede tener gran importancia en el curso del proceso a que el acontecimiento dé lugar».

Y allí estaba él, dos semanas y tres lecturas del libro después, en la vereda de la casa que había compartido con su madre. Se había obligado a tomar notas e internalizar las enseñanzas de Vucetich mientras juntaba coraje para viajar al pasado.

Giró la llave, empujó la doble puerta y no logró moverla.

«Empezamos bien», gruñó, antes de balancear el cuerpo y lanzarse contra la madera, que cedió.

Lo recibió un vaho, mezcla de polvo y encierro, aunque percibió, a lo lejos, un dejo a la yerbabuena que su madre había plantado el mismo día en que se mudaron a esa casa, en el despuntar de la última década del siglo.

—Una casa es una casa hasta que el amor la convierte en hogar —recitó la frase con que su madre acompañaba algunos gestos, como cocinarle pasta casera con albahaca o perfumar la sala con flores de malva que colocaba en un pequeño jarrón de plata, su objeto más preciado, el único que conservaba de su esposo.

—Pero ya no es un hogar —añadió Valentín, dialogando con el fantasma de su madre—; ahora es una casa vaciada de vida.

Comenzó por el zaguán. Observó el diseño geométrico de las baldosas, el polvo asentado en el piso que transmitía que nadie había ingresado allí en muchos meses, marcas viejas en las paredes, el cielorraso con telarañas en los vértices y, tres metros más allá, la puerta cancel de vidrio con las cortinas que había cosido su madre.

Caminó atento a los detalles. La segunda puerta reaccionó dócil y Valentín se zambulló en el vestíbulo de su niñez. Toparse con la mecedora o el cuadro de Pío IX, como si no hubieran pasado los años, le oprimió el pecho. Solo comprendemos la valía de nuestros tesoros cuando los perdemos, asimiló. Debió esforzarse, la mano derecha cerrada en un puño, para no marcharse y avanzó por entre el aire inmóvil. Tenaces, los fantasmas a veces están más presentes que los vivos.

Giró a la derecha, ingresó a la sala y el piso de pinotea lo saludó con la misma ligerísima queja de aquellos tiempos en que aprendió a eludir el quinto tablón para que su madre no detectara que había profanado ese espacio prohibido, salvo para las visitas.

«¿Por qué estabas acá, mamá?», murmuró.

Dio otro paso. Tanteó en la penumbra la traba del primer ventanal

que daba a la calle. Los policías que aquella noche lo habían abierto debieron cerrarlo al marcharse, estimó, y descartó la posibilidad de extraer algo valioso de la manilla o de los vidrios tras aquel manoseo.

Las persianas metálicas cedieron tras otro forcejeo. La sala ganó nitidez, mostrándole a Valentín un sofá doble y un par de sillones, una mesita baja de café y dos sillas de madera con apoyabrazos, grisáceos de polvo, que le ocultaban el lugar exacto donde doña Anunciación, la vecina, había encontrado el cuerpo.

«La inspección del lugar en que se encuentre el cadáver puede suministrar datos útiles, como la disposición del cuarto…», citó de memoria a Vucetich, y pasó un dedo sobre el polvo, escribano irrefutable del paso del tiempo.

«De la situación de los muebles y el estado de estos…», continuó, y trató de memorizar la ubicación de cada objeto sin que las emociones lo aplastaran. Los muebles, la luz, los silencios; todo le recordaba a ella. Sintió la inquietud que suelen producir los lugares habituados a la vida cuando quedan inertes.

«Las alteraciones, manchas, etcétera, que presente el suelo…», recitó para concentrarse, y fue y vino por la sala buscando algo inusual, algo que le permitiera seguirle el rastro al asesino, con la quietud imperante oprimiéndole el pecho. Como si algo callara a gritos una obviedad que estaba frente a sus ojos, pero no lograba ver.

«Y una mierda», soltó una hora después, mientras caminaba hacia los fondos, abriendo las puertas que comunicaban la sala con el dormitorio de su madre y este con el que había sido suyo, entre los ecos del pasado que pugnaban por abrazarlo. Pero se obligó a continuar, hacia la cocina, en la que irrumpía el sol matinal.

«Y una mierda», repitió, entre frustrado y confundido. Volver a su antiguo hogar había reflotado toda la bronca, tristeza e impotencia que había postergado por dos años… Buscó una taza para beber agua fresca, pero desistió tras barrer el lugar con la mirada. Lo que no estaba sucio, estaba podrido, como el contenido de la cacerola. «Mamá debió estar cocinando cuando ocurrió todo», intuyó. Sobre la mesa yacían cuatro platos sucios junto a los restos abollados de una marquilla de «La Popular», en la que distinguió el rostro del general Bartolomé Mitre.

«Hijosdeputa», masculló, pensando en los policías que fumaban y hasta comían en las casas donde habían asesinado a alguien, sin respetar a los muertos, ni a sus deudos, mientras esperaban la llegada

de un fiscal o de un juez. «Como buitres carroñeros».

Miró a través de la ventana. Sería un día agradable. Un colibrí revoloteaba en el jardín, como cuando era pequeño y esa casa, el centro del universo. Había amado sus recovecos, su frescura, sus aromas, aunque al igual que su padrastro, detestaba al gato que su madre servía como a un dios egipcio.

¿Dónde estaría el maldito? ¿Seguiría vivo? Su padrastro, siempre mandón, había ordenado levantar medianeras de material sin que el gato se inmutara. Trepaba al tilo que dominaba el jardín, caminaba como un equilibrista por las ramas que superaban el paredón del fondo, saltaba al tope de la medianera y se lanzaba a la aventura. A veces desaparecía durante días. Y lo veían volver por los techos vecinos, saltando con destreza hacia el árbol, magullado o triunfal, según la ocasión.

Todo eso había quedado atrás. El tilo era el único y mudo testigo que quedaba de aquellos años. Ni siquiera aquel jardín que supo ser coqueto había sobrevivido. Las plantas crecían a su suerte, entre matas de pasto y arbustos espectrales que le llegaban a la rodilla, o más.

—En fin… —dijo en voz alta, mientras sacudía el polvo que se había impregnado en el abrigo al apoyarse en el alféizar. Volvió hacia la sala, preguntándose a quién podría recurrir para acceder al informe del médico que había revisado el cuerpo de su madre.

El crujido, la ligerísima queja, lo encontró acorralado en el umbral entre la cocina y el dormitorio que en tiempos felices había sido suyo.

«El quinto tablón», asimiló.

—¡Hola! —gritó, y se arrepintió en el acto. No tenía más armas o escudo que el libro de tapas azules de Vucetich. «Debí manotear un cuchillo en la cocina», se reprendió.

El sonido de los pasos fantasmales en la sala elevó sus pulsaciones, sin margen para echarse atrás, ni buscar otra vía de escape. Solo le quedaba avanzar para, con algo de suerte y aguijoneado de miedo, llegar al zaguán y la calle. O afrontar lo que le saliera al cruce, se resignó. Si el asesino había regresado, tendría que defenderse con las manos.

Dio un par de pasos, apenas, cuando notó la sombra que la luz que entraba por los ventanales de la sala proyectaba sobre el piso. Iba a su encuentro, captó en un chispazo. Aferró el libro con una mano y se pegó a la pared, conteniendo la respiración.

De la sala salió un hombre bajo, de unos treinta años, que al verlo sonrió, dos dientes ausentes en la trompa.

Valentín no dijo nada.

Entre coqueto y malevo, el hombre que llevaba una escarapela en el ojal del abrigo —verde en el centro, blanco y rojo— tampoco habló.

Valentín negó con su cabeza. No pensaba reunirse con quien lo había enviado a buscar. Prefería mantenerlo alejado, siempre.

El hombre arqueó las cejas, frustrado, y se marchó.

Rengueaba.

8

—Lo estaba esperando —lo recibió Vucetich, pero no le señaló una silla.

Valentín había dudado qué hacer. ¿Releer el libro una vez más y encarar otra inspección más exhaustiva de la escena del crimen, aunque solo fuera para engañarse a sí mismo con que intentaba algo? ¿O debía tratar de olvidarlo todo de una mala vez y seguir adelante, como le decían sus amigos en las horas tontas de la cerveza? ¿Podría lograrlo, sabiendo que el asesino quedaría impune? Las preguntas lo habían empujado a la oficina de la leyenda en el Departamento Central de Policía.

—Vengo en busca de orientación.

—¿Le sirvió el libro que le di?

—Sí, pero no.

El muchacho resumió sus últimas semanas, sin omitir su incursión en la casa de calle 9, las lecciones que había extraído del libro, ni el encuentro, si así podía calificarlo, con Rojas, mirilla de por medio.

Nunca previó la reacción de Vucetich. Rojo el rostro como un tomate, la leyenda se tapó los ojos con una mano y estalló en una carcajada que Valentín calculó que debió resonar en las caballerizas de la Jefatura, sobre la calle 3.

—*Dopustite mi da vam kažem da ste nevjerojatni* —replicó al fin, entre risas, y con un gesto rápido de los dedos se disculpó—. Quiero decir que eres increíble, incluso más que Florencio Sánchez, un muchacho que trabajó con nosotros antes de volverse a Uruguay. Se fue a abrir una oficina como esta, pero se dedicó a escribir y, peor, al periodismo.

Valentín no tuvo claro si debía agradecerle u ofenderse, ni Vucetich le dio margen para definirlo.

—¿Así que se enfrentó, digamos, con Rojas puerta de por medio? —le preguntó, volviendo al trato formal.

—Sí, señor.

—Llámeme Juan. ¿Y que impresión le dio, si se puede saber?

—Solo podría decirle que su mirada era intensa —dijo, y se demoró un instante, antes de añadir—: tenía ojos como de un pozo sin fondo.

Vucetich se apoyó en el respaldo de la silla y asintió.

—Es una respuesta inusual.

Valentín evaluó contarle que había observado mucho a Rojas durante las guardias de los últimos quince días, que era una mujer callada, que no solía conversar con otras reas, pero que tampoco las rehuía, que por momentos parecía una sombra, un alma gris. Tampoco quiso confesarle que le pareció que ella lo había mirado con sorna, ni que él había bajado la vista. Apuró el paso. Al mediodía debía presentarse en la cárcel.

—Le conté todo esto porque necesito un favor —lanzó, y continuó sin esperar el convite—, ¿puede conseguirme una copia del informe del médico que revisó el cuerpo de mi madre?

La leyenda lo miró pensativo, se levantó, pasó junto al muchacho y cerró la puerta a los empleados que fatigaban los ficheros. Miles de tarjetones con huellas dactilares de presos, detenidos, aspirantes a policías y muchos más le daban forma a lo que Vucetich definía como una «revolución identitaria».

—Haré algo mejor —le contestó en voz baja, mientras restregaba los cristales de los anteojos con un pañuelo de seda—. Le daré un nombre que lo guiará en su búsqueda: Eduardo Álvarez.

«A falta de una leyenda, un sabueso», pensó Valentín.

Vucetich pareció leerle el pensamiento.

—Sé que es difícil llegar a él después de lo que le pasó, pero cuando lo encuentre, porque estoy seguro que usted llegará a él —afirmó, y el muchacho absorbió el elogio como un tesoro—, dígale que yo lo envío con esta frase: «Ha llegado el momento de darte la razón».

9

Al décimo día, Valentín aplaudió con fuerza frente a una verja de metal, para angurria de una jauría que, abrigó la certeza, lo desmembraría a dentelladas si se apeaba del caballo.

—¿Sí? —preguntó el hombre que apareció en la galería, a unos quince metros. Bigotes frondosos, barba rala, hombros caídos, pantalón gris, todo en él transmitía que no quería compañía, ni ser molestado.

—Buen día —gritó—. Busco al comisario Álvarez.

—Suerte con eso —fue la respuesta, aunque el muchacho barruntó que lo habían orientado bien hacia las tierras contiguas al saladero San Juan, en los antiguos dominios de Juan Berisso. La reacción del hombre reforzó su pálpito: pese a la negativa, seguía allí, las manos en los bolsillos, la mirada inquisidora de alguien que ha visto demasiado.

—Comisario, necesito su ayuda. ¿Puede darme cinco minutos?

El hombre meneó la cabeza y empezó a alejarse.

—¡Vucetich me envía!

Escuchar ese apellido paralizó al hombre, que giró hacia Valentín.

—¡Me dijo una frase para usted! —gritó el muchacho, afanoso por superar la desesperación de los perros por devorarlo y del caballo, inflados los ollares, por marcharse—. ¡«Ha llegado el momento de darte la razón»!

Con las manos todavía en los bolsillos, Álvarez emitió un chiflido corto que al muchacho le pareció mágico o al menos lo fueron sus efectos: la jauría se aplacó en el acto.

10

Álvarez era como le habían anticipado: áspero. En la Policía desde 1884, había ascendido por mérito y crímenes resueltos hasta llegar a comisario de sección, sin detener allí su progreso. La Jefatura terminó por crearle el puesto a medida para sus talentos: comisario de Pesquisas, desde 1890, e inspector del Crimen, dos años después. El primero desde la fundación de la Policía bonaerense en 1821. Como esos investigadores de ficción de los que todos hablaban, Monsieur Lecoq y Sherlock Holmes, pero real.

—Lo escucho —lanzó Álvarez de espaldas, mientras ingresaban en la casa. Era de paredes gruesas, aunque el empapelado aparecía derrotado por la humedad en una esquina de la sala y el piso debía llevar años sin conocer una escoba. Flotaba en el aire un olor rancio y afrutado.

Valentín siguió al comisario hasta la cocina, donde confirmó el abandono. Botellas vacías de vino se acumulaban junto a una pila de diarios viejos contra la puerta que daba a los fondos. Siete, contó. Botellas vacías que rellenaban corazones. No, no era abandono, se corrigió. Era desapego. Un desapego triste.

¿Por qué Álvarez vivía así si tenía un buen salario? El cargo de Inspector del Crimen tampoco había sido su techo, sino otro peldaño que lo había propulsado al rango de comisario de Órdenes en 1894 y, ese mismo año, hasta la mismísima cúspide. Aunque de manera interina, ¡había llegado a ser el jefe máximo de la Policía!

Los mismos que lo habían orientado hacia Berisso, detrás del Museo de Ciencias Naturales platense, se habían negado a explicarle qué había empujado a Álvarez a renunciar a la fuerza en marzo de 1895. Solo volvió, otra vez con rango de inspector del Crimen, tres años, cuatro meses y cuatro días después. ¿Lo habían forzado a renunciar? ¿Había ocurrido algo en su trabajo? ¿Quizá durante la investigación de algún caso? ¿O respondía a algo de su vida privada?

—Dije que lo escucho —insistió el sabueso.

«Áspero, el hombre», confirmó Valentín, que picó espuelas. Le confió, tan breve como pudo, por qué había buscado a Vucetich, con la ficha de Francisca Rojas como abrepuertas, y cómo este lo había empujado hacia él.

—Su madre —dijo Álvarez al sentarse—, ¿cómo se llamaba?

Valentín sonrió ante las vueltas del destino. La ironía de dos mujeres unidas por el nombre, aunque con maternidades tan disímiles, no le era ajena.

—Francesca, pero todos la llamaban «Nina».

Por un segundo, apenas, el Holmes de las pampas levantó la vista de sus alpargatas y hurgó en los ojos del muchacho.

—¿Y dónde dice que pasó?

—En nuestra casa de la calle 9, casi 41.

El sabueso asintió. Manoteó la pava, abstraído. Cruzaba direcciones y nombres en los recovecos de la memoria. Eran demasiados los crímenes, demasiados los muertos, pero los recordaba todos. Algunos lo visitaban en los sueños; otros, los más dolorosos, lo acompañaban durante el día.

—Nina Cosettini —lanzó, más para sí que para el muchacho—. La recuerdo —dijo, y salió en busca de más agua.

Valentín todavía digería la frase cuando Álvarez volvió, escoltado por una perra cimarrona, y colocó la pava sobre la plancha de metal fundido de la cocina.

—¿Conoció a mi madre?

—No. Pero sí lo que pasó, como todos en la fuerza.

—…

Álvarez percibió la desorientación del muchacho. Demasiado ingenuo o de pocas luces, lamentó.

—Su padre no es cualquier hombre —añadió.

—Padrastro.

Los hombros del sabueso precedieron la respuesta.

—Como diga.

Los pensamientos de Valentín corrieron en todas direcciones. ¿Vucetich sabía también quién había sido la pareja de su madre? ¿Sabía que era el hombre al que acudían miles de inmigrantes italianos, en la sede del Teatro Princesa, en busca de ayuda o su bendición? ¿Explicaba eso el trato que le había prodigado? ¿Tenía su padrastro un rol en el asesinato de su madre, como lo había tenido en aquel otro muerto que en 1886 apareció flotando en el arroyo

Regimento, degollado con una daga corta y filosa, por una venganza? ¿Qué sabía Álvarez sobre Nina? ¿Y de su muerte? ¿Acaso el poder de su padrastro explicaba por qué esta muerte continuaba impune? Sabía bien que tenía a muchos policías en el bolsillo y más de un juez le debía favores incómodos.

Álvarez dejó que la pava fijara los tiempos de la conversación. Cebó otro mate antes de darle su parecer, aunque intuyó que sería inútil. Peinaba canas suficientes para saber que el muchacho seguiría adelante.

—M'hijo, deje las cosas como están.

La réplica fue la que esperaba.

—Cuénteme.

—No hay mucho pa' contar.

El tono del comisario le sonó sincero a Valentín, cuya mente todavía bullía. ¿Por qué Vucetich lo había mandado a hablar con Álvarez? ¿Para que le contara sobre el crimen de su madre? ¿O sobre el caso Francisca Rojas? ¿O sobre ambos?

—«Ha llegado el momento de darte la razón» —repitió, a la espera de un milagro.

Y el resoplido del comisario llenó la cocina.

—Eso fue hace mucho tiempo. Hace casi siete años.

11

—Usted tiene que comprender que Vucetich no era visto como un sabio, mucho menos como una leyenda cuando pasó lo que quiere que le cuente —dijo Álvarez tras colocar otro leño en el fogón de la cocina. Hacía frío en la zona portuaria y comenzaba a caer una llovizna fría, de esas que trepanan los huesos—. Por aquellos días, Juan era un inmigrante más, con ideas que desafiaban el orden establecido.

Valentín sabía lo mismo que tantos sobre aquellos tiempos, sazonado con las precisiones que Vucetich había volcado en el libro de tapas azules, lo que había leído por su cuenta o escuchado en conferencias. Sabía que el mundo se regía por el método para identificar personas de un francés llamado Alphonse Bertillon que había diseñado un protocolo de once mediciones corporales y fotografías de frente y perfil para diferenciar a cada individuo de sus semejantes. Pero el «sistema antropométrico» o, más simple, «bertillonage» acumulaba falencias. La primera, que había regiones, cuando no países enteros, donde no había fotógrafos, ni las herramientas necesarias, que requerían de una o hasta dos maletas para trasladarlas, ni expertos que registraran con idéntica precisión milimétrica la longitud del dedo medio o del antebrazo o del pie izquierdos o de lo que fuere. La segunda, que los datos que se obtenían eran tantos que, a medida que aumentaban las personas controladas y registradas, el archivo mismo resultaba un obstáculo para encontrar los datos del individuo buscado.

—Y la tercera y más importante —abrevió Álvarez—, que el «bertillonage» funciona por eliminación porque permite descartar que un detenido sea alguien que alguna vez fue fichado por otro crimen, pero no aporta una identificación positiva. Es decir, determinar quién es.

Álvarez acarició la nuca de la cimarrona, tendida a su lado en el meridiano del sábado.

—En ese contexto, Vucetich apareció con otro método —dijo—. Y

yo fui el loco que lo confirmó en la calle.

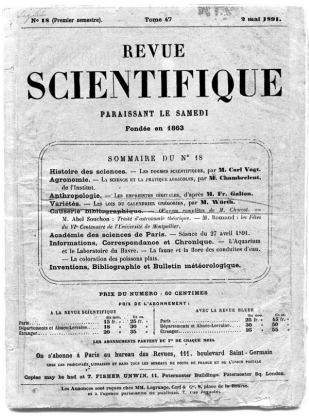
—Con Francisca Rojas.

—La cosa venía de antes —previno el sabueso—. No sé bien cuándo, pero nuestro jefe, Guillermo Nunes, un día mandó a llamar a Vucetich y le entregó una revista francesa, la «Reviú Siántifíc» o como se diga, y le dijo que analizara un artículo. Tiene que comprender que Nunes no llevaba ni un mes como jefe de Policía y Vucetich, que ya estaba editando el Boletín de Estadística de la fuerza, sabía francés, italiano, inglés y no sé cuántos idiomas más. Así que se puso a estudiar lo que había publicado un tal Galton y semanas después se le apareció al jefe con una propuesta.

—La dactiloscopia… —mechó Valentín, para acortar camino.

—¡Ojalá! Vucetich le fue a Nunes con otro nombre que hasta me cuesta pronunciar —el comisario cerró los ojos—. Inco…, icnofalangometría.

De improviso, la cimarrona levantó las orejas y salió disparada a unirse al resto de la jauría, que ladraba excitada bajo la garúa.



N° 18 (Premier semestre). Tome 47 2 mai 1891.

REVUE

SCIENTIFIQUE

PARAISSANT LE SAMEDI

Fondée en 1863

SOMMAIRE DU N° 18

Histoire des sciences. — Les poèmes scientifiques, par **M. Carl Vogt.**
Agronomie. — La science et la pratique agricoles, par **M. Chambrelent**, de l'Institut.
Anthropologie. — Les expériences spéciales, d'après **M. Fr. Galton.**
Variétés. — Les lois de calendrier ordinaires, par **M. Würth.**
Cathédrale bibliographique. — *Œuvres complètes de M. Chevrel.* — M. Abel Souchon : *Traité d'astronomie théorique.* — M. Renaud : *les Fêtes du IVe Centenaire de l'Université de Montpellier.*
Académie des sciences de Paris. — Séance du 27 avril 1891.
Informations, Correspondance et Chronique. — L'Aquarium et le Laboratoire du Havre. — La faune et la flore des conduites d'eau. — La coloration des poissons plats.
Inventions, Bibliographie et Bulletin météorologique.

PRIX DU NUMÉRO : 60 CENTIMES

PRIX DE L'ABONNEMENT :

A LA REVUE SCIENTIFIQUE	Un an.	Un mois.	AVEC LA REVUE BLEUE	Un an.	Un mois.
Paris	15 fr.	25 fr.	Paris	25 fr.	45 fr.
Départements et Alsace-Lorraine	18 »	30 »	Départements et Alsace-Lorraine	30 »	50 »
Étranger	20 »	35 »	Étranger	35 »	60 »

LES ABONNEMENTS PARTENT DU 1er DE CHAQUE MOIS.

On s'abonne à Paris au bureau des Revues, 111, boulevard Saint-Germain

TOUS LES PARTICULIERS, LIBRAIRES ET MARCHANDS DE PARIS ET DES DÉPARTEMENTS DE FRANCE ET DE L'UNION POSTALE

Copies may be had at T. FISHER UNWIN, 11, Paternoster Buildings, Paternoster Sq. London.

Les Annonces sont reçues chez MM. Lagrange, Cerf & Cie, 6, place de la Bourse, et à l'agence parisienne des publicités, 7, rue Saint-Georges.

—Será una liebre o una culebra —dijo Álvarez—. Como le venía diciendo, Vucetich desarrolló un método tan sencillo que cualquier policía en medio del campo podía entenderlo y replicarlo, y cualquier archivero con instrucciones básicas podía cruzar las huellas del sospechoso con miles de huellas más sin morir en el intento. Una genialidad.

Valentín temió que Álvarez, entibiada la lengua, se fuera por las ramas. Metió baza para enfocarlo.

—¿Y entonces pasó lo de Rojas?

Pero el sabueso era duro de roer.

—No, Nunes creó una Oficina de Identificación de Reincidentes, todavía siguiendo el método de Bertillon, más un Taller de Fotografía como los que había en París y Nueva York, a los que Vucetich sumó las huellas dactilares. Era una cosa absolutamente experimental, pero estaba tan convencido de lo suyo que un día apareció por la oficina con dos armarios que había pagado de su bolsillo en una subasta de muebles usados de una casa de moda. Los había adaptado, aprovechando que sabía cómo trabajar la madera, al parecer porque de chico ayudaba a su padre a fabricar toneles o algo así. La cosa es que montó casilleros para las fichas dactilares que él también diseñó.

El tono de su voz denotaba el respeto que sentía por Vucetich desde mucho antes de que ese inmigrante cambiara al mundo.

—Las huellas dactilares se conocen desde hace miles de años —dijo el comisario—, pero ninguna policía del mundo las utilizaba para resolver crímenes, hasta que Vucetich sistematizó cómo tomar o levantar cada huella, cómo registrarlas y cómo buscarlas en los archivos entre millones similares. ¡Un genio!

El método que había desarrollado Vucetich para tomar y archivar las huellas, sabía Valentín por sus muchas lecturas del último año, era revolucionario por su sencillez. Con un rodillo, tinta negra y un madero acanalado al que pronto apodaron «pianito», cualquier vigilante podía volcar las impresiones de los dedos del sospechoso en una ficha. Primero las de la mano derecha («serie»), del pulgar al meñique, y después de la mano izquierda («sección»), para luego clasificar la huella de cada dedo en base a cuatro tipos fundamentales: arco («A» o 1), presilla interna («I» o 2), presilla externa («E» o 3) y verticilo («V» o 4). Así, la «fórmula dactiloscópica» de un fichado podía ser: Serie: V2234 - Sección: V4233. Es decir, que los dedos de la mano derecha («serie») tenían formas de verticilo (pulgar), presilla interna (índice y medio), presilla externa (anular) y verticilo (meñique), y los de la mano izquierda («sección») eran con forma de verticilo (pulgar), verticilo (índice), presilla interna (medio), y presilla externa (anular y meñique).

—Y una vez obtiene usted eso…

Valentín alzó una mano, que Álvarez toleró a disgusto.

—Francisca Rojas.

El sabueso se extendió en un suspiro antes de responder.

—A veces me dejo llevar… —dijo—. Ramón Falcón todavía hacía de las suyas en La Plata, pero Nunes nos había dado carretel. Quizá fuera un resabio de cuando siendo joven participó en la «Revuelta de los Gabanes» en la Escuela Naval, no lo sé. Pero sí que Nunes no era como esos grandes señores que evitan el barro de las calles casi tanto como la empatía. A Vucetich lo promovió al frente de esa Oficina y a mí, de la Comisaría de Pesquisas, en espejo con la de Investigaciones que lidera el comisario Otamendi en la Policía porteña.

—¿Puedo saber por qué?

—No viene al caso. Lo suyo es Rojas, ¿no? —lo cruzó, y Valentín percibió que Álvarez disfrutaba de desafiar y ser desafiado, y que debía exprimir esa veta—. La cuestión es que Vucetich comenzó a tomar huellas. Primero, fichó a 23 detenidos en la Jefatura de Policía. Después, a los presos en los departamentos judiciales de La Plata, Norte y Centro de la provincia, y continuó con todos los aspirantes a policías, como deben haberlo hecho con usted.

Valentín asintió.

—Bueno, solo con esas pocas huellas, Vucetich detectó decenas de presos y detenidos reincidentes que se ocultaban detrás de nombres falsos, y de aspirantes que también tenían lo suyo. ¿Usted no, no?

Negó con la cabeza.

—Mejor así. Pero ¿se da cuenta de lo que eso significa? Vucetich logró que de un día para el otro pudiéramos cotejar quién era reincidente, en vez de tener que recurrir a la memoria de los vigilantes o a ojear las fotos de los delincuentes conocidos en libracos como la «Galería de Ladrones» de los porteños o nuestra «Galería de retratos».

Álvarez se detuvo ante la reaparición de la cimarrona, que se acomodó junto a la cocina, el lomo húmedo y las patas cargadas de barro.

—¿Almorzaste ya? —le preguntó.

—No, salí temprano a buscarlo —replicó Valentín, solo para toparse con la vergüenza.

—Le hablaba a ella.

El muchacho sintió calor hasta en la punta de las orejas, pero calló. Estaba seguro de que Álvarez disfrutaba del equívoco, que se extendió en el silencio. Hasta que el comisario se levantó, masajeándose las rodillas.

—Venga, vamos a remediar eso.

12

—No pregunte qué es —dijo, cuando Valentín engulló.

—No pensaba hacerlo —retrucó el muchacho, que había tenido bastante con tragarse antes su orgullo como para indagar sobre la carne alargada y blanca con gusto a pescado que mordía voraz entre dos panes—, pero sí le diré que está bueno.

Álvarez agradeció la cortesía con un movimiento de la cabeza y buscó a derecha e izquierda con fastidio.

—No sé dónde habrá quedado la última botella de vino —se disculpó—, aunque tampoco nos perdemos mucho.

Por primera vez, sonrieron juntos, hermanados en la ironía y las fetas que maniobraban entre facones y rebanadas de pan.

—¿Y Rojas? —insistió Valentín cuando el hambre cedió prioridad.

—Usted no va a aflojar, ¿no?

Valentín cantó retruco.

—Usted tampoco solía aflojar, comisario.

Álvarez cortó una lámina de queso, que ofreció al muchacho con la punta del cuchillo. Luego extrajo el cajón recolector de cenizas de la cocina, con un solo movimiento lo vació en el balde contiguo y colocó otro leño. El relato llevaría tiempo.

—La noticia nos llegó durante los primeros días de julio de 1892, si no me equivoco. El comisario de Necochea, Blanco de apellido, mandó un telegrama informándole a Nunes que había ocurrido un doble crimen en el Cuartel Tercero de la jurisdicción, pero que ya tenía al culpable en la leonera, un tal Velázquez, y tenía todo encaminado.

—Pero…

—¿Hmmm?

—Que en estas historias, siempre hay un pero.

—Ah, sí —Álvarez pareció no entender el comentario—, la cosa es que un par de días después, Blanco mandó otro telegrama, diciendo que en realidad la culpable era Francisca Rojas, pero que por las dudas mantenía detenido a Velázquez hasta completar el sumario, y

eso puso muy nervioso al jefe. Imagínese… ya le había informado al gobernador que el doble crimen estaba resuelto y se encontró con que tenía que desdecirse… Quedar pedaleando nunca cae bien entre los que mandan y menos aún en tiempos bravos. Recuerde que veníamos de tener elecciones presidenciales, teníamos a los candidatos radicales presos y regía el estado de sitio.

—¿Qué pasó entonces?

—Pues que Nunes me mandó a llamar. Me dijo que tenía que salir para Necochea esa misma noche para hacer mis propias averiguaciones, pero sin desplazar a Blanco, que seguiría a cargo del sumario. Era el momento que estábamos esperando, aunque no donde esperábamos. Yo llevaba cuatro meses como inspector del Crimen, al frente de nueve hombres, copiando la comisaría que Fray Mocho había creado para los porteños cinco años antes, y creíamos que nuestro gran debut sería en La Plata… con los ánimos caldeados por la recesión y el desempleo, la ciudad era un polvorín… pero terminó siendo en esa zona que hasta hacía nada era frontera con el indio Namuncurá.

—¿Y?

—Y allá fui. Yo tenía mucho interés por ir, ¿sabe?, aunque me costaba despegarme de la patrona y la niña.

Valentín se preguntó dónde estarían ambas mujeres, pero se limitó a observar al comisario. Cortaba otra lámina de queso para el muchacho y volvió el rostro hacia la ventana, empapado en recuerdos y promesas pendientes. De un rancho y de un licor de los dioses.

13

Los riñones de Álvarez celebraron el cartel. «Gran Hotel de la Amistad», pregonaba en letras negras sobre fondo blanco. Recurrir al ramal ferroviario Ayacucho-Balcarce, y sumarle luego casi 100 kilómetros a bordo de una galera hasta las añejas tierras de Eustaquio Díaz Vélez lo habían dejado machucado, sucio y de mal humor. Pero el jefe Nunes exigía respuestas, rápido.

—Bienvenido, inspector. Por aquí.

Álvarez se dejó guiar en el pueblo de Necochea. El servicio de galeras le había costado 6 pesos y dos días a través de estancias y esquinas, amontonado con otros pasajeros en la caja, con el Jesús en la boca, esperando a cada instante que el vehículo se destartalara. Pero había cumplido. Lo depositó en la entrada del hotel de Santiago Torre, que lo esperaba en la entrada, mientras dos peones se encargaban de los bártulos. Torre tenía pinta de buen comer y beber.

—Lo dejo, inspector. Más tarde le explico nuestros horarios y demás detalles del hotel, pero entiendo que lo están esperando —se excusó en cuanto Álvarez cruzó la puerta de la habitación.

El inspector giró para agradecerle, pero Torre se había esfumado. «Así están las cosas, por lo visto», pensó, parado en medio del cuarto. Era decente y limpio, con una cama doble, un pequeño tocador y un escritorio de madera rústica ubicado junto a la ventana que daba a la calle.

Arrojó sobre la cama un ejemplar de hacía tres días del diario *La Nación* y reprimió el deseo de acostarse por unos minutos. El bamboleo de la galera lo había agotado, aunque lo peor había llegado al final, cuando cruzaron el Quequén Grande en la balsa de Gil. Con el viento virazón soplando desde el mar, comprobó por qué el río, con sus 70 metros de ancho, había servido de obstáculo natural para los malones.

Ni el bamboleo, ni las aguas, sin embargo, impidieron que preservara sus hábitos —«obsesiones», lo chuceaba Vucetich—. Había redactado una lista de tareas en su libreta y había observado dos

contingencias en cuanto llegó al pueblo: los necochenses estaban al tanto de su viaje, pero el comisario Blanco no había ido a recibirlo.

—Vamos por él —se regodeó.

Guiado por las indicaciones que le dio Torre, caminó dos cuadras por la calle Ancha y llegó con las últimas luces de la tarde a la Plaza Central. Parecía más un estacionamiento de carretas, con un molino de madera a un costado y un revoltijo de humo, bosta, fritanga y cuero que le saturó la nariz. Diez minutos después, telegrafió al jefe Nunes que había llegado, tachó la primera tarea que había anotado en la libreta, debajo de la fecha —julio 5 de 1892—, y encaró la siguiente.

—Dígale a Blanco que el inspector Álvarez quiere verlo —le ordenó al vigilante apostado en la entrada del edificio que la Policía compartía con la comisión municipal y el Juzgado, a media cuadra de la Iglesia.

—¿Álvarez es usted?

El inspector no tuvo claro qué lo enfureció más: si la estupidez de la pregunta o la cara del vigilante al plantearla. Sí supo, en cambio, que se propasó con los insultos, aunque puesto a confesiones, podría argüir que sus gritos habían logrado que el pajuerano moviera el culo. Y a partir de ese momento, toda la guarnición asimiló, con certeza irrefutable, que la Jefatura se había hecho carne entre ellos.

14

El rechazo fue mutuo y sin matices. De esos que crecen con el tiempo hasta conformar una bella enemistad vitalicia. De esas que pueden concluir con un cuchillazo, en una esquina oscura de un invierno cualquiera.

—Inspector.

—Blanco, ¿cómo va?

Puesto a rigorear, Álvarez le negó hasta el rango al subalterno. «A los matungos, rienda corta», reafirmó en cuanto Blanco entró en su oficina, el ceño fruncido, el cuello desabrochado, la mirada esquiva.

Blanco se había tomado su tiempo. Uno de esos gustos que suelen darse los que juegan de local para reafirmar su cuota de poder, sea ínfima o majestuosa, ante los recién llegados. Pero se topó con una sorpresa. Álvarez lo esperaba arrellanado en su silla y, sin ponerse de pie, le señalaba la destinada a los visitantes, escritorio de por medio.

—Vamos a hacer esto lo más breve posible, ¿le parece? —lo espabiló Álvarez cuando Blanco todavía acomodaba la afrenta—. Usted ya envió dos telegramas al jefe Nunes informándole una cosa y luego otra, ¿no?

Blanco asintió, incendiados los ojos.

—Bien. Ambos sabemos que hay solo dos formas de resolver un crimen: encontrando al culpable o deteniendo a un pelagatos y diciendo que es el culpable, y usted se muestra abierto a ambas opciones —continuó Álvarez, que se regodeó con las reacciones de Blanco. «Al menos ahora me mirás a los ojos, sotreta», saboreó, antes de dar otro paso.

—A partir de este momento, todos los telegramas que se envíen a La Plata o lleguen de allá, pasarán primero por mis manos. Y solo yo me comunicaré con Nunes, ¿está claro?

Blanco volvió a asentir.

—Usted seguirá dando las órdenes de rutina en la comisaría y yo solo haré algunas preguntas aquí y allá sobre el doble crimen —dijo—. Ambos compartimos las ganas de que yo me vaya lo más pronto

posible. Y para eso necesito que coopere. Deme el sumario, al primero de sus hombres que llegó al lugar del crimen y dos caballos. Ahora.

Sin quitarle los ojos de encima a Álvarez, Blanco giró el rostro hacia la derecha y descargó la bronca en un grito.

—¡Rassio!

Se midieron como gallos que esperan el inicio de la riña, mientras escuchaban unos pasos acercándose a la carrera, hasta que un vigilante irrumpió en la oficina. Flaco, más bien bajo, resultaba insoslayable por su nariz, ganchuda como el pico de un loro.

—Ordene, mi comisario.

Álvarez cerró la boca. Sabía que hasta la rigoreada tenía límites que no debía cruzar. Dejó que Blanco le explicara el nuevo mando al vigilante como más le conviniera antes de impartirle su primera orden.

—Venga conmigo.

15

Salieron a la noche sin luna que el viento frío de julio cortaba a navajazos. Álvarez levantó la vista y admiró las estrellas por un instante. «Ya no se ven cielos como estos en la ciudad», lamentó. Al volverse hacia el vigilante, notó que temblaba, cruzado de brazos.

—¿Dónde está su capote?

—En La Plata, supongo; allá dicen que me lo mandaron el invierno pasado, señor, pero todavía lo estoy esperando —respondió Rassio, aunque a Álvarez no le llamó la atención sus palabras, sino la sonrisa que las acompañó, propia de quien asume sus derrotas con naturalidad.

—Rassio, tiene un minuto para buscar un abrigo y volver.

El vigilante salió disparado hacia las entrañas de la comisaría. Debía rondar los 30 años, aunque se mostraba ágil como un gorrión y Álvarez le reconoció el mérito de arrancarle la primera sonrisa desde que había partido de La Plata. Pero se cuidó de endurecer el semblante cuando Rassio reapareció a la carrera, envuelto en un poncho. Orillaban las ocho de la noche y tenía que leer todo el sumario que había instruido Blanco sobre el doble crimen. No tenía tiempo que perder.

—Lléveme con el acusado —ordenó.

Ingresaron al mismo edificio por una puerta más pequeña, ubicada a la vuelta de la esquina, donde se toparon con otro vigilante apostado en un vestíbulo que se abría hacia dos pasillos: uno avanzaba hacia el cuerpo principal de la comisaría, intuyó Álvarez, y el otro, cerrado con una puerta de barrotes, debía llevar a los calabozos.

Al verlos, el vigilante que hacía las veces de carcelero reaccionó como si lo hubieran sopapeado. Espabiló hacia el segundo pasillo con un llavero y franqueó el ingreso sin pronunciar palabra. «Así deben sentirse los poderosos», pensó Álvarez, que siguió a Rassio por las entrañas de la construcción hasta que desembocaron en la leonera, iluminada apenas por dos lámparas de queroseno.

El inspector contó cuatro celdas. Dos estaban vacías, otra la

ocupaban tres hombres de mediana edad —borrachos, atorrantes y algún cachafaz de baja estofa, calibró—, y en la última vio a un solo detenido. Permanecía sentado en el piso, con la espalda apoyada contra la pared, la cabeza entre las rodillas. Debían custodiar a Francisca Rojas en otra dependencia y este era el sector para hombres.

—Abra —mandó al carcelero.

La reacción del detenido fue como un latigazo. Con el ruido de la llave en la ranura pareció despertar de un sueño y se arrastró hacia la esquina más distante de la celda, desde donde los observó receloso.

—Tráigame una de esas lámparas, Rassio —ordenó el inspector, que sujetó del antebrazo al carcelero para que no entrara—. Deme la llave y vuelva a su puesto.

Los años de servicio le habían servido a Álvarez para mucho más que sumar arrugas y perder pelo. Le escaseaban los ejemplos de gente adinerada en calabozos, pero le sobraban los casos de detenidos apaleados, estaqueados o sometidos durante días al yugo de los cepos que solo en los papeles estaban prohibidos desde 1881, cuando el gobernador Dardo Rocha había ordenado quemarlos. Los vejámenes se sucedían de continuo, tanto en las comisarías de La Plata como en las de campaña.

—Quédese acá —dijo a Rassio.

Manoteó la lámpara, pero solo llegó a poner un pie dentro de la celda. El detenido retrocedió todavía más, hasta fundirse con la pared del fondo. Para Álvarez fue suficiente. Sabía, también por experiencia, que en circunstancias como esa resultaba mejor interrogar de día a los detenidos, en un espacio menos opresivo.

—Velázquez, soy el inspector Álvarez. A partir de este momento usted queda bajo mi responsabilidad —dijo—. ¿Hace cuánto que no le dan de comer?

Álvarez oyó silencio. Suficiente respuesta.

Para cuando Rassio devolvió la lámpara a su lugar, el inspector había dejado a Velázquez en su celda y marchaba por el pasillo, convocando al carcelero a los gritos.

—El detenido es mío, ¿entendió? —decía cuando Rassio llegó al vestíbulo a la carrera. Lo vio al inspector, con su índice en alto, apuntando a la nariz del sargento—. Si alguien lo toca, usted responde ante mí.

16

Por tercera vez durante el desayuno, Genoveva se acercó a la mesa de Álvarez. La primera había sido para presentarse —«estoy a cargo de la cocina del hotel; espero que disfrute de nuestros dulces», alardeó—. La segunda, para servirle café —«solo y sin azúcar»— y una porción de tarta que no había pedido. La última, para entregarle dos envoltorios y un sobre.

—Para usted; es importante.

El inspector revisó el sobre de frente, revés y a trasluz. ¿Cómo sabía la asistente de Torre que el telegrama era sensible si en la cubierta no tenía anotaciones, ni se vislumbraba su contenido? Una posibilidad cruzó por su mente, cobrando consistencia. Tendría que tener una conversación clarificadora, concluyó, con el empleado del telégrafo.

Abrió el sobre y confirmó el pálpito. Era un telegrama de Nunes, planteándole lo obvio. Peor: ponía el carro delante del caballo y callaba su verdadero objetivo.

«Oficial. Urgente», leyó. «Haga todo lo posible, aun cuando no lo juzgue necesario, por obtener los rastros de las impresiones digitales dejadas por el criminal y traiga las muestras. G. J. Nunes».

Guardó el telegrama en su libreta, a modo de señalador, y apuró el café. Restaban seis minutos para las ocho de la mañana y confiaba en que Rassio apareciera puntual con las montas.

¿Qué necesidad tenía Nunes de enviarle ese mensaje? Tenía decidido tomar las huellas dactilares de todos los protagonistas del caso sin necesidad de que su jefe se lo planteara. Si alguien confiaba en las ideas de Vucetich era él. Pero Nunes demandaba resultados. Urgente. Porque el doble crimen había puesto ante los ojos de la gente aquello que muchos no querían ver, aquello de lo que somos capaces.

La tarta, debía admitirlo, tenía una apariencia muy apetecible.

Más inquietante, el telegrama traslucía que Nunes todavía se inclinaba por Velázquez como el asesino —«el criminal», había escrito

—, en vez de abrirse a todas las opciones para evitar que los prejuicios nublaran sus sentidos y sesgaran su análisis. Podía ser él u otro hombre, claro, o podía no serlo, y que Rojas u otra mujer resultara la asesina.

La lectura del sumario labrado por Blanco le había servido para alimentar esas dudas. Al volver al hotel, ya muy entrada la noche, había dedicado un par de horas a leerlo. Consignaba pocos detalles valiosos y evidenciaba falencias serias, al punto de hundir la posible autoría en un mar de contradicciones. Solo extrajo con certeza que el doble crimen había ocurrido el 29 de junio, en el Cuartel Tercero de Necochea, pasado el mediodía, y que la madre de las criaturas, Francisca Rojas, de 26 años, había señalado como homicida a un vecino llamado Ramón Velázquez, compadre y amigo de su esposo Ponciano, de 28. Y un dato sustancial: el arma homicida no había aparecido.

La tarta, sin duda, era atractiva. ¿Cómo se llama esa crema que tiene encima?, se preguntó. Acercó el plato para admirarlo, para de inmediato alejarlo, molesto consigo mismo. ¿Qué diría Elaia si lo viera?

El verdadero objetivo de Nunes, sopesó, no era recordarle que recogiera huellas digitales. Era recordarle que el asunto urgía y que le estaba encima. Apurarlo, en suma. Presionarlo. Como si hiciera falta.

Álvarez golpeó la mesa con el puño, que resonó más fuerte de lo esperado. Solo había buscado reafirmar una línea de conducta: no iba a dejar que la tarta lo venciera, por más seductora que fuera. Terminó el café y se alejó del canto de las sirenas.

Rassio lo esperaba en el vestíbulo.

—Vamos —dijo Álvarez, que sujetaba con la mano izquierda un maletín de cuero negro que al vigilante le recordó los que usaban los médicos de la zona cuando trocaban enfermos por muertos.

Enfilaron a caballo hacia las afueras. Con los naranjas y amarillos del amanecer, Álvarez pudo hacerse una mejor idea de Necochea. El trazado urbano tenía cierta reminiscencia al de La Plata, con su diseño cuadriculado, sus calles de tierra numeradas y sus primeras edificaciones de ladrillo alpargata, largos y chatos. Pero los alrededores eran muy distintos de los bañados y sembradíos que dominaban los arrabales de la emprobrecida capital provincial.

Los pocos árboles plantados por el hombre en Necochea eran todavía retoños que crecían entre los manchones de la gramilla «piel

de sapo» de las plazas. Le pareció que el pueblo se levantaba vinculado al río, pero de espaldas al mar, ignorando las playas y médanos, con la excepción de un vasco, decían, llamado Julián Azúa.

Algo en el ambiente, además, trasuntaba la pujanza de la región, que triplicaba su población cada diez años, según se había informado. No tuvo claro si era el olor de la madera recién cortada o el retumbar de los martillos en las nuevas construcciones, aunque las disputas de poder eran, también allí, vivencia cotidiana. El fundador del pueblo, Ángel Murga, y el primer comisionado, Alberto Nazarre, dirimían a los tiros sus diferencias.

Volvió su rostro hacia la calle Ancha y tuvo la sensación de estar en la intersección de dos mundos: el agropecuario y el marino, distante una legua. Si los datos que había colectado antes de partir eran correctos, casi 10.000 personas habitaban la zona, aunque menos de 3000 residían en el pueblo donde las campanas convocaban a misa mañanera. También se había informado sobre el cura, José Antonio Cardinali, que tenía fama de picaflor y aventurero. Pero más atrajo su atención el edificio del Laurak Bat.

«A lo mejor tienen patxarán», se ilusionó Álvarez. El licor era navarro y difícil de conseguir en el Río de la Plata, pero los vascos lo bebían como propio y lo traían con ellos en los barcos. Lo anotó en su libreta, al final de la lista de tareas del día, julio 6, que comenzaba con dos palabras: «Cuartel Tercero».

—¿A cuánto estamos?

Unos metros más adelante, Rassio contestó sin darse vuelta.

—Al trote, una hora larga, probablemente dos.

El inspector picó espuelas y al pasar con el zaino junto al caballo del vigilante le dio un rebencazo en las grupas. Pero Rassio llevó la reacción del animal sin inmutarse. Los años de montar a pelo habían sido su escuela, tanto o más que el aula de barro donde había aprendido a leer. La señorita «Lola» Rom merecía un altar y dos velas por lograrlo, bendita fuera.

Cabalgaron hacia el Quequén entre las últimas casas pintadas a la cal, en blanco, rosa o azul, hasta el Molino de Julián Gámez, que se erigía detrás de una loma, y continuaron paralelo al río, con los rayos de sol sobre sus espaldas y el puente de las Cascadas a la derecha. Atravesaron solares, quintas y cañadas; cruzaron un arroyo, rodearon espejos de agua con patos y garzas, y Álvarez se preguntó si aquellos serían los pagos del legendario «Tigre del Quequén», don Pascual

Felipe Pacheco, que el finado Eduardo Gutiérrez había inmortalizado con su pluma.

Galoparon sin detenerse en el almacén de ramos generales «Las dos hermanitas», entre cultivos de avena y maíz, y surcos de buena tierra que le recordaron el *Santos Vega*.

Era el grito poderoso
del progreso, dado al viento;
el solemne llamamiento
al combate más glorioso—
Era, en medio del reposo
de la Pampa ayer dormida,
la visión ennoblecida
del trabajo, antes no honrado;
la promesa del arado
que abre cauces a la vida

Recitar por lo bajo a Rafael Obligado y sonreír fue casi lo mismo. Qué ironía, pensó, que la memoria le trajera las líneas que tantas veces había escuchado en la boca de Ramón Falcón. A veces, hasta los demonios pueden legarnos algo bueno.

En los campos alambrados notó que ovejas sobraban. Eran miles y miles antes de llegar a las tierras de don Nicanor Olivera y, más allá, el arroyo «Cristiano Muerto». Pero a Álvarez le pudo más su alma de policía. Detectó algunas vizcacheras, a pesar de la orden que había impartido el gobernador Rocha, años antes, de exterminar esos bichos bajo amenaza de castigar a los dueños de tierras que no lo hicieran. «Una cosa es la ley», corroboró, «otra cosa es la vida».

Llegaron a destino a medida mañana. Tras atravesar un pajonal, los recibió un perro con más pulgas que kilos. A lo lejos se veían los techos de un establecimiento que Rassio le explicó que era el criadero de don Santiago Molina, donde trabajaban el padre de las criaturas asesinadas y el acusado Velázquez, aunque el drama había ocurrido en el rancho que se erguía frente a ellos, a unos cien metros.

Alzando la voz por encima de los ladridos, Álvarez le ordenó al vigilante que no se moviera. Tampoco se apeó. Aprovechó la altura del caballo para observar el rancho, que circunvaló a la distancia. Al volver junto a Rassio, extrajo la libreta y trazó un primer croquis. Delineó la zona a vuelo de pájaro, con la vivienda en el centro, un par

de álamos y un ombú, el pozo de agua al sur, y la letrina al oeste, más allá de un corral de palo a pique; además del camino que los había llevado hasta allí y los dos senderos que llevaban a un caserío cercano y al establecimiento de Molina. Tuvo la sensación de una tierra donde el ruido de la vida sonaba, con suerte, como un cantar muy lejano.

Al completar el bosquejo, el inspector empezó otro a mano alzada, con el perro ladrando junto al zaino. Dibujó el rancho como se veía desde donde estaba, con su puerta mirando al norte, una ventana en la pared opuesta, armazón de palos, paredes bajas de conchilla mezclada con barro, y techo a dos aguas de cañas y paja brava, del que colgaba un cordero, al que habían degollado, pero había quedado sin desollar. Solo omitió las gallinas que picoteaban la tierra, murmurando junto a la puerta.

Al terminar el segundo croquis, se apeó del caballo, se acuclilló y esperó con la mano extendida y la cabeza gacha a que el perro se calmara. De a poco, el chucho se acercó a olfatearlo. Minutos después, se dejaba acariciar la panza, rendido a sus pies. El inspector llevó entonces al zaino hasta el corral y le entregó a Rassio el maletín. Pesaba más de lo esperado y, de tanto en tanto, emitía ruidos metálicos.

—Camine detrás mío —le ordenó, aunque temía que sus pruritos fueran inútiles. Había pasado una semana desde el doble crimen, período en el que un número impreciso de personas había entrado y salido del rancho. Pero sus hábitos eran sus hábitos, que a veces ni sus colaboradores entendían. Él las definía como algo cercano a un método, desarrollado con el correr de los años y de las pesquisas, aprendiendo menos de sus aciertos que de sus errores, que procuraba no repetir. Interrogaba a sospechosos y testigos, concentrado en escuchar cada palabra, tanto como buscaba que la escena del crimen le hablara, absorbiendo cada imagen y cada dato, recordándose que las apariencias engañan y, más relevante, preguntándose qué no estaba viendo, cuál era la clave que estaba tan frente a sus ojos que se le escurría. «Todo está allí, si se sabe mirar», solía repetirse, «las palabras brotan, si se sabe escuchar».

Rassio ya había sido testigo de los dos primeros pasos de ese método y estaba a punto de presenciar el tercero. Álvarez evaluaba cómo llegar hasta la puerta del rancho. Lo vio mirar hacia los lados, como si negara repetidas veces, y lo vio ir y venir con la vista hasta donde estaba, como si trazara un tablero de ajedrez, rastrillaje que

cerró con un resoplido.

—Vamos —dijo, y caminó en línea recta hacia la puerta, pero se detuvo a mitad de camino—. ¿El esposo de Rojas es carpintero? —preguntó, a lo que Rassio negó con la cabeza.

Álvarez señaló con el índice la vivienda, como si el dato resultara evidente, pero el rostro del vigilante lo contradijo.

—La puerta y la ventana son de madera, Rassio. Algo toscas, pero mejores que colgar cueros como en la mayoría de los ranchos —dijo, antes de acercarse al cordero que colgaba por las patas del techo. Hurgó en el cogote. Lo habían degollado con eficacia, comprobó, en un único movimiento, desde atrás, de izquierda a derecha.

—Entremos.

Empujó la puerta con el codo y esperó que sus ojos se habituaran a la penumbra. Observó el interior, sin entrar. Era un solo espacio, con una cama al fondo. Inhaló, llenándose los pulmones de olor a humo, encierro, polvo, leche agria, sangre, descomposición. Cerca de la puerta había troncos dispuestos a modo de mesa y bancos, un par de sartenes, una olla y otros pocos enseres, sobre un suelo de tierra apisonada, en la que percibió algunas muescas. Una, en particular, le llamó la atención. Tenía forma de medialuna, de unos diez centímetros de profundidad, calculó, a medio metro de la puerta.

—Caraballo explicó que tuvo que echar la puerta abajo porque estaba trancada por dentro con una pala de puntear —lo orientó Rassio.

—¿Dónde quedó la pala?

—En la comisaría; orden del comisario Blanco.

Álvarez ingresó al rancho, seguido por el vigilante. Los recibió el frescor, aunque el aroma a muerte resultó inconfundible. Cerró la puerta con el codo y se concentró en la superficie de madera clara y sin pintar hasta que se detuvo a media altura. Se arrodilló y palpó la hendidura que debió generar el mango de la pala ante cada empellón de Caraballo mientras pugnaba por entrar. Abrió otra vez la puerta para que la claridad de la mañana entrara en el rancho y notó manchas de sangre sobre la jamba. Tenían la forma de una mano, más pequeña que la suya.

—No tiene lógica —dijo.

Rassio entendió que no le hablaba a él, sino que razonaba en voz alta, a medida que señalaba detalles u objetos en apariencia insignificantes —restos de velas de sebo y un brasero, una cruz rústica

de madera sobre la puerta, una maleta de cuero viejo, abierta, con ropa de niños dentro— o miraba en todas direcciones antes de dar otro paso hacia la cama para, a continuación, repetir el proceso de observar, murmurar o señalar algo y, en un par de ocasiones, anotar en la libreta.

Frente a la cama, el inspector trazó un tercer croquis. Dibujar lo ayudaba a memorizar el lugar y a explicárselo a terceros, si era necesario, aunque el beneficio más importante era personal: lo obligaba a observarlo todo con más atención, detectar si algo aparecía fuera de lugar y consignar cada detalle, aportándole datos que podían resultar esclarecedores.

—Rassio, ¿dónde dijo Caraballo que estaban las criaturas cuando logró entrar?

El vigilante señaló la cama.

—¿Y la madre?

El dedo apuntó al mismo lugar.

—Quédese donde está.

Álvarez dedicó varios minutos a revisar el piso alrededor de la cama. Caminó encorvado, como si algo se le hubiera caído, y en un par de ocasiones apoyó una palma en la tierra apisonada, hasta que su único testigo no aguantó más.

—¿Qué busca?

—No hay sangre en el piso. Quien haya sido, mató a las criaturas en la cama; mire la forma que tienen las gotas y las marcas sanguinolentas —contestó, y replicó sus formas en la libreta.

La revisión del lugar, sumada a la lectura del sumario, llevó al sabueso a una conclusión preliminar: la mano asesina debió sorprender a Felisa y Poncianito mientras dormían. Las imágenes de lo que pasó cruzaron por su mente: debió levantarles las cabezas con delicadeza, para no despertarlos, y cortado sus yugulares desde atrás, en un solo movimiento. Como al cordero colgado afuera.

Turbado por esa simetría, procuró enfocarse en las parede. Siguió el mismo patrón: las recorrió con la mirada, del piso al techo y de izquierda a derecha, hasta que llegó a la ventana del fondo.

—¿Recuerda si estaba cerrada con los pasadores cuando usted llegó?

Rassio frunció la boca, frustrado.

—Comprendo —dijo Álvarez—. Acérqueme el maletín.

El inspector lo abrió y tanteó en la penumbra hasta encontrar lo

que buscaba. Le devolvió el maletín al vigilante, que lo observó enfilar hacia la ventana. La base era un madero, a la altura de la cintura, y se alzaba hasta la mitad de la frente del inspector, donde otro tronco hacía de dintel. Una corriente de aire frío se colaba por entre las rendijas.

—Con delicadeza —se ordenó en voz alta al sujetar con una pinza el primer pasador. Lo destrabó, repitió el proceso con el segundo y, en un solo movimiento, jaló y abrió la ventana.

Ante sus ojos apareció, en la base de la ventana, lo que esperaba.

17

Álvarez sonrió satisfecho. O eso le pareció a Valentín, que lo observó desorientado, casi siete años después.

—¿Qué encontró?

El comisario se levantó con parsimonia y sí, confirmó el muchacho, disfrutaba del momento, de la certeza de dejarlo con la intriga.

—¿A dónde va?

—¿Yo? Adonde suelen ir los hombres cada tres o cuatro horas cuando llegan a mi edad.

Álvarez enfiló hacia los fondos del terreno y Valentín quedó a solas con la cimarrona, que no le quitó los ojos de encima. Optó por no tentar al destino. Pasó la vista por la cocina. Gritaba soledad y botellas. Contó un plato, un vaso, un cuchillo… todo para uno, junto a un libro sobre ajedrez y un ejemplar ajado del diario *La Nación* de hacía unos días. Estaba doblado de un modo que un título, abajo a la derecha de la página, le resultó legible: «Policía. Un drama extraño. Otra pesquisa».

—Veo que no se movió —dijo el comisario al reaparecer.

—Creo que la perra no me lo hubiera permitido

Por un instante, el rostro de Álvarez le resultó inquietante, con un gesto que le recordó al del 7 filoso en el truco.

—Cree bien.

Valentín simuló no haberlo escuchado. Señaló la crónica policial con el índice. Aludía a un asesinato ocurrido en Buenos Aires, hacía más de tres años, el 21 de febrero de 1896, en la barranca de Esmeralda, entre Juncal y Paseo de Julio, «un sitio sombrío y que goza merecidamente de mala reputación».

—¿Un caso suyo?

Álvarez negó con la cabeza.

—Pero leer me ayuda a buscar conexiones, entender prácticas delictivas, zonas favorables para el crimen —dijo, ofreciéndole el diario a Valentín—. Retenga los nombres de policías valiosos y extraiga las técnicas que usan para investigar.

Valentín observó que Álvarez había subrayado los nombres de los dos agentes que habían resuelto el caso, el subcomisario Gamboa y el auxiliar Labresti, y un párrafo que detallaba que el presunto asesino, Manuel Talaverano, había cambiado su nombre a José Guzmán para esconderse en las narices de la policía. «Ha sido vigilante en la provincia de Buenos Aires, en Zárate, en La Plata y en San Martín».

Álvarez pareció leerle el pensamiento.

—Eso no habría ocurrido si el sistema dactiloscópico de Vucetich fuera de uso generalizado, pero los porteños se resisten —dijo, mientras Valentín dejaba el diario sobre la mesa. Intuyó que volvería a la carga.

Acertó.

—¿Qué quiso decir con la forma de las gotas y las marcas que deja la sangre?

Debía reconocerle al muchacho, admitió el comisario para sus adentros, que prestaba atención a cada una de sus palabras.

—En una escena criminal, todo habla, no lo olvide jamás. Por lo que hay o por lo que falta —dijo—, y lo mismo ocurre con la sangre. No es lo mismo si está líquida, coagulada o seca, no es lo mismo si las gotas tienen forma de círculo o de estrella, y tampoco es lo mismo si salió como un chorro o qué manchó, sea piso, techo o pared, o si aparecen manchas de arrastre. La sangre nos habla sobre las víctimas, sobre la posición en que estaban cuando las atacaron, si se defendieron y si fueron movidas de lugar, sobre el arma agresora…

Álvarez se envolvió en sus cavilaciones, hasta que Valentín lo repatrió a la noche de Berisso.

—¿Qué fue lo que encontró en el rancho?

La reacción que cosechó Valentín le confirmó que aquel doble crimen se había convertido en un punto de inflexión en la vida de muchos, empezando por Álvarez, que le apuntó con el índice.

—Recuerde esto: gran parte de nuestro trabajo es pura rutina —dijo—. Se trata de revisar el lugar donde se perpetró el crimen, hacer preguntas, buscar indicios, escuchar a testigos y sospechosos, hacer más preguntas… buscamos una pista o una anormalidad que nos permita avanzar. Una vez escuché a un viejo policía decir que los crímenes, aunque faltos de palabras, se expresan con una elocuencia maravillosa —dijo, satisfecho de sí por la cita—, creo que la frase era de Shakespeare, si no recuerdo mal.

—¿Qué encontró? —insistió el muchacho, que veía pasar las horas

pero no lograba comprender cómo aquella tragedia en Necochea podía destrabar su búsqueda.

Bufó el comisario antes de contestar.

—Usted es de los que hablan poco, pero imponen mucho.

18

Las náuseas fueron irrefrenables. Corrió sin soltar el maletín y llegó con lo justo a traspasar la puerta.

—Si vomitaba adentro, lo limpiaba con la lengua.

—Ya me siento mejor —respondió Rassio cuando pudo—. Gracias por preguntar, inspector.

Escupió una, dos veces, en un intento inútil por quitarse el regusto amargo de la boca y las imágenes apocalípticas de la cabeza. ¿Cómo podía alguien ser capaz de tanta maldad? ¿Por qué ensañarse así con dos criaturas? ¿Cómo podía Dios permitir algo tan atroz? Quizá fuera como decía su mujer, que todos quieren a las buenas personas, la muerte incluida. La cosa es que el padre Cardinali les había dado cristiana sepultura, pero no había encontrado las palabras que conjuraran el horror en el pueblo, y lo había visto deambular por los alrededores de la comisaría. Decía que quería leerle el Deuteronomio a Francisca Rojas. Pretendía exorcizarla.

Buscó aire con ansias. En los años que llevaba en la fuerza había visto paisanos destripados y chiquillos sin vida, pero jamás nada como eso. Había supuesto que volver al rancho lo afectaría menos que aquella tarde en que observó a los críos sobre la cama, con el brazo inerte de Ponciano sobre la cinturita de su hermana, como en un último abrazo. Pequeños, ligeros, casi traslúcidos por la hemorragia masiva, le ordenaron que los llevara en carreta al pueblo. Acató, pero ni una vez se volvió a verlos durante el trayecto, convencido de que jamás lidiaría con algo peor en los años que le quedaran como policía.

El perro mostró más sensatez. Olisqueó el vómito y dio un paso atrás.

—Venga, Rassio —le ordenó Álvarez—, mire esto.

Se acercó al inspector obviando la cama. Suficiente por hoy, decidió, aunque el tirano le hacía señas para que se acercara a la ventana.

—Mire.

Sobre el tronco que servía de base a la ventana, perduraban los

rastros sanguinolentos de dos manos.

—¿Cree que podamos extraerlas?

Rassio lo miró sin entender.

—Páseme otra vez el maletín.

Álvarez guardó la pinza y extrajo una sierra pequeña que al vigilante le pareció a estrenar. También sacó un paño, que colocó con delicadeza sobre las marcas.

—Vamos a eso.

Durante la hora que siguió, el inspector cortó la base de la ventana mientras Rassio sujetaba el paño para que el aserrín no cayera sobre la evidencia. Trabajaron atentos a los riesgos, hasta que lograron separar el trozo que les interesaba y Álvarez asió las puntas del paño a la madera con una piola, como si enrollara un matambre.

—Ahora vamos por las otras huellas —dijo, y repitió el procedimiento de paño, sierra y piola con la jamba de la puerta y un tramo de la puerta.

Solo cuando vació por completo de herramientas el maletín y guardó en su interior los trozos de madera envueltos en paños, el inspector se sintió satisfecho. Lo plasmó en una palabra.

—Almorcemos.

Tomó los dos envoltorios que Genoveva le había entregado durante el desayuno y que había guardado en el maletín, y le lanzó uno a Rassio.

—Vamos afuera.

Comieron sentados sobre osamentas de vaca, la espalda apoyada contra el lateral del rancho para calentarse con el sol del mediodía. La cocinera del hotel había cortado una hogaza de pan casero en mitades, que había rellenado con una longaniza con pimienta negra que Rassio rechazó. Su estómago rogaba descanso. Pero el inspector devoró por los dos, aunque algo le hacía ruido, como una mosca dentro de su cabeza.

Todavía masticaba el último bocado cuando se levantó, azuzado por el germen de una idea.

«No descansa nunca», renegó el vigilante, al observar cómo el rostro del inspector iba y venía de los fondos al extremo de la pared más cercana a la puerta del rancho y al cordero degollado.

—No tiene lógica —dijo—. Ya vengo.

Rassio lo siguió con la vista hasta que Álvarez entró en la vivienda. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en gritarle otra orden. ¿Dos

minutos?

Se equivocó.

—¡Rassio, acérquese a la ventana! ¡Por afuera!

«Ni un minuto», maldijo, mentando a Blanco y a la madre que lo parió por haberle asignado este fardo. Lanzó su parte de longaniza al chucho y caminó hacia la única ventana del dormitorio, palmeándose el trasero para quitarse la tierra.

—Dígame.

—Razone conmigo, ¿quiere? Quien haya asesinado a las criaturas trancó la puerta con la pala —planteó, aunque Rassio supo que seguía siendo espectador en monólogo ajeno—. Y tenemos también las huellas sobre el alféizar… ¿Me sigue?

El inspector miró por la ventana, hacia el sur. Su mente maquinaba a toda velocidad.

—Camine en línea recta hacia el pozo de agua —le ordenó—, y avíseme si encuentra algo, pero no vaya a tocarlo.

Vio alejarse a Rassio con las manos en los bolsillos, pero tuvo la sensación por su andar que lo emulaba. La nariz pico de loro giraba hacia uno y otro lado como si trazara líneas con la mirada.

—Eso es —susurró—. A ver qué encuentra.

Giró sobre sí mismo y se abocó a la tarea pendiente. La había dejado para el final, como los buenos whiskys y los mejores postres, aunque entendió las náuseas de Rassio. Ocho días después, la escena perduraba casi intacta, como en la tarde del doble crimen. La sangre sobre la cama se había secado, apagando su olor a moneda oxidada, pero decenas de moscas retozaban en la costra junto a una miríada de larvas, y sintió vergüenza de sí mismo. Su primer pensamiento al observar los despojos de la carnicería había sido alegrarse porque Elaia y su hija estaban sanas. Observó el lecho, primero junto a la ventana, luego desde los pies y por último dio un paso hacia donde estimó que Ponciano debió ubicarse cuando irrumpió en el rancho y se topó con la tragedia.

—¡Jefe! ¡Venga!

Álvarez captó la excitación en la voz lejana. Captó también que no lo había llamado «inspector». La dinámica entre ellos comenzaba a mutar, lo que confirmó al ver a su —¿cómo debía llamarlo a partir de ese momento? ¿Asistente? ¿Auxiliar? ¿Colaborador?—. Lo esperaba, en cuclillas, junto al pozo con brocal de adobe, el brazo apuntando hacia el pastizal.

—Tiene que mirar esto —dijo Rassio—. No lo toqué.

Álvarez tampoco necesitó tocarlo.

—Tráigame el envoltorio de la comida —ordenó y al ver a Rassio alejarse al trote se preguntó por qué no lo había felicitado por el hallazgo. ¿Por qué a veces era tan mezquino, tan malamente seco?

El inspector extrajo el cuchillo que llevaba en la cintura y con la punta enganchó el trapo. Pero al extraerlo de entre las matas, observó algo más. De regreso con el envoltorio, Rassio se adelantó a expresarlo.

—Es como si se hubiera secado las manos cuando terminó, ¿no?

Álvarez guardó el trapo con sangre en el envoltorio y le devolvió a su ¿colaborador? una pregunta.

—¿Y por qué lo arrojó ahí en vez de lanzarlo al pozo de agua?

Pensó en una larga lista de explicaciones mientras volvían al rancho. Apuro, desesperación, malicia, torpeza, ansiedad, coartada, impaciencia, señuelo, necedad, estupidez… Podía citar un motivo distinto por cada crimen que había investigado y que las más de las veces había quedado impune, para su vergüenza. Lo sentía como una deshonra personal, sin necesidad de que Vucetich se lo confirmara con las estadísticas que recolectaba con fruición para la Jefatura de Policía. Lo sabía porque llevaba la cuenta de sus fracasos. Tan cierto como que la mayoría de los casos que resolvía era gracias a un soplón o a un error grosero del criminal.

Quizá se debió al hallazgo del trapo. O a la remembranza de sus tropiezos. Lo cierto fue que Álvarez se apiadó.

—Quédese atrás —ordenó cuando notó que su ¿auxiliar? caminaba a su lado, hacia la cama—, usted ya tuvo suficiente.

Rassio no pidió que se lo repitiera. Se sentó en un tronco, dentro del rancho, sin ánimo de más.

El inspector se ubicó frente a la cama y trató de visualizar los cuerpos de las criaturas y de la madre herida, de acuerdo a lo que constaba en el sumario del comisario Blanco.

Miró hacia la entrada y comenzó a gesticular de un modo que Rassio supo que esa misma noche contaría en la comisaría. Era como si Álvarez trancara la puerta, pero sin moverse de donde estaba, para después hacer como que corría hacia la ventana, apoyar las manos sobre el alféizar, saltar hacia los fondos, arrojar el trapo y… ¿qué hacía ahora? ¿Hacía como si volviera al rancho a la carrera, se metiera por la misma ventana y la trancara para después… ¿acostarse

en la cama?

Este hombre no está bien, concluyó, demasiado atraído por sus gestos como para dejar de mirarlo. Entonces sí, Álvarez comenzó a moverse. Buscó debajo de la cama, revisó entre los enseres y en la maleta vieja, debajo de las ropas de los críos. Volvió hacia la cama y giró otra vez hacia la ventana con los brazos en jarra, elevando la vista al techo. Y así se quedó, hasta que Rassio se acercó, espantando las moscas con una mano.

—¿Qué ocurre, jefe?

—¿Dónde está el cuchillo que usó pa'l degüello? —sintetizó Álvarez sus últimos minutos.

Rassio asintió mientras observaba la cama, por tercera vez, y hacía un esfuerzo por controlar la repulsión.

—El único lugar donde no miró, jefe, es ahí —dijo, y con el índice apuntó al apocalipsis de la manta, la costra y las sábanas. Ahuyentó una mosca que se le había posado sobre el pómulo, solo para indignarse con Álvarez. Con la barbilla le indicaba que procediera.

Se tragó los insultos, dirigidos a él mismo por bocaza, y tiró de la primera sábana. Procuró correrla junto a la manta hacia los pies de la cama, pero solo pudo desplazarlas hasta donde la sangre no las había pegoteado. Lo miró al inspector, que lo avaló con un gesto mínimo, y dio un tirón más seco, que en un solo movimiento destrabó el pegote, sin temple para observar lo que había debajo.

Álvarez lo empujó a mirar con tres palabras.

—Dios mío, Rassio.

Giró el rostro hacia el lecho, temiendo otra pradera de moscas y larvas. Pero solo vio manchones resecos de sangre en la sábana amarillenta, hasta que la mano de Álvarez sobre su hombro lo obligó a inclinarse mucho más de lo tolerable. Solo así comprendió. En la sábana inferior había unas trazas confusas de tierra.

—¿Estaban saltando sobre la cama cuando pasó?

El cuchillo del inspector llegó antes que su respuesta. Usándolo a modo de puntero, extendió la sábana inferior hasta alisarla todo lo que la costra se lo permitió.

—¿Ve esto? Si tengo que arriesgar, guarda cierta forma de un dedo pulgar, seguido de otros dedos de un pie —señaló Álvarez con la punta del acero—. Si es así, es demasiado grande para ser el de una criatura.

Rassio miró hacia el techo, miró al inspector y tomó el mando.

—¿Puedo?

Álvarez lo dejó hacer, satisfecho con el interés que mostraba su colaborador. Sí, se lo había ganado. Observar el paulatino interés de sus hombres lo reconciliaba con lo mejor del oficio. Lo enorgullecía verlos expandir sus mentes, adquirir conocimientos, ganar experiencia en las pesquisas, con la ilusión de que con el tiempo lo superaran, incrementando las probabilidades de éxito. Todo eso lo llenaba de optimismo. Y todo eso había atisbado en ese gesto mínimo de Rassio.

El libre albedrío duró menos que un suspiro.

—¿Qué va a hacer, bruto? ¡Es evidencia! —gritó cuando vio que Rassio levantaba una pierna para pararse sobre la cama. Se sintió obligado a reasumir el control.

Mandó a Rassio al otro lado del lecho y, tras varios intentos, lograron correrlo hacia la ventana. A continuación, acercaron el tronco más grande de la cocina, que hacía las veces de mesa. Lo ubicaron en el punto exacto donde antes estaba la cama y, estimaron, alguien se había parado sobre la sábana.

—Ahora sí —invitó Álvarez.

Rassio se sujetó del antebrazo del inspector y, tras un ligero titubeo, se encaramó sobre el tronco. Levantó los brazos y hurgó entre la paja más baja del techo según las pautas metódicas que supuso que seguiría Álvarez, de izquierda a derecha, hasta donde le alcanzaron los brazos, para repetirlo luego diez centímetros más arriba, antes de detenerse por un estornudo.

—Esto es un asco —protestó, pero continuó, y a la altura de la primera tijera debió ponerse de puntillas para hurgar entre la paja brava con cuidado. No quería filetearse las yemas, que al fin encontraron algo.

—Jefe…

Tiró otro poco y el mango resultó visible para Álvarez.

—No lo mueva, Rassio. Espere ahí —ordenó, y evaluó cómo preservarlo, tras destinar los paños que llevaba en el maletín para los trozos de madera y un envoltorio del almuerzo para el trapo.

—Rassio, ¿dónde está el otro envoltorio?

—No sé. Supongo que afuera.

Esta vez fue Álvarez quien salió al trote, esquivando el vómito de Rassio junto a la puerta. Volvió minutos después con las manos vacías, seguido del perro, que se detuvo en la entrada.

—No está. El viento se lo llevó o una comadreja —dijo desde la

cocina, donde hurgó entre los enseres hasta que volvió al dormitorio con la mirada fija en la maleta—. Espero que el juez lo entienda —dijo, manoteando algo que a Rassio, sobre el tronco, le pareció que era un camisolín de niña.

—¿En serio, jefe?

—Cierre la boca, ¿quiere?

Rassio envolvió una mano en el camisolín y extrajo el cuchillo de entre las cañas. Se lo entregó al inspector, arropado como si fuera un recién nacido, pero con trazos evidentes de un rol en la tragedia.

Para cuando bajó del tronco tras completar la revisión de ese tramo del techo, Álvarez había guardado la última evidencia en el maletín.

19

Se preguntó si la memoria jugaba con él o comenzaba a flaquearle. Creía ser preciso en su relato, pero tampoco tenía la seguridad de haberlo contado bien. Habían pasado siete años. Y no los mejores de su vida. El comisario había aprendido, del modo más atroz, que la devastación aguarda a la vuelta de cualquier esquina. Elaia…

—Es obvio lo que pasó.

Álvarez evaluó dejar que Valentín patinara solo, pero no pudo con su genio. Ciertos comentarios lo sublevaban.

—Obviedad no equivale a certeza.

La réplica descolocó al muchacho, que se tomó unos segundos. ¿Algo que resulta obvio no conlleva también una certeza? ¿Puede algo ser obvio, pero no cierto? Miró al comisario en busca de una respuesta.

—Usted no debe pensar, ni hablar como un cualquiera que chismorrea con un amigo o un vecino de lo que le parece que pasó. Si usted es policía o pretende investigar algo, debe rendir cuentas de sus acciones y conclusiones ante sus superiores y ante el juez, que solo aceptarán como válido lo que usted logre probar y volcar en un expediente, no lo que usted suponga, ¿entiende? Hay un océano de diferencia.

Valentín tomó nota mental de la lección antes de acelerar. Quería mantener al comisario en el sendero fértil de los recuerdos aciagos.

—¿Y entonces?

20

Álvarez calculó que llegarían al pueblo al atardecer. Mejor despacio que arriesgar las evidencias en un galope innecesario, caviló. Rassio le señaló unos cuises que salían a tomar la fresca, grandes como zapallos y muy sabrosos, dijo, con papas y cebollas. Él prefería las perdices o las martinetas, pero no contestó, atento al perro que se desligaba de ellos, lanzado a la cacería. Con el maletín sujeto al cuerno de la montura y las herramientas colgadas en bandolera, extrajo la libreta y tachó la primera tarea del día. Reordenó las pendientes.

—Rassio, usted irá en busca del médico La Moneda. Dígale que quiero verlo en el Laurak Bat —ordenó.

Se dividieron al llegar a la Plaza de las Carretas, donde el vigilante enfiló al trotecito hacia la Sociedad Española de Socorros Mutuos. Don Fernando solía atender allí a los pacientes por las tardes y si había salido de recorrida sanitaria, sabrían dónde encontrarlo.

El inspector continuó al paso hasta la Plaza Central y notó que los vecinos habían recurrido a cadenas de barcos naufragados en la zona para embellecer el predio donde pastaba la caballada. Enfrente, un caserón lo impresionó, con ocho escalones y dos columnas que enmarcaban la entrada bajo una galería. El frontis anunciaba al mundo su nombre, «La Margarita».

Continuó hacia la esquina de 56 y 61 para tachar otras dos líneas de la lista. La primera, enviarle un telegrama a Nunes con los hallazgos del Cuartel Tercero y urgiéndole instrucciones. La otra, clarificarle al telegrafista que lo colgaría de los cojones si volvía a chismorrear sus mensajes con Genoveva u otros vecinos.

Veinte minutos después, con la respuesta de Nunes en un bolsillo y amenazado el telegrafista, decidió que había cabalgado suficiente por la temporada. Se sabía jinete bueno, pero desacostumbrado. Le dolían las piernas, la espalda y partes del cuerpo que no recordaba tener. Caminó junto al zaino hacia la calle 59, que habían comenzado a forestar con retoños de eucaliptus, obviando la comisaría. Acudiría más tarde. Resolvió aprovechar las cuadras que lo separaban del

centro vasco para preparar su encuentro con el médico. ¿Qué quería extraer de él? Con los años había aprendido que a los interrogatorios había que entrar con las preguntas listas, una hoja de ruta clara y el oído atento.

—¡Inspector!

Álvarez buscó entre los landós, los coches de cuatro ruedas, capota móvil y cuatro plazas que recorrían las calles de arenilla del centro, pero no encontró a alguien que pareciera saludarle o siquiera mirarlo. Detectó voces italianas y francesas y acentos santiagueños y tucumanos, pero nadie se dirigía a él en la oscuridad creciente del anochecer. ¿Había escuchado mal? No sería la primera vez, se contrarió.

—¡Inspector! ¡Acá!

Parado entre dos carretas a las que habían desenganchado los bueyes, un hombre le invitaba con señas a cruzar la calle. No supo precisar qué, pero algo en él lo puso en alerta. De mediana altura, mantenía el rostro oculto debajo de un bombín, como si no quisiera que otros lo vieran.

Álvarez lamentó no portar el Bodeo que le había regalado Girolamo Favaloro hacía unos meses. De visita en los arrabales de La Plata, su amigo lo había sorprendido con el revólver. Le explicó que había pertenecido a un oficial del *Regio Esercito*, pero no cómo había llegado a sus manos. Solo le dijo que Rosa no quería armas en esa casa y que lo aceptara como gesto de amistad. En momentos como ese, seis balas podían darle la oportunidad que jamás tendría con un acero en la mano ante un cuchillero de ley.

—Dígame —sondeó, mientras miraba hacia ambos lados en busca de cómplices al acecho.

Avanzó un paso.

—Recuerde este nombre —murmuró el misterioso—. José Castellanos.

El inspector no extrajo su libreta. Mantuvo las manos libres, a los costados del cuerpo, alerta a una emboscada.

Dio otro paso.

—¿Quién es ese Castellanos?

Otro paso más.

—El pata de lana.

Acortó otro paso antes de lanzar un apellido —¿Rojas?—, y

cosechar la sonrisa que lo malquistó. Demoró menos que un chasquido en llegar hasta el desconocido y asirle la diestra para impedir que se defendiera.

—¿Y usted quién es, eh? ¿Otro pata de lana de la Rojas?

El desconocido meneó la cabeza, los ojos como platos, y Álvarez descartó el riesgo de un navajazo. Lidiaba con un cobarde, asimiló. Con lo que los detestaba. Rápidos con la lengua como la yarará, escasos para la bravura como los zorrinos. A menudo bastaba con un cuchillo en la garganta para que desembucharan. Procedió a eso.

—Nombre.

—Mauricio Berma. Soy comerciante.

—¿Acá?

Berma asintió.

—¿Y usted es amigo de…

—¿De Castellanos? No, no lo soy.

—Pero sabe que Castellanos andaba con la Rojas —dijo el inspector, que aumentó la presión del filo contra el gañote.

—Ella lo andaba contando, como andaba diciendo también que iba a matar a sus hijos si Ponciano la abandonaba.

El inspector bajó el cuchillo, pero con la izquierda mantuvo sujeta la diestra ajena. Hasta la rata ataca en la desesperada y no quería velorio propio en Necochea. Intuyó que Berma, si ese era su verdadero nombre, debía tener alguna cuenta pendiente con el tal Castellanos o que la Rojas lo había desairado, y quería vengarse de ellos pasándole información a un policía. Error.

—Vamos a hacer algo —dijo Álvarez—. Le voy a dar 24 horas para que se presente ante el juez. No le va a decir que estuvo conmigo, pero sí le va a contar lo que me acaba de decir a mí, ¿entendió?

Berma abrió la boca, pero el inspector se adelantó.

—Hoy es miércoles —insistió—. Si para el viernes al mediodía no apareció por el Juzgado, lo iré a buscar, ¿entendió? —dijo, y tomó la reacción de Berma como un sí—. Ahora, lárguese.

Álvarez esperó entre las carretas para darle margen al hombre de alejarse. Anotó el apellido de Castellanos en la libreta, el de Berma entre las tareas posibles del viernes y resopló. Tendría que hacer más preguntas.

Hombres como Berma le causaban un rechazo visceral. Sabía que de haber estado allí, sus colaboradores de confianza le habrían reprochado el rigoreo. O recordado que, al fin y al cabo, Berma le

había soplado datos que desconocía y un posible móvil para el doble crimen, por lo que hasta debería haberle agradecido. Acaso tuvieran razón. Pero el disgusto que sentía ante los pusilánimes le salía de las tripas. Era más fuerte que él.

Cuando restaban treinta metros para llegar al Laurak Bat, vio a Rassio parado sobre el primer escalón. Era un edificio de ladrillo a la vista, de una planta sola y maciza, entrada con arco de medio punto, y con uno de sus lados que se extendía en ocho ventanales que aportaban luz natural a los salones, las canchas de pelota y la taberna. Respiró hondo.

—Lo espera en el salón de las cinco columnas —lo recibió Rassio, que evitó preguntarle por qué se había demorado tanto.

Álvarez le agradeció con una palmada en el hombro y se zambulló en busca del médico. Resultó sencillo. Con la excepción de unos jugadores de bacará, era el único en el salón sentado de espaldas a los pelotaris, atento a quienes entraban. El centro vasco olía a sudor y a carne al horno con papas, con techos altos tapizados por el humo de tabaco.

—¿Me acompaña con un Patxarán? —lo encaró Álvarez tras disculparse por el retraso—. Sueño con tomarme una copita desde la mañana.

No pudo ser. Tomás Bilbao y Jaca guardaba la última botella del elixir, le dijeron, al otro lado del Quequén Grande. Debió contentarse con un vaso de tinto tras juramentarse que visitaría a ese vasco antes de regresar a La Plata. Le urgía gozar del néctar rojo de los dioses.

La Moneda le pareció más joven de lo que era. Vestía un traje fino, algo excesivo para el pueblo, evaluó. Pantalón y chaleco gris, tirantes, camisa blanca y una larga levita oscura. Notó que se frotaba las manos y lo invitó a narrarle cuándo y cómo había recalado en el pueblo, tras los pasos de Telésforo Santos y Alberto Nazarre. Nada tranquiliza más a la mayoría de las personas que hablar de ellas mismas. Esperó, pues, que el médico terminara su copa y recién cuando lo vio apoyar su espalda contra el respaldo, empezó a maniobrar.

«Cuénteme despacio qué vio al entrar al rancho», tanteó. «Si es tan amable, deme su parecer profesional sobre el estado que presentaba la señora Rojas», prosiguió, para después pasar de las preguntas abiertas a las cerradas. ¿Estima que los niños fueron degollados con la mano derecha o izquierda? ¿Dónde y cómo estaban ubicados, exactamente? ¿A qué hora calcula que ocurrió? ¿Observó las manos de la señora

Rojas? ¿Cuál era su ritmo cardíaco?

La Moneda encendió un cigarrillo y luego otro. Por momentos, cerró los párpados. Precisó que a diferencia de Poncianito y Felisa, había encontrado a Rojas con un corte no muy profundo en el cuello, aunque lo suficiente para que perdiera mucha sangre. Mientras la vendaba, había acercado el oído para auscultarla y la escuchó susurrar que Velázquez había intentado degollarla, tras golpearla con una pala en la espalda, que le dolía mucho. Por eso le había ordenado que acotara sus movimientos al mínimo y dejado la revisión más exhaustiva para el día siguiente.

—Según cómo y dónde la hubiera golpeado con la pala, podíamos estar ante una hemorragia interna potencialmente mortal, ¿sabe? —dijo, y sacudió el cigarrillo con el índice; las cenizas cayeron al piso—. Pero con las criaturas, de 4 y 6 años, no hubo nada que hacer. Hemorragia fulminante.

—Tres y cinco.

—¿Cómo dice?

Álvarez se arrepintió en el acto. Su obsesión por los detalles lo había llevado a detectar en las actas de bautismo insertas en el sumario policial que los hijos de Rojas tenían un año menos de lo que todos repetían en el pueblo. Pero su acotación era innecesaria, quizás errónea y seguro contraproducente. Los baqueanos registraban a sus hijos en cualquier momento, mientras que lo certero era que había interrumpido y corregido a La Moneda, que podía ponerse a la defensiva.

—Tonterías, discúlpeme —se excusó—. Continúe.

El médico demoró otra copa y otra colilla en recuperar la fluidez. Contó que Rojas acusó al susodicho Velázquez de degollar a sus hijos y de intentarlo con ella porque se había negado a acatar la orden de su marido, que pretendía separarse y le había pedido a su compadre que fuera hasta el rancho para llevarse a los críos.

—¿Eran realmente compadres?

La Moneda asintió mientras daba otra pitada.

—Pero lo que ocurrió después fue de no creer.

El médico habló rápido, como si lo hostigaran las emociones. Relató que Caraballo y Velázquez eran tan amigos que las criaturas lo llamaban tío y que al terminar la jornada regresaron juntos al rancho, según habían declarado los dos, pero se encontraron con que la puerta

estaba trancada desde adentro, sin que nadie respondiera a los gritos o golpes.

—Hicieron fuerza hasta que la puerta cedió, según dijeron, y se toparon con el desastre —dijo La Moneda, que resumió el devenir de la tragedia. Contó que Ponciano se quedó ahí, abrumado, y que Velázquez fue en busca de ayuda. Fue este quien alertó a la policía y después se volvió para el establecimiento de Molina, aunque cuando Rojas lo acusó, lo fueron a buscar y al ratito nomás lo regresaron al rancho, esposado.

Hablaba La Moneda y Álvarez no pudo evitarlo: siguió la ruta del humo que largaba por boca y nariz, formando siluetas mágicas que se diluían en su ascenso a los cielos. Se obligó a concentrarse.

—Velázquez decía que no tenía nada que ver, que era todo cuento —avanzaba el médico—. Y el comisario Blanco comenzó a ponerse cada vez más… digamos… vehemente, pero el hombre repetía que no, que él no había sido, y le gritaba a Rojas que era una mentirosa y que por una vez en su vida tuviera dignidad. Y ahí es cuando cambió todo.

Álvarez no repitió el error de interrumpirlo. Dejó que se deslizara solo por la pendiente de la memoria. Lo vio exhalar más humo, toser y aplastar la colilla con el zapato antes de retomar el relato.

—Tanto le gritó Velázquez, tanto le reprochaba que era esto y aquello, que Rojas salió del letargo que tenía o que a esta altura ya no sé si fingía. La cuestión es que se incorporó en la cama, entre la sangre propia y de sus hijos, y empezó a gritarle al compadre, diciéndole otras cosas que antes no había dicho.

—¿Como qué?

—Como que él le había arruinado la vida por meterse en cosas que no le importaban y que ahora lo iba a pagar.

—¿Qué hacían usted y Blanco mientras tanto?

La Moneda sonrió por un instante.

—Discúlpeme, pero si no fuera que estábamos en presencia de dos niños degollados, le diría que era todo hasta gracioso.

El inspector lo entendió como pocos. Le sobraban anécdotas con cadáveres, mutilados y malentretenidos que él y sus colaboradores revivían a las carcajadas, pero que al común de los mortales les resultarían truculentas. Gajes del oficio. La frontera entre criminales y policía, entre el horror y el humor, era, a veces, así de delgada.

Asintió, como si fuera una perversión compartida.

—Lo miré a Blanco y estaba como yo —dijo La Moneda, que

jugaba con otro cigarrillo sin encender—, no podía creerlo, aunque le reconozco que me hizo una señal y procedí.

—¿«Procedí»?

—Quiero decir que como Rojas parecía que se había recuperado, aproveché para revisarle la espalda. Por los palazos que me había dicho que le había dado Velázquez, ¿recuerda?

Álvarez olió que habían llegado al punto decisivo.

—¿Y?

—No había rastros de esos golpes. No había contusiones, no había laceraciones, no había nada. De hecho…

La Moneda se detuvo de manera abrupta.

—¿Qué?

—No, nada. Hay algo que me quedó dando vueltas, pero que no necesariamente significa algo.

Con un gesto de la mano, el inspector lo alentó a continuar.

—Le tomé el pulso a Rojas en medio de ese ida y vuelta con Velázquez y me llamó muchísimo la atención que era normal. Ni elevado por todo lo que había vivido y padecido, ni bajo por haber perdido tanta sangre. Desde la ciencia no sé cómo explicarlo.

El inspector se levantó y le tendió la mano a La Moneda, que se ofreció a abonar la cuenta, en un duelo de cortesías que terminó mal.

—¿Sabe lo que pienso?

—No y no quiero saberlo —lo frenó Álvarez, mientras se ponía de pie para marcharse, sin importarle las cejas alzadas, ni el rubor creciente del médico—. Buenas noches.

21

—¿Por qué el maltrato?

—¿Me va a dejar contarle qué pasó o me seguirá interrumpiendo?

—Contésteme.

Álvarez se cruzó de brazos. Anochecía en Berisso y la lluvia había traído la fresca, pero Valentín no cedió al frío, ni a la hosquedad del comisario. Esperó. Hasta que el interpelado comenzó a mover la mandíbula, hacia delante y atrás, y después le apuntó otra vez con el índice.

—Porque cuando investigo, no quiero que contaminen mi trabajo con opiniones o suposiciones, como también procuro cuidarme de pálpitos e intuiciones, que llevo con rienda corta. ¿Sabe lo que decía sobre eso un perro viejo del que aprendí mucho? «La suposición es la madre de todas las cagadas». Y tenía toda la razón.

Valentín intentó controlar una sonrisa.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Le da gracia lo que digo?

—¿Se da cuenta que dijo «investigo», como si aquello estuviera pasando ahora?

—Váyase al carajo.

22

Genoveva se presentó con las manos en plegaria y Álvarez no pudo evitarlo: pensó en el telegrafista. Lo colgaría de los cojones, y lo haría con gusto, sin necesidad de anotarlo entre las tareas del nuevo día.

—Señora, dígame.

Sí, comenzaría por el telegrafista en cuanto terminara de desayunar, que, malditos fueran todos, ni siquiera lo dejaban beber tranquilo un café. Y encima Genoveva lo había desafiado esa mañana con un budín.

—La escucho.

El budín, debía reconocerlo, aparecía más seductor que la tarta de la víspera y eso lo había puesto fastidioso. Se lo haría pagar al telegrafista y la madre que lo parió.

—Doña Genoveva, por favor, hable.

—Un señor vino a verlo.

El inspector revisó la agenda que había dejado sobre la mesa decorada con un paño tejido de crochet. No, no le había fallado la memoria: no tenía reuniones concertadas por la mañana.

—¿Puedo saber quién es?

La cocinera en jefe del «Gran Hotel La Amistad», se acercó otro paso al inspector, que comprobó que se engalanaba con agua de rosas, pero debió esforzarse para escucharla entre las conversaciones de los demás huéspedes. El nombre, apenas bisbiseado, lo hizo saltar de la silla.

—Hágalo pasar.

—Lo hice, pero prefiere esperarlo afuera, dijo… Creo que dadas las circunstancias…

Álvarez debió darle la razón. Su irrupción en el comedor alimentaría las habladurías en el pueblo. Le agradeció a Genoveva, se despidió del budín intacto y, perdonados los cojones del telegrafista, cruzó el vestíbulo en un par de zancadas. A contraluz vislumbró en la calle a una figura de chambergo, poncho y botas de cuero que esperaba junto a un caballo y un perro al que reconoció.

—Anduvo ayer por el rancho —dijo el hombre en cuanto el inspector puso un pie afuera. Sus palabras rasparon el aire.

—Por su querencia, así es.

El otro negó lento.

—Dejó de serlo hace nueve días.

El inspector no le extendió la mano, ni el otro la buscó, a diferencia del perro, que se acercó en busca de otra caricia. Ponciano Caraballo, la tez blanca curtida por el sol y las heladas, el corazón hecho jirones por el filo de un cuchillo, lo dejó hacer.

—Me voy, pero antes quería pedirle un favor.

—Mande.

—Haga justicia.

Dudó el inspector. Pensó en responderle que si algo así existía, era tarea del juez, que él solo hacía algunas averiguaciones para ayudar al comisario Blanco. Pero Dios o lo que fuere lo iluminó.

—Será.

Caraballo montó, frío a las miradas de quienes se habían detenido en la vereda al reconocerlo. Poco atrae tanto como un escándalo. O la visión de la muerte. O de un muerto en vida. De alguien al que solo le resta esperar la última cita.

—¿Se vuelve para Mar Chiquita?

Caraballo no se molestó en averiguar cómo sabía el forastero dónde había nacido. Alzó los hombros.

El inspector apuró otra pregunta.

—¿Velázquez estaba con usted como a las dos de la tarde?

La respuesta se redujo a un parpadeo cargado. Debió servir también de despedida, pero Álvarez tropezó con su lengua.

—Una cosa más. ¿Quién le avisó que su mujer andaba con otro?

Flotaba la pregunta, todavía, cuando el inspector asimiló que cargaría con la vergüenza de haberla planteado mientras viviera, reforzada por la mirada que cayó sobre él.

—¿Importa?

23

El amanecer encontró cabreado al inspector. Vio alejarse a Caraballo desde la entrada de «La Amistad», y se preguntó por qué le había asestado esa última afrenta al hombre que lo había perdido todo: hijos, esposa y querencia. No había sido su intención, pero lo había hecho. Dios nos dio dos orejas y una sola boca por algo, se hostigó, y se sintió peor.

—Jefe…

El vaho del frío matinal ocultó durante un segundo el rostro de Rassio, para alivio de las vergüenzas de Álvarez.

—Vamos —dijo—, hay mucho por hacer.

Bajaron por la calle Ancha sin cruzar palabra. Se preguntó si Rassio había presenciado su final torpe con la sombra de Caraballo, pero no tuvo coraje para averiguarlo. El silencio entre ellos, intuyó, era respuesta suficiente.

Al llegar a la Plaza Central, se esforzó por acallar los remordimientos, más ruidosos que los pocos carricoches que bajaban hacia los embarcaderos de Pedro Luro y José Abásolo. Dejó para después la conversación pendiente con Blanco, dobló en la esquina, entró en la comisaría por la otra puerta, y cruzó el vestíbulo a paso redoblado.

—Tráigame a Velázquez. Ahora.

Rassio disfrutó que otro vigilante comprobara cuán incordioso era este sabueso venido de La Plata.

Cinco minutos después, inspector y detenido se midieron en el patio interno del edificio.

Álvarez observó al reo sentado frente a él. 32 años, según el sumario policial, ojeras y moretones en rostro y brazos, mirada esquiva, mandíbula tensa, y manos grandes como las suyas.

Velázquez notó el maletín que el visitante tenía entre los pies.

Álvarez le informó que quería hacerle unas preguntas.

Velázquez apreció que alguien lo tratara mejor que a una cucaracha por primera vez en más de una semana.

—¿Le dieron de comer?

Cabeza que asintió.

—¿Alguien volvió a propasarse?

Cabeza que negó.

—Leí el sumario, así que no le haré repetir lo que ya declaró —dijo el inspector—, pero quiero que me responda una cosa: ¿Por qué le gritó a Rojas que por una vez en la vida tuviera dignidad?

La mueca de disgusto no le pasó desapercibida.

—Pregunte en el pueblo.

—Le pregunto a usted.

—Lo que tenía para decir ya lo dije.

—O me lo dice usted o se lo pregunto a… —levantó un dedo, excusándose, extrajo la libreta y buscó entre las anotaciones hasta señalar algo con el índice— acá está, ¿Cándida Roldán puede ser que se llame? ¿La hago traer detenida también?

El rostro de Velázquez mutó de la desconfianza al rencor.

—Yo no seré de los que golpean, Velázquez, pero puedo ser más despreciable que muchos. Responda.

El otro fijó la vista apenas por encima del hombro del inspector, más allá del patio que los confinaba.

—Mi mujer creía que ella andaba con un jornalero.

—¿Castellanos?

La mirada validó su acierto.

—¿Y le fueron con el cuento a Caraballo?

—No. Yo le había prohibido a mi mujer decir nada, pero ella no se aguantó y se lo reprochó a la Francisca, y terminaron a los golpes.

—¿Ponciano ya estaba al tanto?

—Mi compadre se enteró por otro lado o ya lo sabía o se peleó con su mujer o qué se yo, la cosa es que le dijo que no la quería más, que se fuera con el otro, pero que le dejara los críos.

—¿Le pegó?

Velázquez se movió inquieto en su asiento

—Puede.

—Y Rojas se la agarró con ustedes…

Cabeza que asintió.

—Primero fue a buscar a mi mujer a las casas y después se la agarró conmigo, ya ve.

—¿Dónde está su facón?

—Lo entregué cuando me apresaron. No quería pelear.

Sin levantarse, el inspector guardó la libreta en el paletó de lana y señaló con ambas manos el maletín que tenía entre las piernas.

—¿Sabe quién es Vucetich?

—¿Cómo dijo?

—No importa. Lo que importa es que ese señor desarrolló un método científico admirable. Le voy a pedir un favor.

Rassio los vio regresar del patio minutos después. Uno cargaba el maletín; el otro enfiló hacia los calabozos.

—Pronto tendrá novedades, Velázquez —dijo el inspector, que encaró al vigilante en la guardia—, acompáñelo —ordenó, para después dirigirse a Rassio—. Traiga a Rojas. Ahora.

24

Rojas no se había acomodado en la banqueta del patio, manos esposadas, pies descalzos, vendaje en el cuello, que el inspector había lanzado el primer anzuelo.

—¿Sabe quién es Vucetich?

No contestó.

—Déjeme contarle.

Álvarez habló sin levantar la voz, en un tono que a Rassio le resultó entre monocorde y relajante. Contó que el inmigrante de nombre curioso había nacido en una isla pequeña de mares lejanos, que siendo joven había llegado al Río de la Plata, primero al Uruguay y luego a la Argentina, que en sus ratos libres componía mazurkas como «Ayes del Alma» o «Estasi d'amore», que disfrutaba del tabaco saborizado y del *risotto*, que en su casa tenía montones de orejas humanas que estudiaba durante horas, que trabajaba la madera, que a veces se comparaba con Roger Bacon…

—Disculpe, ¿sabe usted quién es Béicon?

Francisca negó con la cabeza.

—No se preocupe, yo tampoco. Tendré que averiguarlo.

…que un buen día de 1891, un señor muy importante llamado Francisco Seguí se olvidó una copia de la *Revue Scientifique* en el despacho de un amigo, Guillermo Nunes, y que este pensó que sería bueno que Vucetich la estudiara… Porque Vucetich habla francés, ¿sabe? ¿Usted habla francés?

Cabeza que volvió a negar.

—Qué coincidencia. Yo tampoco. Tendré que aprenderlo.

…que Vucetich hizo lo que mejor le sale hacer, que es estudiar y pensar, porque tiene cerebro de matemático, y se puso a analizar las huellas dactilares… ¿Sabe lo que son las huellas dactilares?

Por tercera vez negó la cabeza.

—Yo tampoco sabía; Vucetich me enseñó.

Y Álvarez fluyó a través de los minutos y las palabras lisas por las arenas cadenciosas del método que había desarrollado ese hombre

sabio para, según le había explicado, «simplificar sin perjuicio».

—Porque casi todo puede repetirse en personas que ni se conocen, como el color de los ojos o la forma de la nariz o las manos, menos estos dibujos —dijo el inspector, que extendió hacia Rojas una palma vuelta hacia arriba, y con el índice de la otra punteó con delicadeza cada yema, cual teclas de piano. Y Rassio rogó que nadie interrumpiera ese momento único que no logró explicárselo ni a su mujer esa noche. Porque no fue magia, pero se le pareció mucho. Rojas se inclinaba para observar lo que Álvarez definía en ese instante como «crestas capilares», que llamó «maravillosas».

—Extienda su mano, como yo —le propuso en el mismo tono que habría empleado para invitarla a bailar; y ella aceptó el convite—. Ahora, si la observa a la luz del sol, podrá verlas mejor —añadió, y ella se movió al ritmo del vals de sus palabras.

El inspector encaró entonces la prueba de fuego.

—¿Quiere tener de recuerdo una copia de sus huellas?

25

—O sea que le tendió una trampa.

—No.

—¿Cómo que no? —insistió Valentín.

El comisario se tomó su tiempo.

—No le tendí una trampa por varios motivos. El primero, porque todas las pruebas apuntaban hacia ella. Y no solo las pruebas. También la lógica. Si fue otra persona, ¿me puede decir cómo hizo para matar a las criaturas, herir a Rojas, trancar la puerta por dentro, cerrar la ventana con los pasadores y desaparecer de escena? ¿Se esfumó? Y si fue Velázquez, ¿cómo explica que mató a las criaturas, que no tenían nada que ver, pero a ella solo la hirió, aunque en teoría era con ella que se había peleado y era cantado que ella lo identificaría si sobrevivía? ¡Contésteme!

Valentín mantuvo trincheras.

—Le tendió una trampa. Explíqueme, si no, para qué irle con tanta vuelta a Rojas, para qué tomarle las huellas sin decirle que podían incriminarla en el doble crimen.

—¡Ninguna trampa!

El grito malquistó a la cimarrona, que levantó las orejas, atenta a lo que pudiera pasar en la madrugada de Berisso.

—No le tendí ninguna trampa —repitió Álvarez—, y no fue así porque el método dactilar recién estaba desarrollándose y de ningún modo podía ser aceptado como prueba por el juez, sin contar que ella ya le había confesado la autoría a Blanco.

—¿Por qué seguía detenido Velázquez, entonces?

—Por las dudas.

—¿Y por qué usted le tomó las huellas a Rojas?

—Por las dudas, también…

Valentín reaccionó exasperado.

—¿Puede explicarlo mejor?

El comisario maldijo el momento en que aceptó remover los ayeres de Necochea. Debió dejar que los perros corrieran al caballo del

muchacho hasta el fin del mundo. Pero ya estaba hundido hasta la cintura en el pantano del pretérito.

—Por eso lo enviaron a usted —desafió Valentín—, por eso envió Nunes al primer jefe de Pesquisas de la Policía de la Provincia de Buenos Aires a resolver un doble crimen ocurrido en un rancho perdido, en medio de la nada, protagonizado por gente que jamás sale en los diarios. Lo enviaron a probar si funcionaba el método de las huellas, ¿no?

El comisario meneó la cabeza, apenas.

—Recuerde que todo esto pasó hace siete años, cuando la ciencia de Vucetich recién estaba despuntando. Yo confiaba en él como no confiaba en los métodos de Blanco, pero también necesitaba quedarme tranquilo.

—¿Qué métodos?

Álvarez gesticuló como si abofeteara de revés a los recuerdos.

—No importa.

—Importa mucho, comisario.

La cimarrona se hartó del ida y vuelta que le impedía dormir. Salió a la noche, lejos del calor de la cocina.

—Lo apretaron a Velázquez y la apretaron a Rojas, ¿está bien? ¿O quiere saber más? ¿Quiere que le cuente cómo lo estaquearon a Velázquez? ¿O cómo Blanco ordenó montar una capilla ardiente donde pusieron los cuerpos de los críos, con sus cuellos abiertos como si tuvieran dos bocas, para después llevarla a Rojas de madrugada y dejarla ahí durante horas, atada, mientras Blanco le decía que si no confesaba se le aparecería la «luz mala» o el «vasco alambrador»? ¿Quiere que le diga que pienso que los criminales empiezan a menudo como víctimas y que Rojas no era la excepción? ¿O que le diga también que sospecho que a Velázquez lo azotaron duro y parejo durante una semana? ¿O que jamás debemos descartar la estupidez humana y que Blanco encarna esa frase a la perfección? ¿Eso quiere que le cuente?

—¿El «vasco alambrador»?

Los vecinos debieron escuchar el grito.

—¡Ahora quiere que le narre una leyenda gauchesca!

El comisario se levantó, harto de evocar sombras.

—Es hora de que se vaya —dijo.

Pero Valentín no se movió. Hizo como si no lo hubiera escuchado

durante un minuto denso. Luego tomó otro de los leños apilados contra la pared, alimentó el fuego de la cocina y entreabrió la puerta respiradero. Había llegado el momento de jugar otra carta.

—Rojas está acá.

—¿Dónde?

—Cuénteme primero cómo terminó lo suyo en Necochea.

26

Álvarez estimó que tenía tiempo para regresar al hotel, completar el primer análisis de las huellas y visitar otra vez la oficina del telegrafista al anochecer. Pero antes debía enfrentar al toro.

—¿Dónde está Blanco?

Ladridos provenientes de la calle eclipsaron la respuesta.

—¿Cómo dijo?

—Que el comisario salió —reiteró Rassio—. Mandó a decir que lo había citado el juez por no sé qué en la mensajería de Garralda y Dione.

Álvarez tomó nota mental del error que había cometido y de la oportunidad que se abría ante él. Porque solo cuando su colaborador aludió al juez de Paz a cargo de la investigación, Antonio Herrero, asimiló que debió presentarse en su despacho el primer día, en cuanto llegó a Necochea, y que quizá fuera demasiado tarde para remediarlo. A veces, enfocarse tanto en la pesquisa lo llevaba a postergar las relaciones sociales y políticas que debía cultivar. Desde el juez a los capitostes locales, como Ángel Murga y su enemigo Alberto Nazarre, el hacendado Victorio de la Canal, don Adolfo Vidal o los Díaz Vélez. Se supo en falta.

Extrajo su libreta y escribió «juez» debajo de «telegrafista», antes de asir la oportunidad.

—¿Dónde está la oficina del comisario?

Rassio lo guio por los pasillos del edificio de paredes gruesas que los policías compartían con el municipio y el juzgado, hasta que se detuvo ante una puerta doble de madera y vidrio de los tiempos de la colonia.

—Usted no vio nada, ¿entendió?

Manoteó el picaporte y, como esperaba, Blanco no la había cerrado con llave, dando por sentado que era innecesario. ¿Quién podía animarse a desafiarlo entrando en sus dominios? Antes de intentarlo, sargentos y vigilantes preferirían que los enterraran vivos en algún médano, más allá de la avenida 42, con suerte junto a los restos del

velero *Filántropo*. Ganaban poco más que los jornaleros en los campos, pero no comían piedra.

Además del escritorio y las sillas que dos días antes le habían servido de escenografía para rigorear a Blanco, Álvarez observó una bandera argentina, un armario con sumarios y otros documentos apilados, y un bracero sucio sobre el que reposaba una pava. Detrás, un mapa de 1864 en la pared lo sorprendió: firmado por Pedro Benoit y otros geógrafos y tipógrafos, ubicaba el océano Atlántico a la izquierda, la bahía de Samborombón apuntando hacia la derecha, la Patagonia arriba, la Pampa abajo y a la Argentina en el hemisferio superior. El mundo al revés. Pero, un segundo pensamiento cruzó por su mente, ¿por qué «al revés» ¿Quién había definido qué iba arriba o abajo en el cosmos?

Aquello que había ido a buscar, sin embargo, no estaba allí.

—Lo que trajeron del rancho —dijo al salir—, ¿dónde está?

Rassio no respondió. Volvió por donde habían venido, pero dobló a la derecha tras atravesar el patio, sobre el que caía el primer sol de la tarde, en vez de rumbear hacia los calabozos. Unos metros después señaló otra doble puerta con la barbilla.

—¿Qué le pasa? ¿Ahora no habla?

Esta vez, Rassio sí contestó.

—No quiero problemas, jefe. Porque usted, más temprano que tarde, se va a ir, pero yo voy a seguir acá con Blanco.

Tenía razón. Otro sería el baile cuando él dejara Necochea. Lo había corroborado en otros casos sensibles en los que había

intervenido. Los mediocres vomitaban sobre los subalternos la humillación o el destrato que embuchaban con los jefes.

—Hagamos algo —dijo Álvarez, entregándole el maletín—. Vaya a la esquina a ver si llueve.

Rassio elevó la vista hacia el patio. El cielo ofrecía un azul tan limpio y profundo como los ojos de su mujer.

—Vaya, le digo. Es una orden.

En cuanto quedó solo, manoteó el picaporte, pero la doble puerta se resistió. Solo cedió ante los encantos de la hoja de su cuchillo, que maniobró con delicadeza sobre el lomo, a modo de palanca.

—Vamos a eso.

El depósito venía carente de ventanas, pero sobrado de moho, polvo y olor a muebles viejos. Tenía unos treinta metros cuadrados, calculó cuando sus ojos se habituaron a las sombras, aunque quedaban pocos espacios libres entre las pilas de objetos. Se ilusionó que estuvieran amontonados por sumario, pero no tenía forma de corroborarlo. No veía fichas o registros que asociaran cada cúmulo a una investigación.

Estornudó.

—Me cago en…

Estornudó otra vez.

Caminó entre las pilas, concentrado en las siluetas que pudo distinguir. Reconoció la forma de una silla patas para arriba, una escopeta y lo que le pareció una montura, a la derecha, enfrentada a una pequeña montaña de telas que podían ser tanto vestidos como cortinados. Siguió adelante entre una lámpara y varias sogas, hasta donde el recorrido se lo permitió, con la sensación de que tampoco estaba allí lo que buscaba.

Pero al volverse tuvo ganas de carajearse, otra vez.

—No puedo ser tan…

Apoyada contra la pared, oculta detrás de la puerta que había dejado entreabierta para iluminar el depósito, estaba la evidencia que le restaba analizar del doble crimen. La pala era de punta o, como le decían muchos paisanos, de puntear, aunque lo más notable era la deformidad curva que proyectaba, con su parte de metal doblada hasta tornarla inservible.

—No tiene lógica —confirmó.

Junto a la pala, observó, habían colocado un facón con una hoja de unos 25 centímetros. Tenía filo por un solo lado, cabo de madera y en

la base del mango, comprobó acercándolo a la luz, alguien había tallado las iniciales «RV» con torpeza.

27

Fue ganar la calle y carcajear. Rassio parecía una estatua, con el maletín en una mano y el rostro izado al atardecer. Un cielo sin nubes pasaba sin apuro del azul profundo a un celeste pálido con notas rosadas.

—No, jefe, no llueve —lo recibió.

—Siempre es bueno saberlo —agradeció, sumándose a la contemplación—. ¿Sabe algo, Rassio? No sé su nombre.

El otro contestó la pregunta pendiente.

—Blanco no volvió todavía.

—Vamos, entonces.

Álvarez lo tomó del antebrazo, apenas lo necesario para encaminarlo por la calle 60 entre los vecinos que volvían a sus palenques. Notó que había blancos, mulatos e incluso algún ranquel civilizado, si así podía llamarlos. Al doblar en 59, el viento los empujó hasta el hotel.

—Si nos apuramos —le dijo cuando entraron en el vestíbulo—, quizá tenga que pedirle en un rato que corra hasta el telégrafo. ¿Comió algo?

Rassio negó con un cabezazo.

—Eso no es bueno —dijo, y le hizo una seña a Torre—. Don Santiago, no hemos almorzado. ¿Qué puede ofrecernos?

Quince minutos después, sentado en la cama de la habitación, pata de pollo frío en una mano, vaso de vino tibio en la otra, Rassio observó a Álvarez analizar las evidencias.

El inspector había retirado todo lo que había sobre la mesa, incluido el ejemplar del diario *La Nación*. Necesitaba espacio para los trozos de madera, el trapo y el cuchillo que había traído del rancho, a los que sumó una lupa casi tan grande como su rostro que extrajo del baúl de cuero añejo, sólido de apariencia, que había en una esquina.

—Luz, necesitaremos más luz —dijo y salió al pasillo.

Rassio apoyó el vaso en el piso y manoteó el diario. Era del sábado 2 de julio. Noticias de hacía cinco días eran un lujo en Necochea.

Entre un cuento de Emilio Zola y novedades de la Cámara de Diputados y la provincia de Santa Fe, Álvarez había trazado un círculo alrededor de un texto breve de portada: «Dolores. Asesinato del comisario White. Versión del hecho».

—Esto servirá —anunció Álvarez al volver, con un candelabro de seis velas encendidas que hicieron bailar a las sombras en la pared—, luego le avisaremos a la señora Genoveva que se lo pedimos prestado.

Ubicó el candelabro en el centro de la mesa, a la que también acercó su maletín. Rassio se preguntó qué otra herramienta inesperada aparecería en su mano cuando la retirara, pero la respuesta lo decepcionó. Solo extrajo los tarjetones en los que Velázquez y Rojas habían asentado las huellas de sus dedos.

Rassio se zambulló en las noticias. «Anoche, como a las nueve y media, fue muerto a puñaladas el comisario de policía de este partido José Cirilo White, causando este hecho profunda sensación en esta sociedad, no solo por el puesto que desempeñaba la víctima sino también por pertenecer este a una de las familias más antiguas y distinguidas de Dolores».

—¿Amigo suyo?

Álvarez se volvió, sin comprender, pero le bastó con observar el diario en su mano para que una sombra le atravesara el rostro.

—Lo siento mucho.

Asintió el inspector, antes de enfocarse en la tarea pendiente.

—Veamos si le entendí bien a Vucetich —dijo. Munido de lupa y tarjetón, comparó las huellas de Velázquez con los rastros de sangre impresos en el cuchillo, el trapo y los trozos de la jamba, de la puerta y de la ventana. Luego tomó el otro tarjetón y repitió el procedimiento. A continuación, volvió al primero, después al segundo tarjetón y reincidió otra vez con el primero. De vez en cuando bisbiseaba palabras apenas inteligibles como «verticilos» y «presillas», tomaba notas y volvía a la lupa, sin que Rassio supiera cuánto tiempo transcurrió. Sí supo con certeza que había dado cuenta de la otra pata de pollo, del segundo vaso de vino y de 18 columnas de *La Nación*, tamaño sábana, asesinato de White, nacimientos, anuncios y matrimonios incluidos, antes de que el inspector concluyera el análisis.

—Acérquese —dijo Álvarez cuando volvió de aquel mundo paralelo.

De fondo se escuchaban los aprestos en el hotel para la cena. Genoveva ubicaba los platos y cubiertos en las mesas del comedor, antes de consagrarse a la cocina; esa noche cenarían jabalí.

—Este no sirve —acotó el inspector, apartando el trozo de la ventana, que colocó junto al baúl—, los otros sí.

Escribió unas líneas en una hoja que arrancó de la libreta, dobló en dos y le extendió a Rassio.

—Quiero que vaya hasta el telégrafo y envíe este mensaje. Si el telegrafista se fue a su casa, lo lleva como sea a la oficina. Y usted no se mueve de ahí hasta que reciba una respuesta y me la lleva urgente a la comisaría, ¿entendió?

Rassio no llegó a plantear una objeción.

—Si el telegrafista llega a retobarse —lo anticipó Álvarez—, dígale que tengo sus cojones en mis manos. Él sabe de lo que hablo.

Rassio se regodeó en la discusión que tendría con el telegrafista. Nunca le había caído bien.

28

El viento frío y húmedo del sudeste sopapeó el rostro del inspector al salir del hotel. Cruzó los brazos sobre el pecho para calentarse y por un segundo evaluó volver a su habitación en busca de un abrigo, pero lo descartó. No podía retrasar más el encuentro con Blanco, aunque dependería de Rassio para resolver el entrevero.

«Ventajas de que me vayan conociendo», celebró cuando llegaba a la comisaría. El vigilante apostado en la puerta lo había detectado a la distancia, mientras pateaba el suelo para calentarse, y correteado en busca del jefe sin necesidad de nuevos gritos o insultos. Al llegar a la puerta, lo recibió en posición de firmes.

—Lo está esperando, señor inspector.

Álvarez agradeció la deferencia, sin detenerse. Conocía el camino hasta el despacho de Blanco, que también había aprendido la lección. Lo aguardaba de pie, junto a su silla, del otro lado del escritorio, y le señalaba la de invitados.

—Buenas noches, inspector —lo recibió—, ¿cómo dice que le va?

La sonrisa de Blanco lo previno. ¿Eran los nervios? ¿Novedades en el sumario? ¿Se había dado vuelta la taba? ¿Velázquez había confesado y Rojas era inocente? ¿O Blanco tenía noticias de La Plata que él desconocía? Decidió jugar de banca.

—Gracias por esperarme, Blanco. ¿Día agitado?

—Lo normal. El juez es un buen juez, nos llevamos bien y nos entendemos mucho —dijo, atento al mate que cebaba—. Él sabe cómo trabajo y apoya mi proceder.

Marca la cancha de entrada, sopesó Álvarez, que arrojó una línea para sondear las aguas y el pique.

—Su Señoría estará satisfecho con los avances del sumario.

—Mucho.

Blanco le tendió el porongo, que agradeció con una cabezada leve. Sorbió ansioso por entrar en calor y matar el hambre, pero se topó con dos afrentas: lo había cebado con agua hirviente y no le había avisado. Le ardieron la lengua y el orgullo, pero nada dijo. No le daría la

satisfacción de una queja o un gesto, siquiera.

—El juez pregunta cuándo irá a visitarlo —dijo Blanco.

—Mi idea es presentarme cuando complete la investigación, quizá mañana.

Blanco le cebó otro mate antes de ceder a la curiosidad.

—¿Y a qué conclusiones llegó, si se puede saber?

—Rojas, obviamente.

—¿Vio? Tanto quilombo en La Plata y al final resulta que habíamos hecho bien nuestro trabajo.

Álvarez evitó las trampas. Esperó antes de sorber la bombilla y calló frente a la bravuconada.

—Ya lo dijo Martín Fierro, ¿recuerda? —redobló Blanco, cerrando los párpados—. «Que el hombre no debe creer en lágrimas de mujer, ni en la renquera del perro».

Al reabrirlos, vio que Álvarez negaba con la cabeza.

—¿Qué?

—Vizcacha.

—¿Cómo dice?

—Que no lo dijo Fierro; fue el Viejo Vizcacha.

—Lo mismo.

—No, no lo es —dijo Álvarez, que había apoyado el porongo sobre el escritorio, la lengua rasposa por la quemazón—. Fierro y Vizcacha no son lo mismo, como usted y yo tampoco lo somos. Usted casi manda al garete toda la investigación y metió en gayola a un inocente con métodos inaceptables, en abierta infracción a nuestro Reglamento General; a mí me mandaron a remediarlo.

Blanco recuperó el porongo como si la semblanteada no fuera para él. Cebó otro mate, que sorbió moroso hasta el ronquido.

—No se ponga así, inspector —dijo al fin—. El juez le explicará mañana cómo son las cosas acá, a pesar de lo que reclamen los platenses. Parecen porteños, con pretensiones y todo.

Tres golpes rápidos sobre la puerta incordiaron a Blanco.

—¿Qué pasa?

—Soy Rassio, señor.

—¡Espere ahí!

—¡Adelante!

Álvarez disfrutó del rostro de Blanco, los cachetes colorados ante el desafío doble del superior que lo desautorizaba y del subalterno que

desobedecía una orden directa.

—Rassio, le dije que espere afuera.

—Y yo le dije que entre. ¿Tiene algo para mí, Rassio?

—Sí, jefe.

Blanco osciló entre la incredulidad y la furia al ver que el vigilante le entregaba un sobre al inspector, sin atisbo de una duda.

—Yo soy su superior, Rassio, no lo olvide —lo conminó, y se prometió que le haría pagar la ofensa, arduo y parejo—. Retírese.

Pero el vigilante no se movió. Permaneció en posición de firmes, el pecho inflado, la frente altiva, un paso por detrás de la silla de Álvarez, que extrajo un telegrama del sobre.

—Estupendo —dijo tras leerlo; estiró el brazo y se lo entregó a Blanco, que comprobó que el mensaje provenía de La Plata. Contenía apenas tres palabras de Nunes: «Sí a todo».

Álvarez se puso de pie y saboreó el mate que el comisario había desatendido sobre la mesa. El agua tenía ahora la temperatura justa, aunque la afrenta del hervor había quemado la yerba, maldito fuera.

—Le explico el mensaje, Blanco —ofreció—. Hace un rato le mandé un telegrama al jefe con tres consultas. La primera, si él podía contactar al juez para justificar mi silencio de estos días; la segunda, si daba su visto bueno para que me lleve algunas evidencias a La Plata así Vucetich termina de analizarlas allá. Como para estar seguros, ¿vio? Así somos los de La Plata —dijo, en un torno cargado de sorna —, con nuestras pretensiones y todo.

Apoyó el mate sobre el escritorio y le hizo una seña a Rassio, que lo miraba expectante. Era hora de marcharse.

—¿Y la tercera?

—La tercera, Blanco, es que ignoro cómo lo supo, pero Nunes ya estaba al tanto de su cuestionable proceder y de las irregularidades que aparecen en el sumario, así que me limité a pedirle autorización para limpiar el enchastre y ya vio la respuesta: «Sí a todo».

Álvarez caminó hacia la puerta, que Rassio abrió para él, pero se detuvo en el umbral.

—Una cosa más —dijo, volviéndose hacia el comisario—. «Muchas cosas pierde el hombre, que a veces las vuelve a hallar» —recitó—. «Pero les debo enseñar, y es güeno que lo recuerden: si la vergüenza se pierde, jamás se la vuelve a encontrar». Eso sí lo dijo Martín Fierro.

Blanco no se movió cuando se retiró Álvarez. Pero llegó a escuchar la orden que emitió desde las entrañas de la comisaría.

—Ahora sí que usted se embromó, Rassio; Blanco lo hará orinar sangre… ¡Liberen a Velázquez! ¡Ahora!

29

El silencio de los grillos lo había anticipado. Amanecía en Berisso. El violeta profundo de la noche comenzaba a ceder ante los primeros destellos de rojo. De un momento a otro, algún gallo cantaría domingo.

—¿Se volvió entonces para La Plata?

—No, hombre, claro que no.

—Pero ¿las huellas sobra la madera eran las de Rojas?

—Eso supuse, pero Vucetich terminó de confirmarlo.

—¿Y entonces? —insistió el muchacho, urgido por la historia, pero más por el cadáver que arrastraba consigo.

Álvarez lo miró de un modo que Valentín no supo distinguir si denotaba sorpresa o fastidio ante la novatada.

—Había que rematar la faena.

30

El inspector apreció el plato con la certeza de que entre ellos dos había algo personal. O, para ser exactos, entre Genoveva y su fuerza de voluntad. No cabía otra explicación. Junto a la taza de café, le había dejado un canto a la vida. O una tentación del infierno, según cómo se viera. No encontró forma mejor de definir la torta con que lo desafiaba en el desayuno, tras sus derrotas previas con la tarta y el budín.

Chocolate, dulce de leche, merengue… Giró el plato para analizarlo. Era una obra de arte que, comprobó admirado, cedía ante la más ligera acometida del tenedor. Pero hasta ahí llegó. Sin llevárselo a la boca, apoyó el tenedor sobre el plato, que alejó al extremo opuesto de la mesa.

«No debo», reafirmó. El médico lo tenía cortito, aunque no tanto como Elaia. Ansiaba la hora de volver a ella.

Apuró el café, ceñido a la agenda. No tenía margen de error si quería subirse a la galera de la Unión Vascongada que partía al mediodía desde Quequén y que pasaría por El Moro, Las Toscas, Mar del Sur y Miramar hasta depositarlo en Mar del Plata día y medio después. Desde allí sumaría otras once horas en el Ferrocarril del Sur hasta llegar a Constitución, a las 7:15, para continuar minutos después hacia La Plata, donde lo esperaban con una sonrisa. Acaso viajara solo.

—Vamos a eso.

Acudió primero al Juzgado, donde comprobó que el jefe Nunes había desplegado sus dotes diplomáticas… y quién sabe si apelado a Dardo Rocha y Ángel Murga, hermanos en la masonería. Antonio Herrero lo recibió de inmediato, le ofreció otra taza de café en su despacho y cruzaron impresiones sobre las noticias nacionales. El gobierno había levantado el estado de sitio tras el cónclave del Colegio Electoral: Luis Sáenz Peña asumiría como Presidente el 12 de octubre.

Después sí, Herrero le pidió precisiones sobre la pesquisa,

convalidó que se llevara el cuchillo y los trozos de madera para que Vucetich los analizara, y le informó que se había presentado a declarar un comerciante de la zona. Un tal Mauricio Berma.

—No parecía muy convencido de testificar, pero insistió en que tenía que hacerlo —dijo el juez, que lo sondeó con una sonrisa—. ¿Usted tuvo algo que ver?

Álvarez hizo como el tero.

—Su Señoría, en cuanto al comisario Blanco, es mi deber…

Herrero lo detuvo en la orilla, la mano en alto.

—Usted haga lo que considere pertinente, pero acá es otro baile; hago lo que puedo con lo que tengo.

Diez minutos después, Álvarez encaró la segunda tarea en el patio contiguo a los calabozos.

—Señora, quiero que sepa que pronto la trasladarán a la Cárcel de Dolores —dijo—, allá le asignarán un abogado defensor.

Rojas exudaba olor a sudor y a encierro. Alguien, y Álvarez pensó en La Moneda, le había cambiado el vendaje del cuello por otro más pequeño. Le quedaría una cicatriz corta, pero estridente, aunque sería lo de menos en los años por venir, como las marcas de viruela en el rostro. Años arduos en los que, estaba seguro, se preguntaría si no era preferible afrontar la pena capital antes que el martirio perpetuo del presidio.

Álvarez no supo qué más decirle. La imagen del cordero degollado que colgaba del techo del rancho pasó por su cabeza, fugaz. Sopesó preguntarle si se arrepentía, si tenía pesadillas con sus hijos, si rezaba por ellos o por ella, si quería ver a un sacerdote o a su marido, si quería escribirle unas pocas líneas, si necesitaba algo. Pensó también consultarle por qué no había arrojado el cuchillo y el paño al pozo de agua, y tratar de comprender mejor el crimen de ayer para impedir los de mañana, aunque los criminales rara vez reflexionan sobre sus actos. Y frente a ella sintió que todo era vacuo. Solo una pregunta le pareció procedente.

—¿Hay algo que quiera decirme?

El escupitajo aterrizó entre ambos.

—Que Dios se apiade de su alma —murmuró cuando Rojas entraba en las sombras, con el aire ausente de quien ya ha entrado a medias en el mundo de los muertos. La cárcel, que es apenas una representación exagerada del mundo, se encargaría de ella.

Ya en la calle, extrajo la libreta, tachó tres líneas —juez, Berma,

Rojas—, envió el último telegrama al jefe Nunes, tachó otra línea, cerró la cuenta del hotel y pidió que le llevaran el baúl hasta el lugar desde donde partiría la galera, y tachó dos líneas más; preguntó por Rassio, pero no había aparecido por allí, y se despidió de Torre y Genoveva, que parecía ofendida con él y sola se lo confirmó.

—Estoy preparando un ámbar de castañas y manzanas, y una crema de caramelo —dijo, como al pasar—. Lamento que no le guste lo dulce.

Sobre el mediodía, encaró hacia el Almacén y Ferretería Euskalduna, antepenúltima tarea de la lista. El dato que le habían dado en el Laurak Bat resultó certero.

—Busco a don Tomás.

—Soy yo —replicó una boina con un hombre debajo que lo evaluó en la esquina de 62 y 63.

Álvarez jugó a todo o nada.

—*Urrutitik etorri naiz zuk zeuk gordetzen duzun jainkoen likore horretaz gozatzera*.

Bilbao sonrió, intrigado, del otro lado del mostrador. La pronunciación del forastero era espantosa, pero se había dado a entender.

—¿Así que viene de lejos a disfrutar del licor de los dioses que guardo para mí?

Ni una gota vasca corría por las venas del inspector —al menos que él supiera—, pero Elaia lo había llevado a aprender lo esencial del Euskera y a enamorarse de su cultura casi tanto como de ella.

—*Edari bat erosten didazu ala ez*?

La boina asintió.

—Usted debe ser ese inspector del que todos hablan en el pueblo, ¿no? Con gusto le invitaré una copita de buen patxarán.

La copita derivó en otra, esa otra en croquetas de jamón y de ahí saltaron a una botella de tinto y pimientos al ajillo revueltos con huevos, hasta que el inspector debió plantar bandera.

—¡Que se me va la galera, don Tomás! —imploró, cuando la boina le pedía a su mujer, vestida a la usanza de Donostia, que lanzara unas setas al fuego con aceite, ajo y sal, para luego añadirles jamón.

El vasco cedió a regañadientes.

—*Necocheara etortzen zarenean*, inspector, *aldez aurretik jakinarazi eta bazkari on batekin hartuko zaitut*.

—Tiene mi palabra, don Tomás. Le avisaré con tiempo si vuelvo,

pero no será necesaria una comilona —replicó—. Con una botella de patxarán y unos tigres, estaremos sobrados.

Pensar en ese platillo a base de mejillones, pimientos, harina, picante, huevo y aceite de oliva bien caliente aligeró la despedida. Cruzó la calle Ancha, pasó junto al hotel Liverpool de José Abásolo, sede transitoria de la Unión Cívica, y detectó los símbolos masónicos dispuestos junto al nido de un hornero sobre el frente del almacén de Ulpiano Santurtún.

Evaluó curiosear, pero primó la sensatez. Todavía tenía que transmitirle un ultimátum al cura Cardinali: si intentaba acercarse otra vez a Rojas para exorcizarla, él volvería para cortarle la lengua. Después sí, caminó otro tramo hasta la Plaza de Mataderos y de ahí hasta el paso Cardiel, donde dependió de una balsa montada sobre bordalesas para cruzar el Quequén, junto al muelle de Pedro Luro.

Llegó justo a tiempo.

A mitad del río vislumbró las velas de dos pailebotes, los pequeños barcos de madera que esperaban la irrupción del viento sur atracados más cerca de la desembocadura. Los baqueanos le indicaron que allí estaba el muelle de un tal Ezequiel Olivera. Pero él oteaba las orillas en busca de otras novedades.

«Donde lo agarre Blanco, lo pondrá a parir», lamentó. «Siempre es difícil trabajar a la sombra de un bruto».

Bajó de la balsa y, ya sin apuro, ascendió la barranca. Contó 98 pasos, que coronó con los zapatos sumidos en arenilla y una sensación: Quequén era más pequeño que Necochea, pero más febril. Notó los aprestos para levantar el hotel Balneario Victoria, que esperaba recibir a los turistas de la *high life* que llegarían hasta la estación de estilo inglés del Ferrocarril del Sud, a catorce cuadras de allí. El servicio se inauguraría a principios de agosto, a más tardar, según le había dicho el jefe de estación, don Lorenzo Revol, mientras compartían la balsa.

—Buenas tardes, jefe.

El saludo lo sorprendió sentado sobre su baúl, abocado a la última tarea del día. Escribía las primeras líneas del informe que le entregaría a Nunes, al que pensaba sumarle una carta a Vucetich. Pero los textos podían esperar; tendría tiempo durante el trayecto.

—Buenas tardes, Rassio. Temí que no aceptara mi convite de mudarse a La Plata.

—La decisión no me correspondía —replicó el otro, seguido de una media verónica que guio los ojos de Álvarez hacia una mujer con ojos

color de cielo que los observaba divertida—. Le presento a María Dolores, *Lola*.

El inspector se levantó en el acto.

—Buenas tardes, señora. Llámeme Eduardo.

El viaje les permitió conocerse. Ellos le preguntaron cómo funcionaba la Comisaría de Pesquisas; él les adelantó cómo era la ciudad soñada por Rocha y Benoit. Ellos le anunciaron que esperaban su primer hijo; él les contó sobre Elaia y la niña de sus ojos.

—Aprovecho que ahora nos tratamos, Lola, para hacerle una pregunta —tanteó—. ¿Cómo se llama su marido, que no me quiere decir?

La sonrisa antecedió a la confidencia.

—No importa cómo se llama; le dicen Morrón.

31

—¿Morrón? ¿Le dicen Morrón?

Un comentario irrelevante encarna, las más de las veces, la gota que rebasa el vaso. Valentín lo asimiló al observar que el comisario se levantaba, la frente partida por un surco malarriado.

—Después de todo lo que le conté, ¿lo único que le intriga de Necochea es que cómo le dicen a Rassio? Márchese, por favor.

La orden resultó definitiva. Valentín siguió a Álvarez por la casa, que le pareció más amable por la mañana. El sol entraba por la galería, iluminando las puertas de dos dormitorios. Uno estaba cerrado; en el otro llegó a ver la fotografía de una mujer —de pie, con una criatura en brazos—, colgada sobre la cabecera de una cama matrimonial. Las sábanas solo estaban revueltas de un lado, con un baúl de cuero añejo a un costado, sólido de apariencia.

—Tiene que admitir que Morrón no es un apodo común —deslizó en un último afán componedor—, pero ya que lo plantea, le cuento qué me intriga. ¿Redactó el informe para Nunes y la carta a Vucetich?

Junto a la puerta, Álvarez tenía en la mano un llavero singular: agrupaba tres llaves y un peón de ajedrez, pequeño y de madera. Las vivencias extremas dejan siempre una marca y, a veces, un souvenir.

—Sí, pero no los tengo —dijo—. Márchese.

Valentín permaneció junto a la entrada del dormitorio.

—¿Es este baúl, no? El que fue con usted a Necochea.

—Le dije que no tengo esos informes —reafirmó el comisario—. Los presenté en Jefatura en cuanto llegué a La Plata, junto a las evidencias y un croquis del lugar, y me marché a casa.

Valentín apuntó con el pulgar a la mujer que los observaba desde la fotografía con la niña en brazos.

—¿Es Elaia, no? ¿Dónde está?

El chiflido activó a la jauría, que se desplegó en derredor de Álvarez. La cimarrona ansió una orden que Valentín temió llegar. El comisario no era áspero, captó; estaba roto por dentro.

32

El domingo padeció la guardia. Fueron doce horas de vigilia carcelaria, ojos rojos y bostezos encadenados tras la noche con Álvarez. Ejecutó con desgano cada orden mientras su mente era un vendaval. Trazos del relato del comisario mutaban en lecciones que Valentín se preguntaba si serían aplicables al crimen de la calle 9. Preguntas que se tornaban ideas confusas. Ideas confusas que se desvirtuaban en planes indigentes. Fue extenuante.

El lunes se sintió mejor. Empezó por lo más sencillo. Diez minutos pasadas las nueve salió de La Normal Libros con una libreta y un lápiz, regalo del logroñés Martín García. La librería Universal de Manuel Azcárate quedaba más cerca del sótano, pero abría a las diez, y quería avanzar antes de reintegrarse al servicio. En la cárcel, los guardias discutían sobre el laudo con Chile por la Puna de Atacama o vaticinaban cómo serían las fiestas mayas, que prometían tablados y comparsas, calesitas y palos enjabonados, fuegos artificiales y, acaso, globos aerostáticos.

Libreta y lápiz no fue lo único que emuló del comisario.

—Cuénteme todo otra vez, Anunciación, paso por paso.

—¿Otra vez, m'hijito?

A los 76, la anciana de ojos tristes era lo más próximo a una confidente que Nina había tenido en La Plata. La diferencia de edad y la cercanía habían alimentado el vínculo, que por momentos se había asemejado al de madre e hija.

—Ya te conté todo —dijo con voz apagada. Preparaba dos tazas de café, «como le gustaban a tu madre, ¿sabés?», sin deseo de reabrir la llaga—. ¿Para qué querés volver sobre eso?

—Porque lo necesito —replicó Valentín, pendiente de los gestos que, con Anunciación de espaldas, solo podía atisbar—. Por favor.

La mujer restregó las manos en un repasador y llevó las tazas a la mesa, sin mirarlo. Arrojó dos terrones de azúcar en la suya y comenzó a revolver con una cucharita. El tilín-tilín, a lo largo de un minuto, transmitió sus dudas. Hasta que se detuvo, con un suspiro.

—Bien —dijo—, pero será la última vez.

Había pasado a ver a Nina como todas las tardes, contó. Tenía datos frescos sobre los amoríos del barrio, pavadas con las que se divertían un rato. Los había recolectado en el Mercado Modelo, el de 4 y 42, donde los chismes corrían más rápido que los pollos antes del descogote. Doña Isabel, por ejemplo, le había contado que…

—¿Qué pasó cuando llegó a la casa, Anunciación? —la encaminó.

—Lo que ya te conté, que encontré la puerta abierta.

—Cuéntemelo otra vez.

El nuevo suspiro fue cansino.

—La doble puerta estaba abierta, como siempre, porque tu madre, como sabés, solo la cerraba al caer la noche —dijo—. Pero esa tarde, cuando fui a visitarla, lo que me llamó la atención fue que la puerta cancel también estaba abierta, algo que tu madre no hacía jamás.

—¿Cuán abierta? Defíname «abierta».

—¡Abierta, m'hijo! ¡Abierta! ¡Abierta de par en par!

Valentín traducía el relato en imágenes mentales.

—¿Qué hizo entonces?

Largó el resto como en una ráfaga. Contó que dijo «hola» y recogió silencio, que atrevesó el zaguán sin escuchar un ruido, que dudó en entrar en el vestíbulo, «no fuera a ser que tu madre estuviera descansando», que volvió a decir «hola», pero más alto y nadie respondió, que entonces entró y llamó a Nina, «pero nada, m'hijito», que miró hacia el jardín, «porque tu madre pasaba horas entre sus plantas y quizá no me había oído», pero que tampoco la vio ahí, y que fue hasta la cocina, y estaba vacía.

Anunciación estrujaba la taza, ya vacía, y Valentín pensó en servirle más café. Pero lo detuvo el recuerdo de Álvarez cometiendo el error de interrumpir el relato de aquel médico, La Moneda. La dejó fluir.

—Luego volví hacia el zaguán, m'hijito, y me di cuenta que la puerta que daba a la sala estaba abierta.

—¿Y luego?

Y luego Anunciación lloró, con ese llanto silencioso que provocan los dolores profundos y los recuerdos amargos.

—La encontré ahí —dijo, escondiendo el rostro entre las manos. Porque el muchacho era el hijo de Nina, pero la angustia que volvía a sentir era de ella sola.

Valentín buscó en la alacena y le ofreció un vaso de agua, que Anunciación agradeció con un gesto mudo.

«Otra encerrona», asimiló el muchacho. Sintió que la saliva mutaba en vidrio al tragar. El o los asesinos de su madre estaban cada día más lejos y su corazón, más negro. Era hora de irse.

—Disculpame, m'hijito.

—Al contrario, Anunciación. No debí… —las palabras se le atolondraron unas con otras, sin lograr expresarlas al ritmo que las pensaba—. Es solo que sigo sin entender por qué la mataron. ¿Para robarle? ¿Robarle qué? ¿O por otra cosa?

Anunciación no lo escuchó. Las manos apoyadas sobre la mesa, avanzaba por los recodos de aquella noche aciaga.

—Al verla, me arcerqué, pero no me animé a tocarla —dijo—. Estaba claro que no había nada que hacer, pobrecita… y salí en busca de la policía.

—Y la Poli hizo lo que hizo.

—¿Cómo, m'hijito? No te entiendo.

Valentín aireó una mano, quitándole relevancia al comentario.

—Que cuando entré en casa, hace unas semanas, digo, me encontré con que la policía se había comido el estofado de mamá, en la cocina de mamá, con mamá muerta en la sala.

Anunciación asintió.

—Sí, recuerdo que al entrar sentí el aroma de lo que estaba cocinando. Tu madre tenía buena mano…

La frase agudizó el fastidio de Valentín.

—Pues los vigilantes se dieron todos los gustos, Anunciación. Comieron el estofado y después fumaron tranquilos… encontré la marquilla sobre la mesada.

Tanto alzó las cejas la mujer que Valentín se detuvo.

—No, m'hijito, no —lo contradijo—. Ahora que lo decís, recuerdo que al entrar en la cocina, vi un paquete de cigarrillos en el piso. Me sorprendió porque tu madre no fumaba. Así que me agaché como pude, a pesar de la ciática, y dejé la marquilla sobre la mesada, m'hijito. Eso no era de la policía.

33

Le tomó semanas acceder al sumario policial de la calle 9. Recurrió a un amigo de un amigo dentro de la fuerza que maniobró en las sombras hasta que logró abrir el cerrojo. Acordaron que podría verlo un viernes por la tarde, en los tribunales, cuando el juez y el secretario que estaban a cargo del expediente dieran las hurras por el fin de semana.

Empezó por las últimas páginas. Reflejaba que la pesquisa llevaba meses empantanada, si cabía calificarla de investigación: sobraban los adjetivos, escaseaban los datos. Incluía apenas un puñado de averiguaciones policiales de rutina, un croquis de la vivienda, un par de análisis dactilares negativos, tres vecinos de la calle 9 que declaraban nimiedades y el informe forense que confirmaba que a Nina la habían estrangulado, con un dato acaso relevante, acaso no: apenas por debajo de las marcas de las yemas asesinas en su cuello, el médico había detectado un corte mínimo, poco más que un raspón, que pudo causar el roce de un anillo. Poco más. El crimen iba rumbo al archivo y la impunidad.

—¿Qué no estoy viendo? —se preguntó, atento a cualquier indicio que respondiera a las lecciones de Álvarez. La forma en que se comete un homicidio, le había dicho, nos habla del criminal, de sus causas y motivaciones. De los porqués y los paraqués.

Reabrió el expediente, por el principio, demorándose en los detalles. Tomó notas. Escribió en la libreta los nombres de los tres vecinos, dónde vivían, qué dijeron. Releyó el informe forense. Detectó que habían convocado a la Comisaría de Pesquisas. No encontró el nombre de Álvarez, pero sí los de Antonio Lara y Nicolás Galdazábal, dos auxiliares que debieron reportarle sus dificultades para avanzar.

—Valentín, por favor.

El escribiente lo miró con ojos de perro asustado.

—Cinco minutos más —rogó.

Apuró las últimas hojas del expediente y volvió al croquis de la vivienda. Se obligó a copiarlo en la libreta tan exacto como pudo, con

el bosquejo de la sala, los dormitorios, el baño, la cocina y el depósito, la ubicación espacial de la casa dentro del lote, y del lote dentro de la manzana, además de un círculo amplio con otro más pequeño dentro que representaba la cresta y tronco del tilo en el jardín, unos trazos en «V» que consignaban la ubicación de algunas plantas y otros con forma de «A» o de «H» acostada, sobre el fondo del lote, que no entendió pero dibujó igual.

—¡Valentín! ¡Vamos!

Se levantó con el expediente todavía abierto en el croquis. Lo último que leyó fue el nombre del dibujante.

«Andrés García Olivares».

Lo anotó en la libreta.

34

Pensó que sería como Álvarez en Necochea.

Se ilusionó con que la investigación avanzaría con rapidez.

Se ilusionó con detectar revelaciones ocultas en los testimonios, los rastros en el piso, las marcas en el cuello de Nina.

Se ilusionó con que llegaría al culpable y que este confesaría al interrogarlo, antes del remate.

Ingenuo.

Visitó a los tres vecinos que habían declarado en el sumario policial con la esperanza de que evocaran algo más, como doña Anunciación. Pero cosechó vaguedades. O, peor, confusión. Los recuerdos tendían a difuminarse con el tiempo, hasta diluirse en contradicciones torpes.

Siguieron semanas en las que redobló el esfuerzo. Visitó a todos los vecinos de la calle 9 entre 41 y 42. Tomó café, té, mate, mate cocido y vino, aunque con el padre Haroldo Gavernet, un sacerdote más interesado en conversar sobre whiskys que pastores y ovejas, conoció la ginebra *Toro*. Lo visitó a horas poco cristianas y lo sondeó en pos de una grieta en la pared que le permitiera progresar. Fracasó.

—¿Me recuerda qué le dije la otra vez? —le pidió Nicola Ambrosis, un viejito espigado como estaca de eucalipto y pelos en las orejas que vivía frente a la casa de su madre. Se ganaba unas monedas y un catre para dormir como sereno del molino que proveía de agua al barrio. Terminaron conversando sobre libros, avances de la ciencia y el club Gimnasia, las tres pasiones del octogenario.

Decidió peinar la calle 8. Golpeó puertas y preguntó aquí y allá sobre la noche funesta. En la casa que calculó que lindaba con los fondos de su madre, entre el Hospital de Niños y un pasillo largo, lidió con un cincuentón en camiseta. Lo recibió en el jardín delantero, oloroso a frituras, y lo despachó con una frase: «Vuelva cuando esté mi mujer».

—¿Su nombre?

—Celia.

—El suyo, digo.

La réplica fue un portazo.

Prosiguió con el pasillo contiguo, donde un matrimonio joven ocupaba el departamento que daba a la calle. Ella le explicó que acababan de casarse y de mudarse. En poco podía ayudarle, se disculpó, más que informarle con una sonrisa que la viejita que vivía al fondo estaba «sorda como una tapia» y que no sabía si el departamento intermedio estaba ocupado, aunque en las cuatro semanas que llevaban allí, no había visto a nadie entrar, ni salir, de eso estaba «segura».

Terminó sin ánimo para encontrarse con sus amigos. Habían acordado reunirse en el Café del Cú Cú, junto al pasaje que levantaba el español Basilio Rodrigo en la calle 50 entre 4 y 5. Querían probar el trago de moda, Lady of the Lake. Combinaba Curaçao, marrasquino, champagne, soda, mucho hielo y una cucharada de crema, festejar a las niñas bonitas y disfrutar de los tangos de Ernesto Ponzio y Rosendo Mendizábal, como *Don Juan* o *El Entrerriano*. Faltó.

Apenas tuvo fuerzas para cumplir con sus guardias los días que siguieron. La rutina carcelaria tampoco le deparó un respiro. Cruzarse cada tarde con Francisca Rojas le recordó la eficacia de Álvarez y su propia ineptitud. La rea, enferma y ensimismada, era un remedo de la mujer que alguna vez debió ser.

Hubo días, sin embargo, en que la desazón trocó en bronca y la bronca en nuevos bríos. Buscó al meritorio de la fuerza que había trazado el croquis, solo para toparse con otro paredón. García Olivares había renunciado, le informaron. Se había marchado a estudiar; no sabían dónde. Había prometido volver a La Plata, algún día, para convertir los sueños en casas y edificios, como Pedro Benoit. O algo así.

Empezó otra vez. Y otra. Y otra más. Revisó todas sus notas, releyó el libro de tapas azules de Vucetich, contactó al médico forense que acudió a la calle 9, que se negó a recibirlo. Se habituó a leer las noticias policiales de los diarios en busca de patrones delictivos o indicios, como le había sugerido Álvarez. Y retornó a la casa de su madre en busca de un rastro, una huella, un error. Falló también.

Evaluó pedirle al comisario que lo acompañara a recorrer la casa de la calle 9. Pero se contuvo. Álvarez reportaría cualquier hallazgo a sus colaboradores de la Comisaría de Pesquisas para apresar a los responsables; él tenía planes más lapidarios para el o los asesinos.

Decidió continuar solo, un trecho más.

Creyó encontrar un resquicio al preguntarse, por enésima vez, qué no estaba viendo. Se obligó a completar un inventario de todos los objetos que había en la casa. Le tomó tres días y un revoltijo emocional revisar cada habitación. Palpar otra vez la ropa de su madre, colgada en el armario como si ella estuviera por volver del mercado, lo trastocó. Pero detectó un faltante: el jarrón que su padre le había regalado.

Pensó que el jarrón lo había secuestrado el juez y que estaba en tribunales. Descubrió que no. Acaso fuera eso lo que se había llevado el ladrón. O los ladrones. O algún policía. Porque tampoco podía descartarlo. Como tampoco supo cómo debía encarar el desafío que se abrió ante él: ¿Cómo buscar un objeto robado hacía dos años y vendido en el mercado negro o, peor, fundido a lingote de plata?

Obligándose a ser preciso, el jarrón de plata no era el único faltante. El gato también le resultó inhallable. ¿Dónde estaría? ¿Se lo habría llevado el ladrón? ¿O el bicho se había hartado de encontrar la casa cerrada y el plato vacío, y rumbeó hacia otros techos? ¿Estaría vivo, siquiera?

La erupción llegó una tarde de domingo de junio, en el sótano de la diagonal 77. Frustrado, amasó todos los papeles de la investigación que había desplegado sobre la mesa y los estrelló contra la pared. Se marchó sin levantarlos y deambuló sin rumbo, las manos en los bolsillos, la cabeza hundida entre los hombros, hasta que, sin saber por qué, se detuvo en la fonda *Del Progreso*. en la calle 49 entre 9 y 10. Comió sin ganas y bebió hasta romperse. Pasó la noche entre la cama y la letrina.

La mañana del lunes sintió que una horda de cosacos zapateaba sobre su cabeza. Evaluó faltar a la guardia, pero lo disuadió la reprimenda que le zamparía el sargento Valverde cuando volvieran a encontrarse. Se enjuagó la cara, se vistió con el uniforme arrugado y caminó sobre los papeles. Al volver, decidió, los quemaría en la terraza.

Dos horas después, vigilaba a Rojas y otras reas, que gastaban sus días y sus noches enrejadas por crímenes diversos. De homicidio o fuga del hogar marital a adulterio o infanticidio. No importaba si el muerto las había violado, si habían escapado de un marido golpeador o eran madres solteras con patrones que desconocían a sus vástagos. Delito es delito, decían, aunque un rasgo le resultaba evidente a

Valentín: todas eran pobres o inmigrantes, ninguna de buena familia o doble apellido. Pensaba en eso mientras veía a Francisca cuando Valverde lo convocó a los gritos. Acudió al portón principal, preguntándose con qué le saldría esta vez. Usted le falta el respeto al uniforme, lo había rigoreado al llegar, antes de comunicarle que asentaría un apercibimiento en su foja de servicios.

Valentín jamás imaginó la escena con que se topó.

—¿Cómo anda, joven? ¿Vengo en mal momento?

Era para un cuadro. Vucetich, anteojos en una mano, sombrero de James Smart sobre el muslo de la pierna que cruzaba sobre la otra, degustaba un té con el director de la cárcel, y dos guardias le hacían de coro griego con Valverde. Festejaban las chanzas y asentían o negaban en silencio según el devenir de la conversación.

—Aquí le decía a mi amigo el director que necesito robarle unos minutos de su tiempo —anunció la leyenda, que disfrutaba del desconcierto que azuzaba con cada palabra—. ¿Puede ahora o prefiere que pase más tarde?

Lo que siguió fue mejor. Cohibido por el sketch inesperado, Valentín sonó imperativo, aunque lo consumía el pánico.

—Puedo —dijo—, pero mejor a solas.

Vucetich recogió el guante, divertido.

—Ya escucharon a mi colaborador —celebró—. Mi estimado director, ¿será tan amable de cederme su despacho durante unos minutos?

«Colaborador», absorbió Valentín, mientras observaba el maremoto causado por la leyenda. En segundos, director, guardias y Valverde se esfumaron del despacho.

Vucetich verificó que la puerta estuviera cerrada antes de espabilar al muchacho, que lo miraba atónito.

—¿Qué pasa con usted?

—¿Conmigo?

—Hace meses que no aparece por mi oficina.

—No quería molestarlo.

—Más intriga su ausencia. Le repito, ¿qué pasa con usted? Se fue en busca de Álvarez y no volvió más —le reprochó.

Valentín percibió que la leyenda lo examinaba, desde el pelo hasta los zapatos, como si lo sometiera al sistema «bertillonage». Sopesaba sus gestos, su vestimenta, su semblante.

—¿Usted se miró al espejo, últimamente? —lanzó, al fin—.

¿Cuándo fue la última vez que se bañó o comió algo decente?

La respuesta más adecuada, barruntó Valentín, era el silencio. Fijó la vista en sus zapatos, que, en efecto, debía lustrar con urgencia.

—Le estoy hablando —insistió Vucetich—. Álvarez vino a verme, furioso. Echaba más humo que una locomotora. Me reprochó que usted fue a pedirle que le contara sobre el doble crimen de Necochea, que se negó a marcharse cuando se lo pidió, que le exigió que le entregara copias del informe que envió a la jefatura y de la carta que me escribió, y que incluso le faltó el respeto a su esposa. ¡En su casa! ¿Usted está loco?

Valentín creyó desmayar.

—Yo no…

—No terminé —lo cruzó la leyenda—. Anduvo después haciendo preguntas, leyendo a escondidas el expediente judicial, como si nadie fuera a enterarse, e interrogando vecinos como si fuera policía, pero ¿sabe qué? Usted no lo es —dijo, y reforzó la carga con el índice en el pecho de Valentín—. Usted es solo un guardiacárcel.

Algo en el tono de Vucetich lo desconcertó. ¿Qué necesidad tenía de presentarse en la calle 14 cuando podría haberlo mandado a llamar o, incluso, abandonarlo a su suerte para que los tiburones lo desmembraran? Incluso más, ¿qué necesidad tenía de representar semejante pantomima ante el director, Valverde y los demás, definiéndolo como su «colaborador»?

Jugó a pleno.

—¿En algún momento va a decirme a qué vino, Juan?

Y saltó la banca.

La leyenda estalló en una carcajada.

—Quería reafirmar, una vez más, si usted tiene una inteligencia superior y no me defraudó —replicó, mientras le entregaba unos folios que había extraído de un maletín—. Yo no se los di.

Bastó con que Valentín leyera las primeras líneas para comprender el tesoro que tenía entre manos.

—Una cosa más, joven —dijo Vucetich, la mano sobre el picaporte —. Sea más sigiloso.

35

Escuchó a Vucetich, del otro lado de la puerta, despidiéndose del director. Restaban segundos para que alguien entrara en el despacho. Guardó los folios en el bolsillo interno del abrigo y tomó la iniciativa. Salió, saludó parco a la leyenda, se cuadró ante el director, y apuró el paso, de regreso a su puesto.

—Ey, Hierro —lo recibió Valverde, inquieto—, después tendrá que contarme de qué va todo esto.

Valentín sonrió, dejando que las suposiciones hablaran por él. Cumplió con sus tareas, ansioso por que llegara la hora para leer los folios sin testigos, en el sótano de la diagonal 77.

Empezó por el informe, mientras alguien tocaba, por encima suyo, un bandoneón; casi con certeza el «Bocha» Corona, el vecino del segundo piso que solía recalar en el balcón que daba a la esquina. Tenía un talento para navegar sobre los acordes que a él le era ajeno.

Leyó el encabezado y la fecha del informe. Si el relato de Álvarez durante aquella noche en Berisso había sido certero, entonces lo había presentado el mismo día en que había vuelto de Necochea; como mucho, 24 horas después.

Parte del Inspector del crimen, La Plata, julio 12 de 1892.

Al Señor Jefe de Policía D. Guillermo J. Nunes:
Ampliando los datos que tuve ocasión de suministrar a V. S. en la conferencia que por telégrafo tuvimos desde Necochea, a propósito del crimen perpetrado en el cuartel tercero de ese partido en la persona de los menores Ponciano y Felisa Caraballo, de seis y cuatro años respectivamente, hecho que llegó a conocimiento de esta Jefatura como cometido por Ramón Velázquez, vecino de la casa donde se produjo aquel, a quien se acusaba no solo de ser el autor de la muerte de dichos menores, sino también de haber intentado hacer lo mismo con la madre de ellos, doña Francisca Rojas de Caraballo, llevo a conocimiento de V. S. el resultado de las averiguaciones que he

practicado y que vienen a evidenciar los hechos tal cual como han sucedido.
Mi intervención en este asunto, motivada por el segundo telegrama del Señor Comisario de Necochea, que juntamente con aquel en que daba cuenta del hecho, se adjunta, tenía por objeto aclarar los puntos que aparecían dudosos por lo contradictorio de dichos telegramas, así es que sin intervenir directamente en la instrucción del sumario, sino que indagando lo sucedido y oyendo al acusado y demás personas que por cualquier causa hubiesen tenido que ver con el hecho, limité mi procedimiento una vez obtenida la constatación de los hechos, a ordenar la inmediata liberación del acusado Ramón Velázquez, que resultó completamente inocente y por consiguiente víctima de una acusación calumniosa, hija solo del deseo de hacerle daño, manifiesta por la misma declaración de la mujer Francisca Rojas de Caraballo, convicta y confesa hoy de ser la única autora del hecho, por el cual acusaba y fue preso aquel.
En consecuencia, paso a relatar a V. S. los hechos como resultan haberse desarrollado y todas las circunstancias conducentes a tener como verídica la última declaración de la mujer de Caraballo, única autora, como digo, del doble asesinato.
El crimen llevado a cabo en la tarde del día 29 del pasado, tuvo por teatro la misma casa habitación de la familia Caraballo, en la cual a esa hora solo se encontraba la esposa de este, Francisca Rojas, y sus dos hijos. Fue cometido en el interior de la pieza cuya puerta y ventana fue cerrada por dentro, aquella trancándola con una pala, y esta con pasadores, siendo encontradas las víctimas degolladas sobre la cama de la madre y esta al parecer moribunda, presentando una no muy profunda herida en el cuello, por la cual se veía que había perdido muchísima sangre. Su aparente estado de postración fue causa de que no se la examinara con mayor detención y después de prestarle algunos auxilios, evitando siempre que hiciera movimiento alguno, se obtuvo su primera declaración, acusando a su compadre Ramón Velázquez, cuya casa queda a cuatro cuadras más o menos de la suya, de que era quien había muerto degollando a sus dos hijos y que había intentado hacer lo mismo con ella, después de haberla malamente maltratado

con una pala. La mencionada Francisca daba como única causa para el hecho el haberse negado ella a entregarle sus hijos que Velázquez, por encargo de su marido Ponciano Caraballo, venía a quitarle. Con esta declaración se procedió sin pérdida de tiempo a la aprehensión de Velázquez, que se hallaba trabajando en el establecimiento del señor Molina, sito en este mismo cuartel.
Aun cuando aquel negara desde un principio otro conocimiento de lo ocurrido que el que tuvo, cuando a pedido de Caraballo, fue acompañándolo hasta su rancho, cuya puerta tuvo aquel que echar abajo para poder entrar, viendo entonces a la mujer y sus hijos en el estado que ya se ha mencionado, fue tenido como único autor y sometido a diversos interrogatorios, manteniéndose siempre en la misma negativa, y sin que de ellos se obtuviera otros datos que saber que esa mañana Francisca había ido a su casa y tenido un altercado con su mujer, llegando a irse a las manos, causa que dieron entonces como impulsora del hecho. Pero poco después, conducido Velázquez a presencia de los cadáveres de Ponciano y Felisa, continuó su negativa, e hizo reflexiones a su acusadora y reproches que al parecer la sacaron del verdadero o fingido letargo en que se encontraba e incorporándose en la cama repitió su acusación, pero en una forma contradictoria a la que antes había dicho; empleando palabras ofensivas contra Velásquez, demostrando la cólera de que se hallaba poseída.

El médico que la había reconocido y que diagnosticó el caso perdido, manifestando que el estado de postración en que se hallaba era consecuencia de los golpes que había recibido por la espalda, con la pala, pudo recién examinarla detenidamente, adquiriendo el convencimiento de que tales golpes no existían y que lo que entonces había observado como un fenómeno (la normalidad del pulso, en Francisca, era la natural) pues nada tenía que pudiera alterarla, salvo la pequeña incisión que en el cuello presentaba y esta en extremo desprovista de gravedad.
En perfecto estado normal fue conducida a Necochea la mujer mencionada y el acusado Velázquez continuando uno y otro sosteniendo sus primeras declaraciones y recién después de varios días se obtuvo la confesión de Francisca, de que su

acusación carecía de fundamentos y que la única autora del hecho era ella, que ofuscada porque su marido la había echado de su lado y le iba a quitar sus hijos había resuelto matarlos, quitándose también ella la vida, pues prefería ver muertos a sus hijos y morir, antes que aquellos fueran a poder de otras personas.

Leer esas líneas empujó a Valentín a un precipicio de preguntas. ¿Cómo podía una madre siquiera desear la muerte de sus hijos? Podía comprender que una madre peleara por su vida contra un hijo adulto y desbocado, pero ¿degollar a dos criaturas? Le costaba aceptarlo, aun si los hijos no fueran deseados. ¿O se equivocaba, ignorante de otras vivencias y realidades? ¿Podía una parturienta, por ejemplo, rechazar a un hijo concebido tras una violación al punto de asesinarlo? Quizá, pero no era el caso. Ponciano y Felisa no eran lactantes: tenían 6 y 4 años, incluso 5 y 3 según alguna partida. Rojas podría haberlos abandonado, largándose con su amante. O huir con ellos, si Ponciano era violento. ¿O pensar de ese modo demostraba que no era más que un muchacho sin calle al que su madre había mimado y sobreprotegido?

Retomó el informe de Álvarez, que exponía que Rojas había confesado bajo la presión y la tortura psicológica del comisario Blanco.

«Esta declaración que podía suponerse desprovista de verdad y arrancada a la detenida más que otra cosa, está perfectamente de acuerdo con lo que desde un principio resultaba a la simple vista y que a no dudarlo no se tuvo en cuenta, creyendo posible y verídico el hecho en la forma en que los denunciaba entonces la hoy convicta y confesa autora única del crimen, pues hay infinidad de detalles que no debieron pasar inapercibidos y que tenidos en cuenta hubieran evitado el error que se ha podido notar en el procedimiento observado.

Ante todo tenemos que la pieza donde se cometió el hecho pudo constatarse que se hallaba cerrada por dentro y que para sujetar o trancar la puerta, se había hecho uso de una pala de puntear, la que había dejado señales en el piso y en la puerta a la altura en que descansaba el mango, como asimismo que dicha pala se hallaba hecha un arco, en la parte de fierro, lo

que aún cuando se decía producido por los golpes aplicados con ella, no era posible aceptarlo como verosímil, pues cualquier golpe que la torciera, no digo así, sino mucho menos, sería más que suficiente para producir una muerte instantánea. Luego el arma de que decía Francisca se había servido Velázquez para consumar el hecho, era un cuchillo de propiedad de ella, y esta circunstancia debía haber llamado la atención, pues no es dable creer que a un hombre de campo llegue a faltarle su cuchillo en la cintura y en tal caso habría que buscar el porqué hizo uso de otro y a ese respecto nada había que lo justificase. Sobre todo, el hecho producido en la forma que aparecía no resultaba imputable a un hombre que ya sea por cuestiones de familia o por las causas que daba Francisca, lo comete, pues en tal caso, sería en ella y no en sus hijos en quien se efectuaría la venganza y en el caso actual resultaba lo contrario, pues era ella quien menos había sufrido, puesto que la herida que presentaba no era suficiente para que se la dejara muerta. Un crimen tan salvaje debería tener una causa y esa causa no existía para Velázquez, cuyas relaciones con los esposos Caraballo, si no completamente cordiales en lo que respecta a Francisca, no eran hostiles.

He creído, Señor Jefe, que debía entrar en estas consideraciones para demostrar no solo cómo aparecía realizado el hecho sino también las razones en que me fundo para juzgar verídica la última declaración de Francisca Rojas y conceptuarla por consiguiente única autora de un hecho sin precedentes en nuestros días, cometido a no dudarlo en un estado anormal de sus facultades, producido por sus propios malos procederes y ante la actitud de su marido que, sabedor de que le había sido adúltera, con más su propia confesión, se proponía quitarle los hijos y dejarla en libertad de que hiciera lo que mejor le pareciese; pues es de advertir que el encono que Francisca tenía hacia la familia de Velázquez era motivado porque con o sin fundamento, sospechada que fueron ellos quienes habían puesto a su marido sobre aviso o héchole saber que mantenía relaciones con otro sujeto, como asimismo que eran quienes lo aconsejaban que la abandonase. Su propia declaración así lo establece y a ello atribuye el disgusto que con la mujer de Velázquez tuvo esa mañana antes del crimen en ausencia de

Ramón Velázquez.
Todas las declaraciones que figuran en el sumario instruido por la policía de Necochea, y todas las circunstancias que rodean el hecho y que he hecho notar, conducen a constatar de una manera evidente, como digo, la inculpabilidad de Velázquez y a establecer con precisión que la verdadera autora ha obrado bajo la influencia de una fuerza superior a su voluntad, no llegando a la completa consumación de lo que se proponía, ya fuera porque vino entonces la reflexión o porque sus fuerzas flaquearon al llevar a la práctica consigo misma lo que con toda impunidad había realizado momentos antes con sus dos hijos. Otra de las circunstancias que debía haberse tenido en cuenta y que sin embargo en el primer momento ha pasado inapercibida es el sitio donde fue ocultada el arma. Esta se hallaba oculta entre las pajas del techo del rancho, frente a la cabecera de la cama de Francisca a la altura de la primera tijera, y segundo, empleado cañas, de manera que para ser colocada allí tenía forzosamente que haberse subido a la cama, quien le colocaba en ese sitio y no es posible sospechar lo hiciera quien, ajeno a la casa, cometiera el hecho, pues desde que después de consumado salió, tenía el pozo y muchos otros sitios donde ocultarla. Por otra parte, las manchas de sangre que se notaban en la ventana del interior y en la puerta correspondían a una mano chica y no a la del acusado. Un trapo hallado a inmediaciones del pozo con señales evidentes de haberse limpiado en él las manos y oculto en unas matas de pasto, se ha constatado fue en el que se secó las manos Francisca, después de haber degollado a sus hijos, saliendo por la ventana que da al sud y yendo a lavárselas en la cocina, antes de efectuar lo cual teniendo como tenía las manos cubiertas de sangre, que dejó en la ventana las huellas que, no tenidas en cuenta, prueban lo que he manifestado.

Valentín levantó la vista, atenazado por otra duda: ¿Por qué Álvarez no mencionaba a Rassio ante el jefe Nunes? ¿Por mezquindad? ¿O era el estilo que adoptaba en sus informes, motivo por el que tampoco aludía por sus nombres a la esposa de Velázquez, Cándida Roldán, ni al médico Francisco La Moneda, al comerciante Mauricio Berma o al amante de Rojas, José Castellanos? Y una

pregunta subsiguiente, continuó:

> Múltiples circunstancias más podría hacer notar a V. S., pero a la simple vista del sumario, que no dudo llegará pronto a su poder, podrá apreciarla, pues son consecuencia lógica de las mismas declaraciones que en él figuran.
> A fin de que puedan practicarse las diligencias conducentes a la aplicación o conocimiento de lo que pueda importar el estudio de las impresiones digitales, he traído dos pedazos de madera donde se notan señales de los dedos y en una tarjeta las impresiones de Ramón Velázquez y la mujer Francisca Rojas.
> He traído asimismo el cuchillo de que se sirvió esta, de acuerdo con lo ordenado por V. S., la devolución del cual espera el señor Comisario de Necochea, para ponerlo como es de práctica a disposición del señor Juez juntamente con el sumario y la detenida.
> Creyendo como ya he dicho evidenciado el crimen y la forma en que se había llevado a cabo he tenido en cuenta las instrucciones recibidas de V. S., para no tomar otra intervención que la que he mencionado dejando en consecuencia que el sumario se termine, para que el Señor Comisario que lo instruye ponga a disposición del Juez competente a la autora del crimen.
> No creo deber silenciar las irregularidades que se han cometido con motivo de este hecho, para con los detenidos o más bien dicho para arribar a su completo esclarecimiento, pues he podido observar que el señor Comisario de Necochea, olvidando por completo las prohibiciones que establece nuestro Reglamento, y todo buen sentido, ha incurrido en la grave falta de aplicar castigos morales a la autora del crimen, para obtener su declaración, llegando hasta establecer una capilla ardiente, donde colocados los cadáveres de sus dos hijos fue llevada a deshoras de la noche: único medio que creyó adoptable para conseguir lo que se proponía, sin tener en cuenta que, aparte de faltar abiertamente a su deber, tenía mil otros medios de que valerse que le hubieran dado el mismo resultado y mucho más en un hecho como este cuyas huellas no dejaban duda acerca de quien fuera su autor o más bien dicho constituían pruebas abrumadoras que hubieran establecido la verdad, aun ante la

negativa de la sospechada.
Este mal procedimiento que pudo haber sido de fatales consecuencias, ha sido una imprudencia que, como digo, pudo ser fatal, pero que debido al estado de imbecilidad, por decirlo así, en que se encontraba la mujer Francisca Rojas, no hizo efecto en su ánimo, pues miró aquello y lo conceptuó aun como la cosa más natural. Su declaración ha sido lo que lógicamente debía esperar sin apelar a medios tan reprobados, imposibilidad de continuar negando ante las pruebas de inocencia que presentaba su acusado y los continuos interrogatorios a que se le sometía, único proceder correcto a que estaba autorizado el Comisario sumariante.
Acompaño a V. S. el recibo de la oficina de depósito por el cual consta quedan en ella los pedazos de madera a que me he referido y un croquis del lugar del hecho con las referencias oportunas.
Creo así dejar cumplida la misión que me fue encomendada, pues aun cuando existe una grave falta por parte del señor Comisario Blanco, ha sido antes del dominio de V. S., que del mío, y he procedido en consecuencia desaprobando ese proceder, castigo que ignoro si lo juzga suficiente.
En consecuencia V. S. resolverá como corresponde.
Dios guarde a V. S.

El informe cerraba con la firma «Eduardo M. Álvarez», y Valentín se preguntó por qué se había negado a entregarle una copia. ¿Por un deber de lealtad y secreto que debía guardar, aunque habían transcurrido siete años y Nunes ya no era el jefe de Policía? ¿Por pudor? ¿Se avergonzaba de algo que había hecho en Necochea o escrito u omitido en su informe? ¿Acaso porque había aludido a un estado de «imbecilidad» de Rojas o porque no había desplazado a Blanco?

Dejó el informe a un costado. Volvería a leerlo, muchas veces, para extraer conclusiones y enseñanzas, pero antes quería encarar la carta que Álvarez había enviado a Vucetich al retornar de Necochea.

Estimado Juan:
Ha llegado el momento de darte la razón [leyó, y sonrió al recordar que, con esa frase, Vucetich le había destrabado el

acceso a Álvarez, empujándolo a recuerdos de aquella noche en Berisso que lo obligaron a empezar otra vez].
Ha llegado el momento de darte la razón [releyó] en aquello que como novedad me explicabas y que con tanto empeño tomó nuestro Jefe Nunes. Me refiero a las impresiones digitales que ahora, en el caso del crimen de Necochea, han servido como auxiliar poderoso para demostrar, de una manera evidente, quién era la verdadera autora de un crimen salvaje por el que se había preso a un vecino honrado a quien acusó en primer momento.
Cumplidos los deseos de nuestro Jefe, manifiestos en el siguiente telegrama: «Oficial urgente: Haga todo lo posible aun cuando no lo juzgue necesario, por obtener los rastros de las impresiones digitales dejadas por el criminal y traiga las muestras. —G. J. Nunes», te dejo dos tarjetas que contienen las del acusado como autor cuando recién intervino la policía y las de aquellas que después resultó única victimaria, así como dos trozos de madera que he quitado a la puerta de la habitación donde se llevó a cabo el hecho, en los que encontrarás señales inequívocas que corresponden a la mano de la mujer Francisca Rojas.
Para que te des cuenta exacta de lo enorme del hecho y puedas comprobar que aquello (lo de las impresiones digitales) fue un auxiliar poderoso para su esclarecimiento, y sobre todo para que hagas tu estudio dándole la importancia que en sí tiene este asunto, te adjunto copia del parte que he pasado a la Jefatura; pues, como sabes, el sumario lo instruía el comisario local y este obtuvo a última hora la declaración de esa desgraciada mujer, valiéndose de medios inaceptables, que he reprobado y condeno enérgicamente, y mi intervención fue motivada por lo contradictorio de los datos suministrados a la superioridad. Confesado el crimen por esos medios, siempre quedaba la duda para el que, con el fin de corregir faltas de procedimiento y para comprobar bien los hechos, intervenía varios días después, y ahí tienes el porqué de esta reseña hecha a quien, preocupándose de asuntos tan importantes para nuestra Repartición, nos proporciona esos medios de comprobación que, dada la base sólida en que parecen reposar, han de llegar a prestarnos servicios indiscutibles.

Que esto te sirva de base y de aliento para continuar difundiendo ese sistema de identificación. Son mis deseos, y para que te des cuenta de cuánto aprecio la indicación de no descuidar las impresiones digitales y la importancia que tienen en este caso, te declaro bajo la fe de mi palabra, que si no fuera porque he obtenido la constatación de que las huellas dejadas en la puerta y las impresiones de la mujer Francisca Rojas correspondían las unas a las otras, a pesar de su confesión, me hubiera quedado siempre la duda respecto a su culpabilidad; pues el hecho en sí la presenta como un ser excepcional; pero ahora si fuera juez y a la detenida, por su crimen, hubiera de aplicársele la pena capital, firmaría sin titubear la sentencia y sin que el pulso se me alterara.
Adelante, pues, y que, como digo, este ejemplo o este caso sea la base de lo que puedes hacer.
Tuyo affmo.

Apoyó la copia de la carta sobre el informe con mil pensamientos girando en su cabeza. El primero, que tenía que sacarle punta al lápiz. El segundo, que la carta reflejaba, desde el tuteo mismo con que Álvarez se había dirigido a Vucetich, que eran más cercanos de lo que imaginaba. El tercero, que necesitaría varias hojas para desmenuzar los textos y listar los pasos a replicar en su investigación sobre el crimen de la calle 9. El cuarto y más urgente, que debía cenar, rápido. Sentía, por primera vez en mucho tiempo, el hambre de un lobo.

36

Pasaron las semanas y cumplió años sin respuestas, ni plan. Se presentó en el cementerio a primera hora, con un ramo de crisantemos blancos. Había soñado con ofrendarle al asesino. Pero casi dos años y medio después de aquella noche inapelable, solo acumulaba vergüenza y desazón.

—Lo siento, mamá.

Observó las doce rosas que reposaban sobre la tumba. Solo podían tener una explicación: su padrastro. Tenía tiempo para honrar a su madre muerta, aunque la había hecho sufrir en vida, desapareciendo durante meses, al punto que alguna vez lo habían dado por muerto, aunque un mal día reapareció como si nada y ella le abrió las puertas, feliz.

Arrojó las rosas a la losa contigua y colocó los crisantemos bajo la cruz de Nina. Flaubert escribió que hay días en que uno está tan triste que querría estar más triste aún. Para Valentín, ese era uno de esos días.

Al salir por el pórtico dórico, resolvió caminar. Le ayudaba a pensar. El cielo estaba cargado de nubarrones, aunque el frío cedía a los primeros devaneos de la primavera y no tenía apuro. Había trocado el franco con otro guardia, deseoso por quedar bien con el que todos señalaban como el amigo de Vucetich. Era una exageración, aunque se frecuentaban dos o tres veces al mes, y ese día tocaba.

Le tomó casi una hora llegar a la casa de la leyenda a través de los arrabales platenses, por el puente de madera que cruzaba el arroyo Regimiento en el cruce de las avenidas 25 y 66. Le permitió comprobar, una vez más, que «la ciudad de las ranas» no terminaba de recuperarse tras la gran crisis de 1890 y la revolución de 1893. Crecía el pasto entre los adoquines de las calles, abundaban los carteles de alquiler y venta en residencias privadas, mujeres se ofrecían al mejor postor en la Plaza de la Legislatura, y algunos de los edificios públicos aparecían descuidados o a medio terminar, sin siquiera ventanas, expuestos al deterioro del tiempo y del clima.

—Está en la librería, con Florentino —lo recibió Felisa—. Ya lo sabe: cuando no está en el Departamento de Policía o en casa, está con Ameghino y con Korn.

Valentín se agachó para recibir un beso con mocos de María Teresa. Con el paso de las semanas y de las visitas, la niña había dejado atrás su timidez. A veces le sonreía; a veces le pedía que la alzara en brazos. Y en esta ocasión le regaló el diente de león que tenía en sus manos.

—Es hermosa, gracias —dijo, acariciándole una mejilla.

Con la flor en el ojal, volvió sobre sus pasos por la avenida 60. En la esquina de calle 11, Ameghino había montado la «Librería Rivadavia» junto a su esposa Leontina y un hermano. El local se había ganado una reputación a fuerza de combinar fósiles de sus expediciones paleontológicas con libros como *Los Hermanos Karamazov*, *Huckleberry Finn*, *Así habló Zaratustra* o *Estudio en escarlata*.

Reconoció la voz de Vucetich al entrar. Conversaba en italiano con el anfitrión y otro hombre de rostro limpio y papada sustancial. Discutían sobre los símbolos masónicos en *La flauta mágica*, la ópera que Wolfang Amadeus Mozart había estrenado dos meses antes de morir.

—*Ti prego*, Florentino, *è molto più che Massoneria! È una metafora dello sforzo della luce per sconfiggere le tenebre che dominano la vecchia Europa!*

Vucetich se detuvo ante el gesto con la barbilla de Ameghino en dirección al recién llegado.

—Ah, ¡hoy es su cumpleaños! —anunció la leyenda, mientras guardaba sus anteojos en un estuche de cuero fino—. ¡Felicidades!

El momento resultó embarazoso para ambos. Vucetich amagó con darle un abrazo, dudó y terminó por extenderle una mano en el momento en que Valentín, revertida su sorpresa inicial, había abierto los brazos y acercado a la leyenda, solo para detenerse a destiempo.

—Anduvo por casa.

Vucetich señaló la flor de Valentín y otra idéntica en su abrigo.

—La niña lo adora, sépalo. ¿De dónde viene? ¿Trabaja hoy? ¿Se queda a almorzar? —Vucetich no le daba margen para responder—. Florentino, me llevo este —añadió y levantó un libro por encima del hombro para que lo viera el anfitrión. En la tapa, Valentín llegó a leer el nombre de Francis Bacon.

—Luego, luego —lo despidió Ameghino cuando la leyenda se

acercó a pagar.

Saludaron al hombre de la papada —«le presento al doctor Korn, mi maestro de metafísica y otras ramas del saber», dijo a Valentín—, y salieron a la avenida. Caminaron cómodos en el silencio que Vucetich terminó por romper.

—No se lo diga a nadie, pero estos dos son masones —dijo y Valentín interpretó que aludía a Korn y Ameghino—, y no le voy a negar que la hermandad me cae simpática, aunque más me identifico con las ideas y las vivencias de Bacon, ¿sabe?

Álvarez, recordó el cumpleañero, le había mencionado ese apellido en algún momento de aquella trasnochada en Berisso, pero no logró precisar cómo, ni por qué.

—El buen Bacon vivió en el siglo XIII y no la pasó bien —añadió Vucetich—. Ahora es considerado uno de los precursores del método científico, pero en su tiempo fue resistido, cuando no despreciado, porque sostuvo que solo podíamos aprender de la naturaleza apoyándonos en experimentos precisos.

¿El comisario se lo había mencionado a Rassio?, dudó Valentín. ¿Le había hablado de «Béicon», como recordaba que lo había pronunciado, a aquel colaborador con nariz de loro? Y ahora que había recordado a Rassio, ¿podría aportarle ese vigilante algo valioso? Sin duda sobre el doble crimen de Necochea, sopesó, pero ¿esa información lo ayudaría a resolver el asesinato de su madre o conllevaría otra pérdida de tiempo?

—Claro que su forma de acercarse al conocimiento del mundo real levantó sospechas en su tiempo, al punto que lo acusaron de brujería y lo encarcelaron —siguió Vucetich, que lo sujetaba por encima del codo—. El buen Bacon había escrito un tratado maravilloso, *Opus Maius*, en que combinó lógica, matemática, física, filosofía y gramática. Y no se lo perdonaron. Claro que no.

No, Álvarez no le había hablado a Rassio sobre «Béicon», pero la nariz de loro había sido testigo, estaba casi seguro. ¿Había sido a Velázquez?

—La verdad, a veces me siento como él. Me siento un incomprendido solo porque también yo intento aplicar la lógica de la razón a los problemas que afrontamos. ¡El método para sistematizar las huellas dactilares no es más que eso! ¿Me comprende? ¡Un método! ¡Del mismo modo que el documento de identidad puede

encarnar la cifra matemática de cada individuo!

No, tampoco era a Velázquez, se corrigió. El comisario le había hablado de «Béicon» a Rojas, estaba casi seguro, antes de inducirla a plasmar sus huellas dactilares en una ficha.

—¿Me está escuchando, Valentín?

Vucetich lo buscó con la mirada. Se habían detenido en la vereda de su casa, y el muchacho se sintió en falta, sin saber qué responder. Reaccionó por instinto, saliendo del laberinto por arriba.

—Sí, lo escuché. Pero ¿a qué viene todo esto sobre Bacon?

La leyenda esbozó una sonrisa. Lo había pescado en falta, pero lo dejó pasar.

—Viene a cuento de Agustín Drago. ¿Sabe quién es? ¿No? Un médico porteño al que enviaron a visitar los cuerpos policiales de Europa. En París conoció a Bertillon, aprendió de él, volvió a Buenos Aires y en 1889 creó una Oficina de Antropometría para aplicar el «bertillonage» —rememoró—. Lo visité por entonces en su despacho y la cosa anduvo bien entre nosotros mientras yo no saqué los pies del plato. Pero cuando aparecí con esto de la dactiloscopia… puede imaginarse lo que pasó.

Valentín lo alentó a continuar.

—Puso en duda mi trabajo, acusándome de plagio —recordó, y su voz traslució que el embate había resultado aciago—. Pero como seguí adelante, lo tornó personal. Él, médico e hijo de un célebre higiniesta, bien educado, bien vestido y tan apegado a sí mismo y a su origen, me enrostró que me faltaba formación académica. «Usted es un triste meritorio», llegó a decirme, o algo así.

—Un cretino.

—Puede, pero poderoso. Su hermano, Luis María, había prologado un libro de Cesare Lombroso, *I criminali nato*, y en 1890 asumió como Fiscal de Estado, acá en la provincia.

—¿Y sufrió represalias?

—La pasé mal. En 1893 cerraron nuestra oficina, aunque no por Drago, estrictamente —el dedo en alto de Vucetich acentuó la admonición—. Fueron meses muy duros, hasta que la superioridad ordenó reabrirla. Y acá estamos —palmeó dos veces la tapa del libro antes de continuar, con una sonrisa triste—. Por eso, le confieso que a veces me siento un poco Bacon.

La leyenda orientó la nariz hacia la entrada de su casa.

—¿Huele? Están cocinando sopa de calabaza. Venga, quédese a

almorzar. Vienen los amigos Manuel Eliçabe y Herrero de la Colina, pasaremos un grato momento juntos. Le dará una alegría a la niña.

Valentín meneó la cabeza, sin saber por qué. No tenía planes hasta la noche, cuando celebraría con amigos en el *Café I Promessi Sposi*, de 2 y 48. Le resultaba arduo ponerlo en palabras, pero tras más de dos años y medio de vida casi monacal, la soledad se había convertido en su compañera más confortable.

—Le agradezco, Juan, pero tengo cosas que hacer.

Dudó Vucetich en decirle lo que pensaba.

—¿Qué? Dígame.

—No podemos vivir en el pasado, Valentín. ¿Cuánto tiempo más seguirá atado a lo que pasó con su madre? Usted es joven, cumple años, tiene salud… dése una oportunidad para sonreír.

Vucetich dedujo que el silencio del muchacho lo habilitaba a continuar y apoyó las palmas sobre sus hombros.

—Yo no tenía 26 cuando me fui de casa, en el 84. Y llevo quince años sin ver a mis padres, a mis hermanos, a mi hogar y a mi isla. Pienso en ellos a diario, no lo dude. Pero no dejo que la nostalgia me carcoma. No permita que el pasado le consuma el presente, Valentín.

La respuesta sonó como el hielo.

—Su madre vive, Juan; a la mía la mataron.

37

Siguieron tiempos en los que pasó mucho, pero no ocurrió nada.

Valentín continuó con las guardias.

Rojas entró y salió del hospital San Juan de Dios de La Plata, sin curarse de la afección crónica que arrastraba desde la Cárcel de Dolores.

Comenzaron las obras para levantar el monumento a la confraternidad ítalo-argentina en la plaza de 7 y 44, contigua al Ministerio de Hacienda y la sede de la logia Stretta Uguaglianza.

Vucetich le dio forma al «dactilónomo», un instrumento con que el podía analizar gráficamente todas las combinaciones dactilares posibles en base a los cuatro tipos fundamentales.

La temperatura subió. Un día resultaba agradable; la humedad y los mosquitos avasallaban al siguiente.

Doña Anunciación irrumpió una mañana en el sótano de la diagonal 77. Le dijo que venía a visitar a Estelita, una amiga que vivía en el primer piso. Lo notaba muy delgado, añadió, y le pidió que pasara por su casa. Le prometió que le cocinaría una gallina a la cacerola, «con ajíes, cebollas, arroz, papas y ajo, como le gustaba a tu madre». Le respondió que iría algún día. No fue.

Una banda musical alegró las tardes en la Plaza de la Legislatura, junto al gran kiosco de la Casa Philip en el que muchachos con trajes de domingo compraban refrescos y helados para las señoritas.

Un martes, Álvarez se apareció por el pórtico de la cárcel. Pasaba por ahí, dijo, a la hora cálida de la siesta. Preguntó si podía ver a Rojas, convaleciente tras otra internación. Le dijeron que sí, pero se marchó. No explicó por qué quería verla, ni por qué no la vio.

Los muchachos empezaron a congresarse en la cancha del club *Friends*, sobre la avenida 1, junto a la entrada al Bosque, para jugar a eso que los ingleses llamaban *football*.

Y llegó el día de todos los muertos.

Valentín respetó la rutina de cada mes. Cementerio, ramo de crisantemos, arrojar las rosas de su padrastro a la tumba contigua,

rezar un poco, disculparse más, marcharse entre oscilaciones que iban de la resignación a la culpa.

Al salir, trotó hasta la esquina y alcanzó el tranvía tirado por caballos que anunciaba su paso con un cornetín. Sentado junto a una ventana, trató de vaciar la mente. Se limitó a observar el campo abierto de la diagonal 74, la curva por 54 hacia la Plaza Principal, frente al predio donde la Catedral demoraba en levantarse, y el avance hasta la avenida 7.

Valentín vio a mujeres y hombres pasar. Se preguntó si uno de ellos sería el asesino de su madre. ¿Seguiría en la ciudad? ¿Iría a misa? ¿Viviría en aquel solar o en ese conventillo de entre los muchos que proliferaban al ritmo del trabajo escaso y la hambruna abundante? ¿Habría concidido con él en algún café? A lo mejor, pensó, se habían cruzado por la calle y hasta mirado a los ojos.

Bajó al llegar a la Plaza de la Legislatura.

El reloj de la estación 19 de Noviembre marcaba las 10:17. Unos críos revisaban la basura del Café y Restaurante Mainini, en busca de comida. Caminó hasta La Protectora, silbando «La flauta de Bartolo», sin plegarse al ritmo de los oficinistas que apuraban el paso, encorvados como si contaran baldosas, mientras algunas mujeres acudían al Mercado de 8 y 50, donde un organillero les daba la bienvenida con una zarzuelita, a sus pies un sombrero afanoso de monedas.

No tenía claro por qué seguía yendo a la mutual de los empleados públicos. No le atraían los baños turcos, ni la pelota paleta. Tampoco se había inscripto por interés propio en la gimnasia para caballeros, sino por insistencia de sus amigos. Ellos abandonaron a la tercera clase; él no.

Se cambió en el vestuario, cruzó el gran palier y el reloj de pared marcó que faltaban 9 minutos. No conocía a los otros alumnos, que conversaban en grupos. Reían, enfrascados en un tuteo que reflejaba el grado de amistad entre ellos y su ajenidad.

Bajo el reloj vio un par de sillones junto a una mesita ratona sobre las que se acumulaban algunos diarios y números viejos de *Caras y Caretas*, la revista dirigida por Fray Mocho. Descartó *El Autonomista*, también *La Libertad* y *El Día*, y manoteó *El Tribuno*, solo porque llevaba un año en la calle y nunca lo había ojeado.

Los titulares lo aburrieron. Repetían lo usual: que si el presidente Julio Roca prometía esto, que si el gobernador Bernardo de Irigoyen

planteaba lo otro, que el caso Dreyfus ahondaba las divisiones en Francia, que si la señorita tal cantará en el Politeama o si los niños celebrarán una fiesta en… comenzó a pasar las páginas, atento a las publicidades. Entre una de Fernet Branca y otra de un aserradero, el aviso de la «Cervecería Nacional» incluía a una mujer con un bebé en brazos y una estrofa: «La que tiene que criar, debe esta cerveza usar, pues nutre de tal manera, que hasta se le puede dar, al niño en la mamadera».

Al tornar la página, el nombre saltó sobre él.

«García Olivares - Arquitecto».

Había vuelto.

Mucho después, Valentín habría de recordar ese instante como una bisagra vital que lo definió para siempre. Pero en ese momento dudó. Evaluó dar vuelta la página. ¿Quería sumergirse otra vez en los laberintos de la obsesión que por momentos comenzaba a dejar atrás?

Dudaba cuando se abrieron las puertas del salón. Un gimnasta convocó a todos a entrar, y al descubrir a Valentín, hundido en uno de los sillones, lo llamó por su nombre, sonriéndole desde la certeza de su bigote grande y su camiseta chica de franjas verdes y blancas, sin comprender, tal vez, que los muertos nunca abandonan a los vivos.

Diez minutos después, Valentín salió de La Protectora, con la hoja de *El Tribuno* en la mano, presto para la búsqueda.

38

Era valenciano, pero le decían el Negro de Hernández. No indagó por qué. Solía moverse por las afueras de la ciudad, lo datearon. Por donde Jorge Bell había levantado la Estancia Grande, y Luis Cerrano gestionaba hornos de ladrillos.

Valentín lo encontró, tras varios intentos, una mañana de sábado. Rodilla en tierra, le explicaba las tareas del día a un grupo de jornaleros que lo escuchaban junto a un montículo de ladrillos y una suerte de rejilla soldada con barrotes finos.

—¿García Olivares?

—A su servicio.

Valentín necesitó unas pocas frases para explicarle por qué estaba allí, pero la conversación trancó sin provecho. Recordaba aquel crimen, replicó García Olivares. Solían convocarlo para que trazara los croquis de algún robo de morada, mayormente de noche, lo que conllevaba una paga extra, y de tanto en tanto entraba en contacto con ladrones, prostitutas, escruchantes y proxenetas. Pero aquel fue su primer y último homicidio, rememoró. Le habían ordenado presentarse en la casa de calle 9, de madrugada. Se había abocado a lo suyo, trazado el croquis y adiós, al caso y al trabajo. No era la suyo, decidió frente al cuerpo de aquella mujer. Sentía mucho no serle de gran ayuda.

—Venga, al menos se irá con algo en el estómago —cerró.

Valentín declinó el convite. Toparse con otro sendero muerto lo había desanimado, pero el otro no se inmutó. Avivó el fuego que había encendido un peón, esparció las brasas y apoyó la rejilla sobre cuatro pilotes de ladrillos. Esperó que tomara calor, saló unas carnes largas y finas, e hizo maravillas.

—Algunos la llaman entraña; los mataderos la descartan por inservible —le explicó a Valentín, de rodillas junto a las brasas—. Se la arrojan a los perros cuando no se la venden por monedas a los esclavos o a los trabajadores, que para algunos es lo mismo. Pero ya

verá.

Tenía razón.

Repitió dos veces, como los jornaleros. Y no comió más porque no hubo más.

—Menos mal que no quería —celebró el Negro de Hernández, que adobó la sobremesa con una risa refrescante.

A la sombra de un eucalipto, Valentín le preguntó qué construía en medio del campo, y el otro le habló de hogar, de luz, de plantas, de espacios, de familia, en un todo integrado que era mucho más que una pared acá y otra allá.

—Sí, sí, pero cómo sería —insistió.

García Olivares alisó el suelo con una mano y con el índice trazó un plano en el polvo que a Valentín le pareció un sueño, distinto a todo lo visto en la capital bonaerense. Superponerlo al plano de la casa de su madre, pensó, era como comparar un cisne con un armadillo.

—Viendo esto y aquel croquis de la calle 9, García Olivares, solo hay una cosa que no entiendo —dijo—, ¿por qué dibujó una suerte de «A» o de «H» acostada en el jardín de mi madre?

La cara lo previno.

—Eso no era una «A», ni una «H».

39

—No puede ser —maldijo—, no tiene lógica.

Su madre le dedicaba horas al jardín. Hacía un culto de ese espacio tan suyo. Pasaba tardes enteras entre las plantas, manipulando tijeras, regadera, abono, cordeles, pala, pico y rastrillo que al final de la jornada limpiaba con esmero antes de reubicar cada herramienta en el depósito.

—No tiene lógica —repitió, demasiado absorto para percatarse que parafraseaba a Álvarez. La escalera yacía a sus pies.

Atrás había dejado la ristra de insultos contra sí mismo. Por inepto, por vago, por displicente. ¿Por qué no había aplicada cada paso del método en las anteriores revisiones, tal y como se lo había explicado el comisario? Había vuelto a la casa, trazado un croquis del interior, revisado cada esquina de cada habitación, pero había omitido el jardín, que solo había oteado desde la ventana. Esos deslices, en apariencia nimios, frutos de la desidia o la estupidez, aprendió del peor modo, podían boicotear una investigación.

Imbécil, se lapidó.

Al volver de su encuentro con García Olivares, Valentín debió presentarse en la cárcel para cumplir con la guardia sabatina. Pero con la primera luz lechosa del domingo, salió hacia la calle 9. Entró en la casa como una tromba, atravesó la galería y rumbeó hacia el cuartito que hacía de depósito.

Contigua a la cocina, solo podía accederse a ese cuartito saliendo al jardín por la galería o por la puerta de la cocina que daba a los fondos. Estaba abierto, pero tuvo la sensación de que cada objeto del depósito estaba en su lugar. El polvo y las telarañas lo confirmaban.

—Salvo la escalera —remarcó en voz alta.

Observó el croquis de García Olivares que había replicado en su libreta, pero se contuvo. Aunque hubiera llegado dos años tarde y fuera inútil, resolvió honrar al comisario. Bocetó el jardín que tenía ante sí, con el tilo sobre el fondo, la maleza desbordante, las medianeras de ladrillo, de tres metros de altura, y la galería de la casa,

con cada una de sus aberturas, fueran puertas o ventanas.

Fue y volvió por la galería, envuelto en el perfume de los jazmines en flor. Evaluó cuál sería el camino más corto hasta el lugar donde aparecía dibujada la escalera y avanzó entre la maleza. Era tan alta que se había doblado y trenzado, dificultando el avance. En otra circunstancia hubiera levantado cada pie por encima de la rodilla para reducir la resistencia, pero hizo lo opuesto. Arrastró los pies, atento a lo que pudiera patear. Y la pateó con el pie izquierdo. Allí donde García Olivares la había delineado.

Oculta por el pasto, le había resultado imposible de detectar desde la ventana de la cocina. Lo que le sobraba de tenaz, asimiló, le faltaba de meticuloso. Y, bajo el sol de noviembre, retornó a la lluvia de insultos.

40

«Mamá jamás dejaría una escalera a la intemperie», pensó al sosegarse. La certeza lo llevó a observar la medianera más próxima. Su padrastro había ordenado levantarla tras restablecer el vínculo con su madre en 1893. Ella se había resistido. Sostuvo que le quitaría luz al jardín y sol a las plantas; pero él replicó que lo dejaría más tranquilo. Y se hizo como él quiso, como siempre, incluso en casa ajena. Un puñado de jornaleros de la *Unione e Fratellanza* la levantó durante un fin de semana.

Intentó evaluar la situación como Álvarez lo haría. La primera hipótesis era que uno o más ladrones habían ingresado a la casa por los fondos y entrado a la casa por la cocina. Allí los había descubierto su madre, que en un intento por escapar había corrido hacia el frente, sin llegar a la vereda porque los agresores la habían asesinado en la sala. Pero, de ser así, ¿por qué la puerta cancel que daba a la calle estaba abierta? ¿Quizá porque ella había llegado a abrirla? ¿O acaso el o los asesinos se habían marchado por allí? De ser así, ¿podrían haberse escabullido por la calle 9 sin que un vecino los hubiera visto?

La hipótesis tenía otro punto débil. ¿Por qué estaba la escalera en el jardín si el o los delicuentes debieron descolgarse por la medianera hasta quedar a un metro del piso y saltar el resto? Salvo, evaluó, que uno se hubiera descolgado de un salto y buscado la escalera para facilitarle el descenso a un cómplice.

Negó con la cabeza.

Otra posibilidad, evaluó, era que uno o más ladrones se hubieran descolgado de la medianera o que su madre les hubiese franqueado la entrada, acaso porque los conocía, y que por alguna razón no pudieran volver a la calle por la puerta. ¿Vieron que un vecino estaba en la vereda? ¿Escucharon que se acercaba doña Anunciación? Si fue así, debieron encontrar la escalera en el depósito y, tras trepar la medianera, la empujaron con un pie para disimular lo ocurrido.

La tercera opción, pensó, es que estaba viendo ballenas blancas donde no había océano. Quizá Nina había dejado la escalera en medio

del jardín porque pensaba utilizarla cuando llamaron a la puerta, acudió a atender y le franqueó la entrada al asesino, que se marchó por la misma puerta, sin que nadie lo viera. En ese caso, ¿ella le había abierto porque lo conocía? La idea lo empujó a pensar en su padrastro. Lo sabía capaz de matar, y matar con saña, pero no a su madre. Ella era una de las pocas luces de su existencia. Otra opción era que alguien la hubiera asesinado para lastimarlo a él… pero le pareció rebuscado. Y de ser así, su padrastro ya hubiera desatado una tormenta de sangre por toda la ciudad.

Puesto a evaluar posiblidades, concluyó, la opción del criminal entrando y saliendo por la puerta de entrada era la más factible. Pero había indagado entre los vecinos de la calle 9 hasta el agotamiento, dejándolo en una encerrona. «Y no pierdo nada con mirar», se consoló.

Levantó la escalera, rogó que resistiera tras casi tres años al sol, el frío y las lluvias, la apoyó contra la medianera y trepó hasta sentarse a horcajadas, a tres metros de altura. El fondo de su madre lindaba con el lote de una casa cuyo frente daba a la calle 8. El de aquel hombre cincuentón que lo había despachado en camiseta, verificó, y recordó en un fogonazo que le había ladrado que volviese cuando estuviera su esposa, antes de cerrarle la puerta en la cara. Trató de recuperar su nombre de entre los pliegues de la memoria, y concibió por un momento que esa mujer podría equivaler en su pesquisa al error que Álvarez había cometido en Necochea, al demorar su visita al juez del caso.

Sandeces, desechó.

Extrajo la libreta, se secó la frente con la manga de la camisa y trazó el croquis de lo que atisbó desde las alturas: el terreno lindero limitaba hacia la izquierda con el pasillo que también había visitado y hacia la derecha con otra medianera, tan alta como la de su madre, que lo separaba de los fondos del Hospital de Niños, demasiado nombre para una construcción modesta.

Para ese lado, sin embargo, las ramas del tilo que dominaba el jardín de Nina pasaban por encima de la medianera. Si el o los asesinos hubieran intentado escapar hacia los fondos del hospital, caminando a tres metros del suelo, especuló Valentín, las ramas les habrían bloqueado la intentona. «Una barrera natural», concluyó.

Por descarte, se enfocó en el pasillo. Tendría que retomar las visitas a los vecinos de la calle 8, empezando por el matrimonio recién casado, pensó, pero esta vez los interrogaría de manera más

exhaustiva.

—Jovencito, ¿qué hace usted ahí arriba?

Valentín demoró unos segundos en encontrar quién le hablaba y desde dónde, hasta que detectó a una mujer en las sombras de la galería. La esposa del cincuentón en camiseta, comprendió.

—Buen día —dijo y señaló con un pulgar hacia atrás—. Soy el hijo de Nina.

La mujer se acercó unos pasos, con una mano a modo de visera y en la otra un abanico sin sosiego.

—Pues en ese caso bájese de ahí antes que lo baje mi marido de un escopetazo —lo intimó, antes de cabecear hacia la cocina—. Venga a verme por el frente que quiero contarle algo.

Valentín dejó la escalera apoyada contra la medianera, decidido a trepar otra vez para observar los lotes circundantes. Fantaseó con encontrar algo que le permitiera abrigar una esperanza de avanzar en la pesquisa, aunque luego cristalizara en otra ilusión vana.

«Tengo que poner la casa en venta», pensó mientras cruzaba el jardín de Nina rumbo al zaguán, y la idea lo descolocó. Era la primera vez desde que habían asesinado a su madre que esa posibilidad pasaba por su mente. Pero quizá fuera lo mejor, ahondó. Para dejar la ciénaga atrás.

Atravesó el vestíbulo, cerró la puerta cancel y al pisar la vereda lo detectó. Casi sobre el cordón, el hombre bajo sonrió al verlo, como aquella vez que se cruzaron dentro de la casa, tras el crujido del tablón de la sala. Le faltaban dos dientes y conservaba la escarapela tricolor en el ojal. Algún vecino, entendió Valentín, le hacía de campana.

El hombre se acercó, rengueando, pero bastó un gesto suyo para detenerlo. Con el índice extendido, Valentín reafirmó su decisión de evitar una reunión con aquel otro que, sabía sin necesidad de que se lo dijeran, enviaba a buscarlo. Movió la muñeca derecha de izquierda a derecha, en un mudo pero categórico rechazo.

41

—Al fin te conozco —lo recibió la mujer desde el tuteo, sin que Valentín lograra distinguir si el comentario era sincero, irónico o solo impertinente. Lo dejó pasar. En ocasiones, había aprendido de purrete, lo más expeditivo era sonreír—. Vení, pasá, pasá. Vos debés ser Valentín, ¿no? Cuánto siento lo de tu madre. Era una gran mujer. Éramos muy amigas, ¿sabías? Cada vez que nos encontrábamos por el barrio conversábamos. Siempre tan bonita y tan simpática. ¡Y tan culta! Ah, pero no me presenté, disculpame, chiquito: soy Celia.

Valentín le estrechó la mano, que sintió entre viscosa y resbaladiza. Tuvo deseos de alejarse cuanto antes, pero resistió. La casa era una caja calurosa de zapatos, de una sola planta, de material, con jardín delantero y olor a frituras, aunque la casa no era el problema; era él. Desde chico lo agobiaban los confianzudos que hablan demasiado. Terminaban por irritarlo. Y Celia era tan locuaz como avasallante.

—Mi marido está ahí atrás, pero tiene un genio… Menos mal que te bajaste de la medianera porque, como te dije, chiquito, es capaz de bajarte a escopetazos. Una vez quiso tirarle al gato de tu madre, que en paz descanse, pero lo paré justo. ¡Imaginate el escándalo que me hubiera hecho tu madre! ¡Con lo que quería a ese gato!

Valentín esbozó una mueca que debió ser sonrisa, pero que la mujer entrada en carnes interpretó de dolor, lanzándola hacia el sendero morboso.

—Sí, lo sé, pobrecito el minino. ¿Vos también lo querías mucho como tu madre? Bueno… también… después de lo de tu madre, que murió como murió, lo del gato… Pero bueno, no todos son buena gente, como tu madre o como yo, porque… ¿qué pasa?

Celia notó con disgusto que Valentín le había ordenado detenerse con una mano en alto. Ver para creer lo que era la juventud de estos tiempos. Atreverse a interrumpir a una persona mayor, a diferencia de lo que ocurría en su época, cuando…

—¿«Lo del gato»?

—Pero sí, chiquito. ¡Por eso te digo que al fin te conozco! Hace como, no sé, casi dos años, más o menos, que venimos de disgusto en disgusto con estos de acá al lado —apuntó con el abanico hacia el pasillo—, pero bueno, no todos son gente bien, te decía, y hay muchos malarriados. Ya lo decía mi madre, que en paz descanse que…

—El gato —insistió—. ¿Qué pasó con el gato?

—¡A eso iba, m'hijito! ¡Si me dejaras hablar en vez de interrumpirme ya te lo hubiera dicho! ¡Que está acá!

—¿Acá, dónde? ¿Cómo que acá?

Celia lanzó un suspiro que a Valentín le sonó a rezongo, lo tomó del antebrazo para que lo acompañara y lo guio a través del vestíbulo y del bochorno opresivo de la cocina, donde el marido leía un periódico. Levantó una mano a modo de saludo, pero el cincuentón no retribuyó el gesto: lo siguió con la mirada. Al salir al jardín, la mujer le señaló un cantero donde las plantas de albahaca escoltaban a las de tomates.

—Ahí lo tenés —dijo, y a Valentín le pareció que aludía al tomate más grande.

Está loca, concluyó él.

Es subnormal, concluyó ella.

—Chiquito —abundó Celia en un tono que el muchacho intuyó que usaría con un nieto de tres años—, quiero decir que está ahí enterrado.

42

—Si me preguntás a mí —dijo Celia sin mediar consulta—, fueron estos —y el abanico volvió a apuntar al pasillo—. Son unos maleducados que siempre hacen bochinche. A veces no se los ve durante días o semanas —dijo, y bajó la voz, acercándose a él—. ¿La verdad? Para mí que cuando desaparecen por un tiempo es porque están en un calabozo. Y encima…

Valentín no tuvo problemas esta vez para entender qué quiso decirle. El gesto de llevarse el pulgar a la boca mientras empinaba el codo le resultó elocuente.

—¿Hay alguien ahora?

—Sí, o al menos anoche había uno, porque estuvo dale que dale con la guitarra, como si viviera solo en el vecindario, aunque el otro desapareció hace un tiempo. Quizá volvió a tener problemas con la ley, pero este sigue molestando. ¿Y a quién voy a reclamarle si la policía nunca está? ¿Voy a ir yo a denunciarlo? Mi marido ya está grande y el médico le dijo…

Valentín deseó no escucharla más. Sentía que el sol de mediodía lo aplastaba contra las baldosas, que la humedad de noviembre se encargaba de empastarle la camisa, que perdía el tiempo, que la voz de la señora le martillaba el cerebro… Había cosas que soportaba mal.

—¿Qué pasó con el gato?

Sí, lamentó Celia, los jóvenes era unos maleducados.

—Apareció un día acá, en el jardín, despanzurrado.

—¿Y por que está tan segura que el gato era el de mamá?

Sí, confirmó Celia, el muchacho era de pocas luces.

—Porque lo sé todo, chiquito —dijo con una certeza que buscó iluminar el presente y el futuro del zoquete—. El gato de tu madre se metía por entre las ramas del árbol de tu casa, de ahí pasaba a la medianera —que señaló con el abanico, no fuera que el muchacho tampoco entendiera eso—, bajaba a esta otra medianera más baja y de ahí saltaba a mi jardín, donde el bonito sabía que siempre lo esperaba un platito con cositas ricas para él. Mi marido un día casi le tira con la

escopeta, ya te dije, pero le advertí que ni se le ocurriera lastimarlo, que era de tu madre y además nos espantaba las ratas. Así que el gato sabía que podía pasar por casa y seguir después con sus paseos con la panza llena, como cuando…

—¿Y por qué cree que estos —el pulgar de Valentín apuntó al pasillo— lo despanzurraron?

Dame paciencia, Señor, rogó Celia.

—¿Y quién va a ser, si no? ¿Un médico del hospital de acá al lado? ¿Te imaginás a una enfermera destripando al gato para después lanzarlo para este lado? ¿O te creés que pudo ser la viuda que vive al fondo del pasillo? Porque tampoco creo que hayan sido los jóvenes que se casaron hace cosa de unos meses y que viven al frente, ¿no? Yo no habré ido a la escuela, chiquito, pero tonta no soy, ya me lo decía mi madre, que Dios la tenga en su gloria, cuando…

Valentín la dejó dispersarse con la evocación de su madre, que le había enseñado a leer y a escribir a escondidas de su padre, que Dios lo tuviera en su gloria, mientras él observaba el jardín, el cantero donde había un gato enterrado, y la medianera lindante, de ladrillo a la vista. Hasta que Celia lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Cómo dijo, perdón?

—Que a qué te dedicás, chiquito. ¿Hacés algo bueno de tu vida?

Valentín olfateó que la vecina buscaba insumos para el cotilleo vespertino. Podría contarles a las comadres del barrio que había conversado con el hijo de Nina, la pobre vecina, asesinada al igual que su gato, que había hecho pasar al muchacho a su casa, que…

—Soy guardiacárcel.

—Ah, ¿sos policía? —se emocionó, mientras lo metía, otra vez del brazo, en la caja de zapatos—. ¡Haberlo sabido antes!

Barajó explicarle que la Cárcel de Detenidos dependía de la Suprema Corte, que su trabajo no era policial, que policías eran otros como el comisario Álvarez, pero resolvió vadear esas aguas. Demasiado calor, demasiada humedad. Deseaba escapar.

—Algo así, sí —dijo, cuando atravesaban la cocina, y reiteró el saludo con una mano al marido, sin obtener respuesta. El cincuentón, que casi podría jurar que usaba la misma camiseta de aquella vez en que cruzaron unas palabras, lo siguió con los ojos, el diario en alto, como un parapeto.

—Quizá podrías decirle algo a los vecinos, ¿no?

Valentín captó la encerrona que afrontaba. Junto a la puerta, las

llaves en una mano, Celia solo le franquearía la salida si emitía el monosílabo correcto.

43

Se equivocó, para variar. Obtuvo, apenas, una libertad vigilada. Celia le franqueó la puerta cuando accedió a decirle algo a los vecinos, pero lo acompañó para que no se perdiera, ni se escabullera, en la decena de metros que los separaba del pasillo lindante, sin jamás dejar de hablarle, manantial inagotable de palabras.

—Decile que sos el hijo de Nina, chiquito, que querés saber qué pasó con el gato, que esto no puede seguir así, que la gente de este barrio es gente respetable, que no pueden ser tan maleducados, que…

—Señora —Valentín giró hacia la mujer, con las dos palmas abiertas hacia ella—, déjeme a mí. Por favor, usted quédese acá.

—Sí, claro, m'hijito, no quiero entrometerme, al fin y al cabo sos policía, y tu madre…

—Guardiacárcel.

—Es lo mismo.

La imagen del marido en la cocina cruzó por la mente de Valentín. Se solidarizó con aquel hombre que no había abierto la boca, siquiera para saludarlo, parapetado detrás de un diario que tal vez ni leyera.

—Quédese acá.

Avanzó por el pasillo. Se alargaba treinta metros hacia el corazón de la manzana, bajo el sol pegajoso de noviembre. Se detuvo ante la primera puerta. De madera, estaba pintada del mismo blanco que las paredes. Pero no llegó a llamar.

—No, chiquito, no —dijo Celia, que comenzó a caminar hacia él—. ¡La siguiente! Esa es del patio del departamento que da a la calle, el de la parejita que…

Valentín levantó la mano. Algo en la vehemencia del gesto o en la mirada pareció funcionar. La matrona acató la orden.

Caminó otros diez metros. La siguiente puerta también era de madera, pero tenía mirilla y conservaba su color natural. Necesitaba una lijada y varias manos de barniz, urgente, para evitar que la base se pudriera, pensó Valentín. Su estado de abandono reflejaba la falta

de recursos o la apatía de los moradores.

—Quién me manda a hacer estas cosas —murmuró, antes de dar tres golpes secos sobre la puerta.

La reacción fue inmediata. Los ladridos le impidieron escuchar si había alguien dentro. Esperó a que el perro se calmara y golpeó otra vez.

Transcurrió otro minuto envuelto entre ladridos, pero nada pasó. Hasta que, cuando comenzaba a alejarse, una voz preguntó quién era.

—Buen día, soy un vecino. Me gustaría hacerle una consulta —dijo, y le supo a poco—. Sobre un gato.

El parate súbito de los ladridos lo llevó a barruntar al hombre del otro lado de la puerta, observándolo por la mirilla. Sonrió.

Surtió efecto.

—¿Qué quiere?

La puerta se entrebrió, apenas lo suficiente como para que Valentín atisbara una lonja de un hombre que lo evaluaba de arriba a abajo.

—¿Qué tal? Busco un gato que me dicen…

Los ladridos lo acallaron. Un hocico asomó por la abertura, ávido de morder. Si el cuerpo mantenía relación con la trompa, concluyó, sería mejor mantenerse lejos de la bestia.

—Le decía que mi madre tenía un gato que no aparece y…

—¿Y a mí qué?

—¿Ves que es un insolente? ¡Te lo dije!

La intromisión de Celia sorprendió a Valentín, que no la había visto, ni escuchado acercarse. Parada detrás suyo, le exigía que le preguntara al vecino qué había hecho con el gato y al vecino que se comportara como alguien decente, que en el barrio…

—Señora, por favor —la urgió—. ¿Me deja a mí?

Valentín nunca logró reconstruir con precisión lo que siguió. Solo que él se volvió hacia el hombre y descubrió que había entreabierto un poco más la puerta, lo suficiente para amenazar a la vieja-de-mierda-me-tiene-harto mientras le apuntaba con el índice que luego se pasaba por el cogote y procuraba impedir con una pierna que el perro, que en efecto era grandote, se lanzara sobre él o contra la vieja-de-mierda-la-voy-a-reventar.

Recordaría mejor, en cambio, cómo captó su atención el anillo que el vecino llevaba en el anular de la mano con que amenazaba a Celia. Dorado, tenía una piedra oscura engarzada en el centro. La imagen fugaz de esa piedra raspando el cuello de su madre, hasta cortarlo,

cruzó por su mente. Sintió un ramalazo de calor.

Recordaría, además, que intentó calmarlos, con una mano tendida hacia él y otra hacia Celia, el rostro yendo de uno a otro.

Y evocaría que el caos se desató con una bravata de Celia.

—Decile, m'hijito, que sos el hijo de Nina y que sabés que despanzurró al gato. ¡Decile que sos policía!

Del resto solo retendría estampas.

Del rostro del hombre transformándose, los ojos bien abiertos, las pupilas dilatadas, mirándola a ella y de inmediato a él, la boca torcida.

De él sintiendo un escalofrío en la espalda y lanzándose hacia la puerta que el hombre intentó cerrar, pero que bloqueaba el cogote del mastín enfurecido.

De los chillidos de Celia.

Del hombre corriendo hacia adentro y de él yendo detrás.

Del mastín apresándole una botamanga y él partiéndole en la nuca una botella que manoteó de la mesa.

Del hombre trepándose a la medianera del patio trasero, de él asiéndolo de un tobillo y del estallido de su nariz.

De ambos rodando por el patio.

De manos propias y ajenas golpeando desde el piso.

De un puntazo que sintió en el abdomen.

De un pedazo de ladrillo o baldosa que manoteó y que, casi podría jurarlo, estrelló en el rostro del hombre.

Del mastín mordiéndole el antebrazo izquierdo.

Del hombre escápandose por los techos linderos y de él lidiando con la mandíbula que lo sacudía a izquierda y derecha, desgarrándole piel, músculos y tendones.

De él hundiendo una púa o fierro en el lomo del animal, una, tres, mil veces, hasta que la mandíbula aflojó.

De la bestia inmóvil en el patio, de él mirándose el antebrazo, de él tomándose el abdomen, de él sintiendo náuseas y un regusto metálico en la boca, de él derrumbándose.

Del rostro de Celia, inclinándose hacia él.

Del zumbido que dominaba sus oídos y del mundo que se puso a dar vueltas a su alrededor.

Qué manera estúpida de morir, llegó a pensar.

44

Álvarez jamás lo había visto así. Caía la noche y Vucetich escupía órdenes, lanzaba reproches, exigía resultados, el acento foráneo marcado como nunca. Iba y venía con el puño enarbolado por la Comisaría de Pesquisas, la barba tan encrespada que parecía flamear. Y el sabueso dejó que se descargara contra él y contra toda la dependencia.

Que cómo pudo ser que Valentín se moviera tan solo.

Que dónde estaban los vigilantes de la zona.

Que cómo era posible que el muchacho llegara más lejos que Álvarez y todos las «supuestas mentes brillantes» de Pesquisas.

Que quería al agresor en un calabozo esa misma noche.

Que llamaran a todos los vecinos a declarar.

Que dieran vuelta de inmediato el departamento del sospechoso.

Que él mismo levantaría las huellas dactilares para agilizar la búsqueda, si era necesario.

Que qué pasaba con el juez y fiscal que reaccionaban tan lento.

Que todos movieran el trasero, por Dios.

A Álvarez le costó creerlo, pero sí, Vucetich había dicho «trasero».

—¿Terminaste, Juan?

De pie en medio del despacho de Álvarez, Vucetich observó al comisario como si recién se percatara de que estaba allí, sentado, cruzado de brazos, mientras él ventilaba su furia.

Álvarez le señaló un sillón contiguo al suyo. Esperó a que la leyenda se sosegara y, tras un breve titubeo, que lo mirara a los ojos, para recordarle quién mandaba en los altos de la Seccional Tercera.

—Haremos lo que debemos hacer —zanjó, y con el índice de la mano que mantenía sobre el apoyabrazos detuvo un amague de revuelta; a Vucetich le tocaba callar—. Vamos a actuar como sabemos hacerlo, Juan, ni menos, ni más. Que la desgracia de Valentín nos afecte en lo personal no debe llevarnos a cometer errores, ni a buscar atajos. Eso nos diferencia de los salvajes que pululan por ahí. ¿Estamos de acuerdo?

El comisario debió esperar. Sabía que no sería Vucetich quien boicoteara el surgimiento de otra policía, basada en el rigor de la ciencia y del método, y en oposición a quienes defendían los supuestos beneficios de la barbarie para obtener resultados que a la larga no eran tales. La leyenda creía que la Policía solo podía garantizar la seguridad en base a su capacidad intelectual, no por la brutalidad, como abogaban hombres del calibre de Blanco y como, podía avizorarlo, intentarían otros en el futuro.

Vucetich, al fin, asintió.

Entonces sí, el comisario comenzó a lanzar órdenes, una tras otra, y los sabuesos se desplegaron, en pos de la presa.

45

Primero fue la nariz pico de loro; después, el dolor. En el abdomen, en la cara, en el antebrazo. Y el olor a yodo y a desinfectante. Pero lo peor fue la desorientación, no saber dónde estaba, quién era ese hombre que se le acercaba o si era de día o de noche, antes de que se apagara todo, otra vez.

—Eh.

No supo cuánto tiempo pasó. Pero una voz lo extrajo del letargo; los ojos legañosos, la boca pastosa. Se llevó la mano izquierda a la cara y sintió el roce de un vendaje contra otro. El dolor terminó de espabilarlo. Entreabrió los párpados y se vio el antebrazo entablillado hasta el codo. Le dolió al levantarlo, como le dolió palparse la nariz bajo otras vendas.

—Hola, Valentín —insistió la voz.

Miró hacia sus pies. Vucetich lo observaba junto a la cama, con Álvarez a la izquierda y la nariz pico de loro a la derecha.

Levantó la mano sana a modo de saludo antes de observar a su alrededor. Notó que estaba en una sala amplia, con dos filas de camas, todas iguales, con una mesita y una silla adjuntas, separadas por un pasillo, que, entre quejidos y estertores, recorría un par de monjas.

—¿San Juan de Dios?

Vucetich lo confirmó con una sonrisa.

Trató de girar el cuerpo hacia la izquierda para alcanzar el vaso que estaba sobre la mesita, pero sintió una puntada a un costado del ombligo.

—Tuvo suerte —dijo la leyenda—. Apenas más profundo y no la contaba.

No contestó. Miraba la nariz que iba a la vanguardia de un hombre flaco, más bien bajo, de pelo negro e hirsuto, que lo ayudó a beber.

—Usted debe ser Morrón —dijo, el vaso junto a la boca.

La carcajada de Álvarez le confirmó el segundo acierto.

—Soy Rassio, sí —replicó la pico de loro, que movió el vaso lo

suficiente como para que el agua saltara por sobre la comisura de los labios de Valentín, bajara por sus mejillas, mojara la almohada y llegara hasta su espalda—. Uh, disculpe —añadió, con una sonrisa llana que le explicó al herido cómo había doblegado al comisario.

El chistido de una monja los ubicó en tiempo y espacio. Estaban en un hospital; otros pacientes necesitaban descansar.

—Oiga —susurró Valentín, dirigiéndose al comisario—. Discúlpeme por la impertinencia de mi pregunta sobre su mujer. No debí…

El gesto de Álvarez dio pie a Vucetich para acercarse otro paso. Le informó al muchacho que la comisaría de la zona había requerido la colaboración de la Oficina de Antropometría para buscar huellas en el departamento y cruzarlas con las que tenían fichadas.

—¿Y?

—Estamos en eso.

Le informó, también, que un sabueso de la Comisaría de Pesquisas había indagado por el barrio y se había topado con una vecina peculiar.

—Celia —precisó Valentín.

—Uf…

Vucetich debió reconocerle a la matrona, sin embargo, que entre lo mucho que le contó al sabueso sobre ella, sobre su marido, sobre su madre, sobre el atacante y el otro vecino ausente, sobre el barrio, sobre la educación, sobre los jóvenes y sobre tanto más, había aludido a Valentín y al gato en el cantero.

—Así fue como desenterramos al gato —completó Álvarez.

Las cejas alzadas de Rassio le revelaron a Valentín que el comisario solo había dado la orden y Morrón quien había lidiado con la putrefacción.

—Espero que no le moleste —continuó Vucetich—, pero cuando supe que usted había terminado en el hospital, decidimos actuar con el comisario. Como para que Pesquisas mire un poco. Sé que usted prefiere moverse solo, pero la situación ya no es la misma…

Valentín esbozó una sonrisa. O eso intentó. Sintió el rostro entumecido. Con la mano sana volvió a palparse la venda que le inmovilizaba la nariz y le bloqueaba parte de la visión. Demasiada alharaca por una nariz rota.

—¿Qué día es hoy?

Blasfemó la respuesta. El agresor le llevaba tres días de ventaja. Si

era astuto, jamás lo encontrarían.

46

—No deberíamos estar aquí.

El ceño fruncido de Álvarez le confirmó que no bromeaba. Junto a la segunda puerta del pasillo de la calle 8, negaba con la cabeza.

—Voy a entrar, comisario. Si no está de acuerdo, puede irse —dijo Valentín, envuelto en un hedor fétido que provenía del departamento y que por momentos resultaba agobiante. Redobló la apuesta—. Además, ¿qué nos van a decir? Usted integra la jefatura y yo no soy policía: soy guardiacárcel. El único que podría tener un problema es Morrón, pero tengo la impresión de que me apoya.

Rassio levantó un hombro antes de plantear una sola objeción.

—Soy Rassio, no Morrón.

Valentín tanteó la puerta. Estaba cerrada, como suponía. Por eso, lo primero que había hecho al salir del hospital, al cabo de una semana, fue presentarse ante sus superiores, que lo licenciaron por quince días. El informe médico, más los vendajes en el rostro y el antebrazo, habían resultado convincentes. Su siguiente parada había sido en el depósito de la cárcel, de donde había hurtado una barreta, y por último se había presentado en la oficina de Vucetich. Lo esperaba acompañado.

—Deje que trabaje la policía —lo conminó.

—Por supuesto.

—Le hablo en serio.

La leyenda se reclinó en la silla, los brazos cruzados sobre el pecho. Si algo distinguía al muchacho, debía reconocerlo, era la perseverancia. Pedante, obtuso en ocasiones e impertinente en otras, jamás cedía. Bastaba con verlo ese mediodía denso de mediados de noviembre. Sus gestos reflejaban que le dolía el abdomen al moverse y un vendaje le engordaba el antebrazo izquierdo. Al darle el alta, un médico le había dicho que tal vez no recuperara toda la movilidad de los dedos, que los tendones de esa mano habían quedado resentidos, que debía tomarse «las cosas con calma». Pero bastaba con mirarlo a

Valentín. Su rostro confirmaba a gritos que continuaría la cacería. Vucetich casi podía ver cómo se agolpaban las ideas y los planes en su cabeza.

—Álvarez, vaya con él, por favor —ordenó, tras dejar los anteojos sobre el escritorio y restregarse los párpados con énfasis—. Vea que no se meta en demasiados problemas.

En eso estaban, treinta minutos después. Por meterse en problemas.

—No deberíamos estar haciendo esto —insistió Álvarez, molesto con Valentín y Rassio por transgredir la ley, pero más consigo mismo por terminar metido en el baile—. Es un error.

Valentín obvió la admonición. Con la mano sana insertó la barreta en el resquicio de la puerta e hizo palanca hasta donde pudo, que fue poco. El dolor punzante junto al ombligo le recordó que tenía varios puntos de sutura todavía frescos.

—Déjeme a mí —dijo Morrón, pero no llegó a tomar la posta. El comisario lo detuvo con un brazo, con el otro apartó a Valentín, y se agachó para estudiar el picaporte.

—¿Tanto amaba a su madre? ¿Tanto lo obsesiona encontrar al asesino como para dedicarle casi tres años de su vida? —lo sondeó, sin desviar los ojos de la cerradura que procuraba seducir con una navaja.

Valentín se tomó un tiempo antes de responder.

—Más de lo que imagina —dijo—. Es eso, pero no es solo eso… Comencé por mi madre, pero ahora es difícil de explicarlo; siento que en esto me he ido convirtiendo: en un cazador.

Álvarez se volvió a observarlo. Sin la venda que le había protegido la nariz, dos hematomas oscuros a ambos lados del tabique asemejaban el rostro de Valentín al de una comadreja. La posibilidad de que el muchacho no quisiera justicia para su madre, que quisiera venganza, se abrió en él.

—Mi mujer se llamaba Elaia —replicó—. El otro día me lo preguntó en mi casa, ¿recuerda, Valentín? ¿Sabe qué significa en vasco? Golondrina. Y era maravillosa. Algún día le contaré sobre la niña hermosa que tuvimos y que nos arrebataron —añadió, y de un bolsillo sacó el peón pequeño y de madera que acompañaba sus llaves —. Pero ¿sabe una cosa más? Si volviera a nacer, volvería a ser policía.

Se lanzó de lleno contra la puerta, que cedió con un estruendo.

—Rassio, usted se pone en la entrada del pasillo y nos avisa si

viene alguien, ¿entendió? —lo conminó, antes de colocar el índice frente a la nariz rota de Valentín—. Y usted, camine detrás mío.

El sabueso viejo le impartió lo que muchos años después, convertido ya en el célebre comisario Hierro, Valentín definiría como una clase magistral de criminalística. Con croquis, análisis general, integrado y particular de un espacio, técnicas de preservación de indicios y de búsqueda y levantamiento de huellas dactilares, apego a los detalles y más. Horas a las que recurriría una y otra vez al hurgar en los crímenes más atroces. Horas disciplinadas que le abrieron otra dimensión.

—¿Qué ve ahí? —le preguntaba Álvarez a cada paso, exigiéndole que analizara este o aquel detalle que aparentaba o podía salirse de lo habitual, de lo previsible, de lo lógico, en un proceso riguroso en el que jamás cedió un ápice de intensidad mental.

Juntos y solos en el departamento del prófugo extrajeron conclusiones. Entre las primeras, que el jarrón de plata de Nina no estaba allí. Hubiera sido insólito que así fuera. De hecho, no encontraron nada que vinculara al sospechoso de manera irrefutable con su asesinato. Pero tanto o más importante fue lo que sí encontraron, además del cuerpo en descomposición del mastín que desprendía un hedor agridulce: barreta, destornilladores, ganzúa y otras herramientas propias de un escruchante, junto a algunos objetos de valor que no se condecían con la miseria que transmitía el sucucho. Y ahí podía estar la clave para desenredar la madeja alrededor de su madre. Acaso no se tratase más que de un ratero de monta ínfima, en una noche que había terminado horrible.

—Mire —dijo Valentín, sin saber si ameritaba definirlo como indicio o coincidencia. La mano vendada sobre el hombro de Álvarez, con la otra señaló hacia un recoveco oscuro del único dormitorio. Dos camastros y botellas, de pie o caídas, compartían la mugre con una guitarra, papeles viejos, una foto familiar, cabos de manzana y cuatro marquillas estrujadas de «La Popular», distinguible aún el rostro del general Mitre.

47

El final comenzó dos semanas después, el día de la Inmaculada Concepción. Valentín intuyó que algo había ocurrido cuando llamaron a la puerta del sótano y al abrir se encontró con Rassio. Un rato después, otro cónclave con Vucetich y Álvarez en el corazón del Departamento Central de Policía se lo confirmó.

El encuentro no terminó bien.

Lo habían citado, le dijeron, para comunicarle que las huellas dactilares levantadas en el departamento coincidían con las de dos fichados. Uno llevaba semanas en el presidio de Sierra Chica. Preso por otro crimen, había terminado por confesar el robo en la casa de Nina, aunque había descargado el homicidio en el prófugo que había peleado con Valentín, y que antes había pasado por la Cárcel de San Nicolás. Robos y hurtos varios.

—Lo encontraremos —dijo Vucetich, promesa que Álvarez evaporó.

—Si lo agarramos nosotros primero.

Valentín deseó que Vucetich y Rassio no se hubieran volteado hacia el comisario en busca de una aclaración que le pareció obvia. Lidiaba desde hacía años con la sombra de un hombre venerado por muchos, temido por más, que había forjado su destino lejos de su Verona natal, con la prepotencia de quien tiene sesos, cojones y poco que perder de este lado del Atlántico. Porque ahora que tenía la certeza, o casi, de quién había asesinado a su madre, podía descartar que ese hombre odioso estuviera detrás del crimen, fuera como autor o como la persona a quien querían doblegar con su muerte. Pero también se corporizó la certeza de que tenía un competidor feroz en la caza del asesino. Si su némesis lo atrapaba antes que él o que la policía, el prófugo no encontraría piedad.

Por eso, cuando la leyenda y la nariz pico de loro buscaron la aclaración, la respuesta de Álvarez le revolvió las tripas.

—Su padrastro es su padrastro.

48

Valentín salió de cacería por los bajos fondos de la ciudad. Buscó entre las casillas con piso de tierra de *La Piccola Italia* y el villorio conocido como *Calabria Chica*, pero chocó con la desconfianza o el silencio cómplice de los vecinos. No oír, no ver y no hablar, sabía bien, es regla de oro para sobrevivir en los arrabales, rehuyendo de preguntones y autoridades como de la peste negra.

Recorrió también el barrio Hipódromo en busca de un indicio. Preguntó por la zona del puerto y de la Ensenada. Y en el obrador de la Catedral, cuya estructura apenas se levantaba tres metros del piso.

Nada.

Recorrió las casas de empeño en busca del jarrón de plata y hurgó por las granjas y huertas, detrás de lo que según los papeles era la avenida 19. Observó la pobreza y el abandono que no salían en las tapas de los diarios y revistas. Familias enteras que sobrevivían en casuchas, siempre en riesgo de que el techo se les viniera abajo o el cólera barriera con ellas. Algún día, más de uno elogiaría esta época sin conocer toda la verdad, y el óleo *Sin pan y sin trabajo* le vino a la cabeza. Ernesto de la Cárcova había logrado expresar la desesperación, la impotencia, el hambre, la falta de trabajo, la precariedad, la tensión que campeaban a metros, apenas, de los salones opulentos de la aristocracia.

Acudió a los mercados. En el *Buenos Aires,* de 3 y 48, recogió respuestas insípidas. En la manzana de 8 y 50, el La Plata, ni eso. Y en el *Matatadero de Corrales* orilló la paliza. Salió con un ojo morado y la promesa de ver crecer las cebollas desde abajo si volvía a husmear por Abasto.

Pero hay cosas peores que recibir una paliza; y la apatía es una de ellas. Otra es la impunidad. Portó un revólver; prolongó la cacería.

Se sabía corriendo una carrera contra el tiempo y contra su padrastro. Podía detestarlo, reprocharle una lista densa de cuitas pendientes, pero era lento para el olvido y cumplidor para el desquite. Lo había sido en 1886, cuando vengó la muerte de su amigo Gianni

con una saña que comunicó a los habitantes de la región que amanecía un nuevo orden. Justo a su manera, y bestial e inapelable.

—Primero, la lata.

Valentín entregó la ficha, pero no bailó el tango al que le dio derecho. Tomó del brazo a Doña Lupe, la gran dama de *La Perla* y la llevó a un costado de la milonga. Sabía todo de muchos y algo de todos, le habían dicho, y jugado como estaba, le franqueó la situación.

Naufragó, para variar.

Sonaban los últimos acordes de *El Talar* cuando Doña Lupe le acarició una mejilla, más cerca de la lástima que de la seducción.

—No, nene. Antes muerta que falluta.

—No quiero que bata a nadie —terció el muchacho en la desesperada—, pero entienda también que busco al asesino de mi madre. ¿Usted no haría lo mismo?

La mujer lo miró como si viniera de otro planeta.

—Deberías dar gracias —dijo—. Al menos conociste a tu *mamma*.

Corría la hora de los besos robados y los cuchillazos sin cargo cuando Valentín salió del piringundín de 10 y 63. Llenó los pulmones de aire fresco y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió confortado. Quizá la madama tuviera cierta razón. Al menos abrigaba la certeza de que una gran mujer lo había amado y criado. Pocos podían afirmar lo mismo.

Bajo la farola de la esquina sostuvo como pudo la libreta con la mano entablillada y tachó otra línea. *La Gorda* era el siguiente piringundín de la lista, sobre la avenida 66, el barrio de los Favaloro. Al levantar la vista, sonrió por un instante. Una nube de luciérnagas danzaba a unos metros, aligerando la noche.

Solo ansiaba un dato que le permitiera tirar de la cuerda.

Frunció el ceño, otra vez, y entró en la oscuridad.

49

El cuerpo apareció en los arrabales, en la media tarde del jueves previo a la Nochebuena del Año del Señor de 1899. Flotaba en el arroyo Regimiento, en un recodo de la hondonada que se extendía por la calle 18, desde 48 a 50, degollado con una daga corta y filosa. Déjà vu.

Álvarez se había presentado en la cárcel con la imagen del difunto en el rostro.

—Vaya con el comisario —fue todo lo que dijo el director cuando lo mandó llamar a su oficina.

Y a la morgue se fue con Álvarez.

Le mostraron el cadáver. Hinchado y rígido, cumplía con precisión lo que había leído en el libro de tapas azules de Vucetich sobre la putrefacción en el agua. Más inquietante, mostraba signos grotescos de tortura. Lo habían hecho sufrir, mucho, antes del degüello.

Extraño al olor que trasuntaba la morgue, mezcla de química y muerte, Valentín se concentró en las manos. Estaban hinchadas, de un blanco ceniciento y en la izquierda todavía portaba el anillo dorado, con una piedra oscura engarzada, que volvió a movilizarlo.

—Comisario, mande a traer al médico que revisó el cuerpo de mi madre —dijo en un tono más de orden que de pedido—. Que le responda si ese anillo pudo causarle el corte en el cuello que redactó en su informe.

Sintió que un gran cansancio lo invadía, apático a los comentarios de Álvarez y Vucetich. Le dijeron que llamarían al médico, que la autopsia aportaría nuevos datos, que la investigación no se detendría allí, que interrogarían a quienes habían encontrado el cuerpo, que él descansara, que se abocara a recuperar la movilidad de la mano entablillada, que había hecho un gran trabajo, que todo el mérito era suyo, y que no era el mejor momento, pero que querían que evaluara su futuro.

—Creemos que usted sería un muy buen policía —dijo Vucetich—, y aquí Álvarez podría mover sus influencias para que lo asignen de

inmediato a la Comisaría de Pesquisas, bajo su mando.

Valentín negó con la cabeza.

—Lo poco que encontré fue cuestión de suerte —replicó—. Y ni siquiera sabemos si este hombre realmente mató a mi madre. ¿Qué tenemos? ¿Unas marquillas con el rostro de Mitre, su historial como ratero, una fuga y, con suerte, un anillo que pudo o no raspar un cuello?

—Y un gato muerto y un cómplice que confesó —añadió Álvarez.

Valentín negó otra vez con la cabeza.

—Para despegarse él… si no le sacaron esa confesión con los mismos métodos con que apretaron a Velázquez en Necochea, comisario. Solo falta que hayan apelado a la leyenda del «vasco alambrador» para que cante —dijo con sorna, y negó por tercera vez con la cabeza—. No, yo no logré nada. No todavía.

Fue Vucetich quien lo cruzó.

—Basta, Valentín. Usted mostró una virtud que escasea: fue perseverante. Pero la vida real no es como en las novelas. No hay un Sherlock Holmes dando la resolución perfecta al crimen. Se terminó. Aprenda a soltar.

La conversación se licuó. Les prometió que evaluaría la oferta laboral y se marchó. Bajó por calle 3, dejó pasar un carruaje tirado por dos alazanes negros que venían por la 48 hacia San Ponciano y continuó ensimismado en un carrusel de emociones contradictorias. De pronto, llegando a 47, sintió que todo su cuerpo se sacudía. Apoyadas las manos contra el paredón de la Escuela Normal, cedió al llanto. Lloró de alivio, porque los relojes que se habían detenido para él hacía casi tres años volvían a moverse. Lloró por Nina, que descansaría en paz, al fin. Y lloró de bronca porque otro había cazado a la presa antes que él. Sabía quién, como se sabe con certeza ciertas verdades sin comprender cómo las sabemos.

Continuó unos metros por la calle 3, pero no tomó por la diagonal 77 para guarecerse del calor en el sótano. Se obligó a caminar en el atardecer estival hasta el Teatro Princesa. El cielo se cubría de amarillos, naranjas, rojos y violetas. Restaba una charla con su padrastro. Sobre una daga corta y filosa que traía al presente aquel otro finado del arroyo Regimiento, fruto de otra venganza, encarnizada y atroz, de 1886.

—*Sono molto felice di rivederti, Valentino Ferro*.

El petiso lo recibió con la misma sonrisa y la misma escarapela

italiana en el ojal con que lo había abordado dos veces en la casa de la calle 9. Tan rengo como siempre, parecía que el tiempo no lo hubiera afectado. O casi.

—¿Me parece a mí o te abrieron otra ventana, Nano?

La sonrisa plácida se expandió, confirmándole que no eran dos, sino tres los dientes desertores. El mejor amigo, cómplice y confidente de su padrastro no desaprovechó la oportunidad.

—*Vaffanculo*.

Reían cuando escucharon la tos, proveniente del despacho contiguo. El semblante de Valentín se tensó. Años sin hablarse, rivales por el corazón de la misma mujer. No era su padre, pero había sido lo más cercano a esa figura que tuvo alguna vez. A pesar de sus modos, propios del jefe de una *famiglia*, de sus *soldati*, de sus silencios, de sus ausencias. Años en los que su némesis le había enviado emisarios y amontonado rechazos. Pero el vínculo estaba por entrar en otra dimensión, asimiló, con dos muertos, en un mismo arroyo, bajo la misma daga.

—¿Íñigo sigue con el cataplasma?

Nano le palmeó la espalda.

—*Ti sta aspettando da molti anni*.

50

Su padrastro lo aguardaba parado, delante del escritorio, incómodo consigo mismo. Dudaba entre caminar hacia él o cederle las blancas, los ojos fijos en su mano derecha. Se preguntaba si debía extender la suya, si afrontaba el riesgo de que le negara el saludo.

No sabe qué hacer, se sorprendió Valentín. Y notó que Íñigo Rocamora, el patriarca que disponía quién vivía y quién moría en la ciudad de las ranas, entreabría los labios para decirle algo, pero retrocedía hacia el silencio. Estaba cohibido. Trastabillaba con sus emociones.

Valentín también. Había observado que Íñigo llevaba una cinta de terciopelo negro, ya gastada por el uso, en el brazo derecho, el brazo con el que depositaba doce rosas sobre la lápida de su madre, cada mes. El brazo que la había vengado. Comprobar que todavía guardaba luto, tres años después, lo conmovió.

Cruzaron miradas, huérfanos de palabras. Como en los velorios, quien más nos conoce, menos necesita decir para arroparnos. Y con el sol despidiéndose, Valentín absorbió que, en ese instante preciso, acompañado por ese hombre, al fin velaba a su madre. Eran prójimos en la ausencia de una mujer, cómplices en una verdad que no revelarían jamás.

Distantes un par de pasos, no se movieron. Valentín leyó el rostro que leía el suyo. Lo vio avejentado y se preguntó si también él había cambiado tanto, solo para corregirse a sí mismo. El dolor y la cacería lo habían transmutado. Era menos Valentín y más Hierro, y atisbó los meandros grises por donde se movía Íñigo, esos pliegues donde lo justo no siempre coincide con la letra de ley, y se juramentó que jamás lo olvidaría si decidía volcarse a la vida policial.

Afuera retumbaban las últimas órdenes que el *capo dei soldati*, Giancarlo Bruschini, impartía a la tropa. Debían trancar puertas y ventanas del Princesa antes de escoltar a Íñigo hasta el Teatro Argentino. Lo custodiaban día y noche, letra chica del poder.

El hijo de Nina dio un paso para marcharse.

—Espera —lo retuvo Íñigo, que giró sobre sí mismo y manoteó la daga que descansaba sobre el escritorio. La conocía bien Valentín. De hoja corta y filosa, su padrastro la portaba consigo desde que le dijo adiós a Verona. Jamás le había permitido tocarla.

Tres movimientos rápidos sobrevinieron.

Iñigo extendió la derecha, con la palma hacia arriba y la daga como ofrenda, que Valentín rechazó, posando una mano sobre la de su padrastro, que con el otro brazo lo atrajo hacia él.

El abrazo duró más que una despedida, menos que un reencuentro.

Uno susurró, el otro aguó los ojos.

Epílogo

«Sin aptitudes extraordinarias, la paciencia no produce un Ameghino. Un imbécil, en cincuenta años de constancia, solo conseguirá fosilizar su imbecilidad», leyó. Marcó con el lápiz la frase de José Ingenieros, antes de observar por la ventana. El tren entraba en Tres Arroyos.

Se apuró a guardar el ejemplar de *El hombre mediocre* y bajó en la estación. Maletín en mano, libreta en un bolsillo interno del abrigo, Valentín caminó hasta la comisaría, donde su irrupción provocó un terremoto matinal. Tras catorce años en la fuerza, la fama lo precedía. Mérito de su foja de servicio. O, según él, gracias a sus mentores, Juan Vucetich y Eduardo Álvarez, que Dios lo tuviera sentado a su derecha. Le debía demasiado.

Al verlo llegar, el vigilante se metió a la carrera para anunciarlo y el comisario salió al trote a presentarse. Pusieron a su disposición la mejor oficina de la dependencia: mesa y silla, bandera argentina, retrato del presidente Roque Sáenz Peña, almanaque de 1913. Le ofrecieron agua, café y mate. Le dijeron que era un honor tener al comisario Hierro entre ellos. Y al fin le preguntaron a qué había venido y en qué podían ayudarlo.

Respondió la segunda; obvió la primera.

—Necesito orientación y un caballo ensillado —dijo.

Treinta minutos después, partió hacia la Cascada Cifuentes. Solo, a pesar de la insistencia del comisario. No quería un guía, ni necesitaba custodia. Él no era Ramón Falcón, vade retro Satanás. Estaba nublado y las cigarras prometían lluvia, pero confió en que aguantaría.

Llegó pasadas dos horas del meridiano. El rancho le recordó otro que solo conoció de oídas. Pero ser comisario de Investigaciones tenía sus ventajas, aunque a él le gustaba más el antiguo rótulo de «inspector del Crimen» o «comisario de Pesquisas». En cualquier caso, el Reglamento de la Policía lo habilitaba a allanar domicilios, embargar bienes y encarar investigaciones sin necesidad de una orden judicial y la gestión de Luis Doyhenard había profesionalizado la fuerza. Eso le había permitido librar órdenes a las dependencias de la

región para que le informaran sobre todos los Caraballo que aparecieran en los censos y parroquias de sus jurisdicciones. Fue cuestión de tiempo y algo de suerte hasta que una pista fraternal lo llevó hasta allí. Siete hermanos, seis de ellos vivos, encarnaban una trama demasiado espesa para pasar desapercibida. Por ellos —Gabriel, Nicanor, Cenobio, Antonio, Filomena y María Neeréa, además del extinto Eusebio— llegó al séptimo hermano.

—Busco a don Ponciano.

—¿Quién manda?

—La ley.

—No tengo cuitas por pagar.

Desde la altura y ventaja del caballo, Hierro estudió al hombre. Rondaba los cincuenta años y lo observaba de pie, con los brazos en jarra y la cara ladeada, junto a la puerta de un rancho que reforzó su simpatía por Alfredo Palacios y los protagonistas del Grito de Alcorta.

—Usted no; su mujer, sí.

—Cuide sus palabras, oficial.

El hombre había vuelto a ser aquel que una vez fue, confirmó.

—Vengo a informarle que Francisca…

—Me da igual esa mujer —lo cortó.

—Creo que querría saber que…

—Creyó mal.

Se apeó del caballo y se acercó hasta quedar a un par de metros del paisano. Le tendió una mano, que quedó en el aire.

—Vuélvase —dijo Ponciano— Mis hijos están bajo tierra y lo único que yo quisiera es volver a verlos. ¿Lo que vino a decirme me dará eso?

Hierro meneó la cabeza.

—Entonces deje a mis muertos tranquilos.

Atraída por las voces, una mujer de piel muy blanca y cabellos dorados salió del rancho, con una niña de la mano y una beba acunada en el otro brazo. Era cierto lo que decían los informes, se alegró el visitante. Ponciano había formado otra familia con una holandesa. Elena.

—Márchese —dijo ella.

No buscó que se lo repitieran. Había atravesado la provincia con un mensaje todavía pendiente y una curiosidad, ya satisfecha. Montó, saludó con la diestra y tiró de las riendas. Pero demoró la partida al ver que Caraballo caminaba hacia él.

—Solo le pido un favor —le dijo, mirándolo desde abajo, junto al estribo—. No le diga a Francisca dónde estamos.

Hierro dilató la respuesta. Sopesó informarle que a Rojas se la había tragado la tierra, que no quedaban registros de ella, ni viva, ni muerta, aunque más probable era lo segundo. Ese era el mensaje que lo había llevado a atravesar la provincia, aunque el combustible interno era muy otro. Hacía años que quería conocer al hombre que se había asomado al abismo del dolor absoluto y sobrevivido. Por morbo, podrían achacarle, pero sería errado. Lo movía un sentimiento, aunque lo avergonzara admitirlo. Allí, en medio del campo, resolvió que ese hombre no merecía perder lo más valioso que había recobrado tras demasiados años bajo un sol negro: la paz.

—Eso venía a decirle —dijo—. Rojas ya no puede recibir mensajes.

No tuvo apuro en el regreso. Haría noche en Tres Arroyos, decidió. Disfrutó del camino por primera vez en mucho tiempo. Contempló cielos y paisajes, detectó huellas de jabalíes y ciervos colorados, admiró el vuelo de las garzas y se preguntó cómo habría sido la vida de Ponciano desde aquella tarde de 1892, hacía veintiún años. ¿Cómo continuó después de aquello? ¿Cómo logró levantarse un día y el otro también? ¿Por qué algunos lograban sobrellevar dolores insondables y ciénagas inmensas, mientras que otros se atascaban en charcas secas? ¿Había Ponciano logrado enterrar en su corazón a sus hijos? ¿Había dejado de pensar en ellos cada día de las últimas dos décadas? ¿Acaso eso era posible sin dejar de ser humano? ¿Es posible sufrir y, aún así, sonreír?

Ahí estaba Vucetich, sin ir más lejos. Otro sobreviviente. Inmigrante, viudo —el Altísimo había convocado a Felisa—, vuelto a casar con Lola, una santa mujer que alumbró a Débora, y vuelto a enviudar y vuelto a casar con María Cristina, que cuidó de las niñas como propias y le dio más niñas, un niño y un hogar cuando la leyenda peor la pasó, entre las calumnias y la jubilación obligada. Pero lejos de darse por vencido ante el destrato, Vucetich había encarado una vuelta al mundo para difundir las bondades del sistema dactiloscópico. Un año, tres continentes, 18 países, 45 ciudades; indios, coreanos, estadounidenses, cubanos, ingleses, españoles… todos terminaron por abrazar el método y honrar al sabio.

Hierro dejó que el caballo decidiera qué hacer por unos minutos. Extrajo la libreta y buscó el sobre que había insertado junto a la lista de tareas pendientes. Contenía una foto que tanto había estudiado que

podía describirla de memoria.

Vucetich aparecía sonriente, casi en el centro de la imagen, rodeado de cuatro hombres —uno muy parecido a él; el cuarto, apenas visible—, diez mujeres —vestidos elegantes, corsé y sombreros—, tres niños y una niña. Foto de familia, en su isla natal. A los 55 años, y como parte de su peregrinaje planetario, había regresado a Hvar —Lesina para los italianos—, tras casi tres décadas. Sonreía él, sonreían ellos. Estaba en casa.

Dirigida «Al comisario Hierro», Vucetich había escrito dos líneas en el reverso de la foto: «La policía debe servirse de los descubrimientos de la ciencia, Valentín. No es por su brutalidad, sino por su superioridad intelectual que podrá garantir la seguridad. Jamás lo olvide. Suyo, J. V.».

Guardó la foto y el sobre dentro de la libreta y, silbando *El choclo*, recuperó las riendas.

Otro crimen por resolver lo esperaba en La Plata.

Anexo

La investigación policial de 1892 sobre el doble crimen de Necochea desapareció en la noche de los tiempos. Solo sobrevivieron algunas piezas sueltas; entre ellas, las cartas que Eduardo Álvarez les envió al jefe Guillermo Nunes y a Juan Vucetich, insertas en la novela. También perdura una copia de la sentencia que el juez de Dolores, Francisco Tahier, dictó el 20 de septiembre de 1894. Esta es su transcripción:

> Vista esta causa criminal seguida de oficio contra la mujer Francisca Rojas de Caraballo por doble homicidio perpetrado en las personas de sus hijos Ponciano y Felisa Caraballo, de seis y cuatro años de edad, respectivamente, en Necochea el día 30 de junio de 1892.-
> CONSIDERANDO:
> Primero.- Que consta la existencia del delito por el parte policial de fojas 1, certificado médico y de fojas 10, partida de defunción de fojas 43 y 44, declaraciones de la procesada, fojas 17, y demás actuaciones- leyes 2 y 5, tit. 13 y 32 tit. 16 y 114 , tit. 18 art. 3era.
> Segundo.- Que la encausada confiesa a fojas 17, que el día indicado por la tarde, y después de haber tenido un altercado con su comadre Cándida Roldán con motivo de unos cuentos que le habían hecho llegar a oídos de su esposo, dicha mujer y su compadre Ramón Velásquez; llegó a su casa «fuera de sí y sin saber lo que hacía», fue a la cocina y tomando un cuchillo degolló a sus dos hijos, intentando ella también por su parte quitarse la vida a cuyo efecto se infirió una herida en el cuello, habiendo procedido de ese modo, porque su esposo Ponciano Caraballo, quería separarse de ella, y llevarle sus dos hijos y además por los malos tratamientos de que era objeto.
> Tercero.- Que esta exposición de la encausada ha sido corroborada por las declaraciones de Cándida Roldán fojas 21

vuelta y de Ponciano Caraballo fojas 19 a excepción de los malos tratamientos de que dice era objeto de parte de su esposo, pues solo resulta de autor que entre ellos existían disgustos motivados por la infidelidad de la procesada, y aún en el supuesto de que existieran malos tratamientos, ellos jamás pueden autorizar y mucho menos justificar un delito tan atroz como el presente en el que la perversidad de sentimientos estalla sin un ápice de piedad, contra sus propios e inocentes hijos.

Cuarto.- Que de la declaración prestada por el testigo, Mauricio Berma, fojas 25 y ratificada a fojas 28, bajo solemne juramento, es de suponerse que la procesada de tiempo atrás abrigaba el propósito de matar a sus hijos, si su esposo llegaba a abandonarla, lo que revela también que el doble homicidio no fue cuestión de ofuscación de los sentidos o del momento, sino la ejecución de un plan concebido con anterioridad al suceso, cosa que aún hace más odioso el hecho, por cuanto interviene la premeditación como una agravante de la culpa.

Quinto.- Que tal suposición viene a quedar plenamente comprobada con los informes médicos de fojas 48 y 56 vuelta, en que se afirma de una manera concluyente que Francisca Rojas de Caraballo, al cometer el hecho, estaba en pleno dominio de sus facultades mentales, sin que posteriormente se haya demostrado tampoco que sufra alteraciones periódicas en ellas.

Sexto.- Que habiendo confesado la rea su delito y estando demostrada legalmente la existencia de este, tales circunstancias producen plena prueba en materia criminal con arreglo a las leyes 2 y 5, tit. 19 Parte 3era, y por lo tanto debe condenarse a Francisca Rojas de Caraballo como autora consciente del delito cometido.

Séptimo.- Que en vista de los vínculos que unían a la procesada con las víctimas, es de estricta aplicación al presente caso lo dispuesto en el art. 94 inc. 1º, que castiga el hecho con la pena de muerte, porque son inadmisibles las circunstancias que se invocan como atenuantes de la culpabilidad.

Octavo.- Que cuando el agente que merece la pena de muerte es una mujer, se le condena a Penitenciaría por tiempo indeterminado (art. 59).

Por estos fundamentos y de acuerdo con lo dictaminado por el agente fiscal y dispuesto por los artículos 59 y 62 del Código Penal,

FALLO

Condenando como condena a Francisca Rojas de Caraballo, por el delito de doble homicidio en las personas de sus hijos menores Ponciano y Felisa a sufrir la pena de penitenciaría por tiempo indeterminado y a las accesorias establecidas en el art. 67, fijándole para la sujeción a la vigilancia de la autoridad, en caso que obtuviese gracia, el término de dos años, pena que cumplirá en la cárcel de detenidos de La Plata de conformidad a lo dispuesto en la circular de la Suprema Corte de Justicia de 21 de Octubre de 1890, debiendo descontársele a los efectos del art. 73 y en su forma que determiná el art. 19, la prisión preventiva sufrida hasta el día en que quede efectivizada esta sentencia, la que si no fuere apelada se elevará en consulta a la excma. Cámara.

Definitivamente juzgando así lo preveo, mando y firmo en la sala de mi despacho, en la ciudad de Dolores, a veinte de septiembre de mil ochocientos noventa y cuatro.

***

Por el crimen que cometió, Francisca Rojas debió ser condenada a muerte, pero el Código Penal entonces vigente vedaba esa pena para las mujeres, por lo que el juez Francisco Tahier le impuso el castigo de penitenciaría por tiempo indeterminado, decisión que confirmaron las instancias de apelación.

En aquellos tiempos, además, la legislación estipulaba que dos días transcurridos en prisión preventiva debían computarse como uno de condena en penitenciaría y, para cuando quedó firme su sentencia, Rojas acumulaba 63 meses y 20 días en prisión preventiva. Por eso se computó como si llevara 31 meses y 25 días tras las rejas, condena que comenzó a computarse como tal a partir del 25 de febrero de 1896.

Asimismo, el artículo 73 del Código Penal estipulaba que los condenados a penitenciaría por tiempo indeterminado podían «pedir la gracia» de una conmutación del resto de la pena cuando hubieran transcurrido quince años tras las rejas, siempre que hubieran demostrado una «reforma positiva» durante los últimos ocho años.

Por tanto, si Rojas fue bien conceptuada durante sus últimos ocho años tras las rejas, pudo haber solicitado la «gracia» de la conmutación a fines de febrero de 1911, fecha hasta la cual debió permanecer alojada en una penitenciaría de La Plata tras haber sido trasladada desde la cárcel de Dolores en 1899. Debió pasar primero por la cárcel que funcionó en la calle 14 entre 47 y 48, y alojarse desde 1905 en la Penitenciaría y Cárcel de Mujeres y Depósito de Menores conocida como «La Mecánica», a la altura de las calles 70 y 151, de Los Hornos.

Asimismo, de haber sido beneficiaria de una conmutación de la pena en algún momento de 1911, Rojas debió sobrellevar otros dos años en libertad bajo «vigilancia» de la nueva Cárcel de Mujeres de La Plata que, a partir de julio de 1913, funcionó en la calle 46 entre 10 y 11, bajo la administración de la congregación «Orden del Buen Pastor».

Todo esto es, sin embargo, especulación. La última constancia oficial sobre Francisca Rojas data del 15 de abril de 1899. Ese sábado se asentaron sus huellas dactilares en la ficha 5492, que se completó en La Plata, un día después de arribar de la Cárcel de Dolores.

Agradecimientos

Esta novela jamás hubiera visto la luz sin la ayuda de tantísimas personas y se apoya en investigaciones desarrolladas durante las últimas décadas por académicos, historiadores y científicos, documentación oficial y privada, libros, revistas, diarios y otros materiales a los que accedí en bibliotecas y archivos públicos y familiares en la Argentina, Croacia y Estados Unidos.

Agradezco a Guiomar, Cristina y Guillermo Vucetich, y a Teresita Martino Vucetich, por abrirme las puertas de los recuerdos y la documentación familiar. Espero haber retribuido la confianza.

Agradezco a los investigadores Diego Galeano, Matías Albornoz, Mercedes García Ferrari, Alejandro Andersen, Martín Petersen y Néstor Freitas, por su generosidad, tiempo y conocimientos.

También deseo agradecer a todo el equipo del Museo «Inspector Mayor Dr. Constantino Vesiroglos» de la Policía de la Provincia de Buenos Aires; en particular a Miriam Peña y Pablo Romay. ¡Gracias!

A todo el equipo del Museo y Archivo del Servicio Penitenciario Bonaerense, y en especial a Enrique Etchechoury, Paola Giorno, Yésica Villegas, Clara y Ana. ¡Gracias!

Al personal del Museo de la Policía Federal, donde Juan Pablo Alfaro marca la diferencia. Y a todo el personal de los museos y archivos históricos y judiciales de Necochea, Dolores y Lobería, donde Eliana Segovia sobresale a la distancia.

A Grace Fusco, en el Museo Penitenciario Argentino.

Al personal del Archivo Histórico de la Provincia «Doctor Ricardo Levene» —en particular a Félix Sisti Ripoll—, y a Fernando Lanza en la Hemeroteca del Senado provincial. También al personal de la Biblioteca Central bonaerense, de la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y de la Biblioteca Digital de la Legislatura.

A los archivos de los diarios *La Nación* y *El Día*, donde Juan Trenado y Marcos Cantasano son ejemplos de profesionalismo,

paciencia y compromiso. Y a Josefina Ignacio, Sebastián Ignacio y Juan Flores, del *Ecos Diarios* de Necochea.

A Filip Hameršak, en el The Miroslav Krleža Lexicographic Institute de Zagreb. Y al personal de las bibliotecas de las universidades de Iowa y Michigan, y de las bibliotecas públicas de Nueva York y Los Ángeles.

Un agradecimiento especial y mi recuerdo entrañable para los doctores Carlota Sempé y Atilio Milanta. Fallecieron mientras completaba esta novela. Donde quiera que estén, espero que les guste.

A Uraboros Libros, por ser mucho más que la librería de Necochea.

A Copy 6, por la eficiencia y el aliento constante.

Al comisario general, Jorge Figini. Gracias.

A Ricardo Gold, por las perlas de su hemeroteca privada.

A Pablo Morosi, generoso, comprometido, profesional.

Al doctor Leandro Godoy, por su asesoramiento médico.

A Juan Ignacio Gianibelli y a Emiliano «Bocha» Corona, por abrirme el histórico edificio de la diagonal 77, esquina 46, de La Plata. ¡Y su sótano, pletórico de historia!

A Beto Romano Yalour y Susana, por los tangos.

A Hernán Dobry, lector fiel y sagaz. ¡Seguimos nuestra cábala!

A mi agente Mónica Herrero. Sos increíble.

A Paula Pérez Alonso, maestra editora. ¡Gracias!

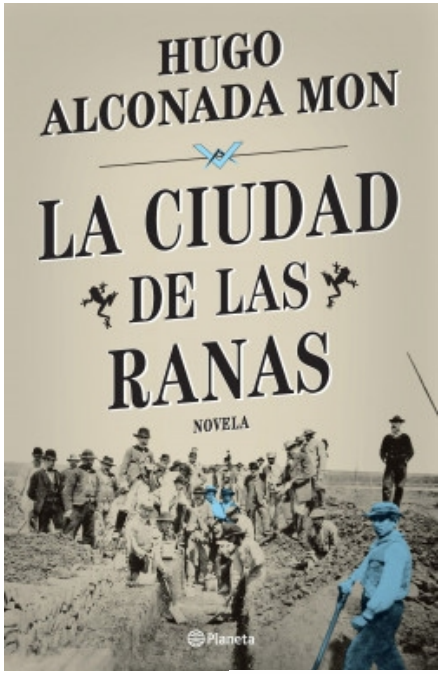
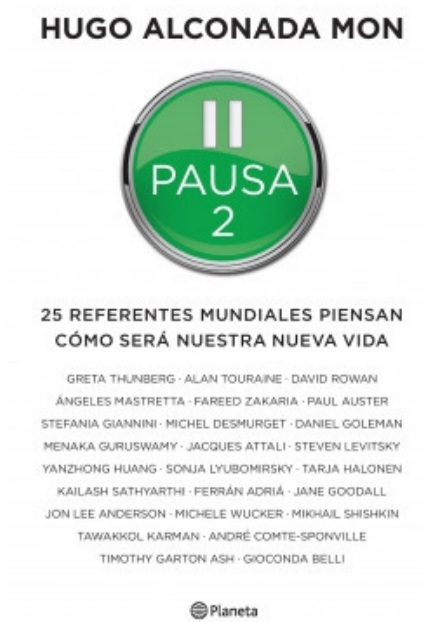
A Nacho Iraola. Sos crack.

A Gerónimo Frigerio, tu sagacidad apabulla, tu amistad ennoblece.

A los patachulos Manu, Nico, Rifle, Carla, Juani, Haro, Julián, Oso, Dani, Leo y Javier. Nuestro Club de Lectura, bajo el liderazgo etéreo del Chango, nos ha llevado a autores inesperados, libros enriquecedores y conversaciones únicas. ¡Gracias por lanzarse sobre el primer borrador!

A mi familia. A mis hijos. A Beta: seguís siendo, cada día más, mi motor y mi freno.

Grupo Planeta

¡Seguinos!

¿Te gustó este libro? Te recomendamos...